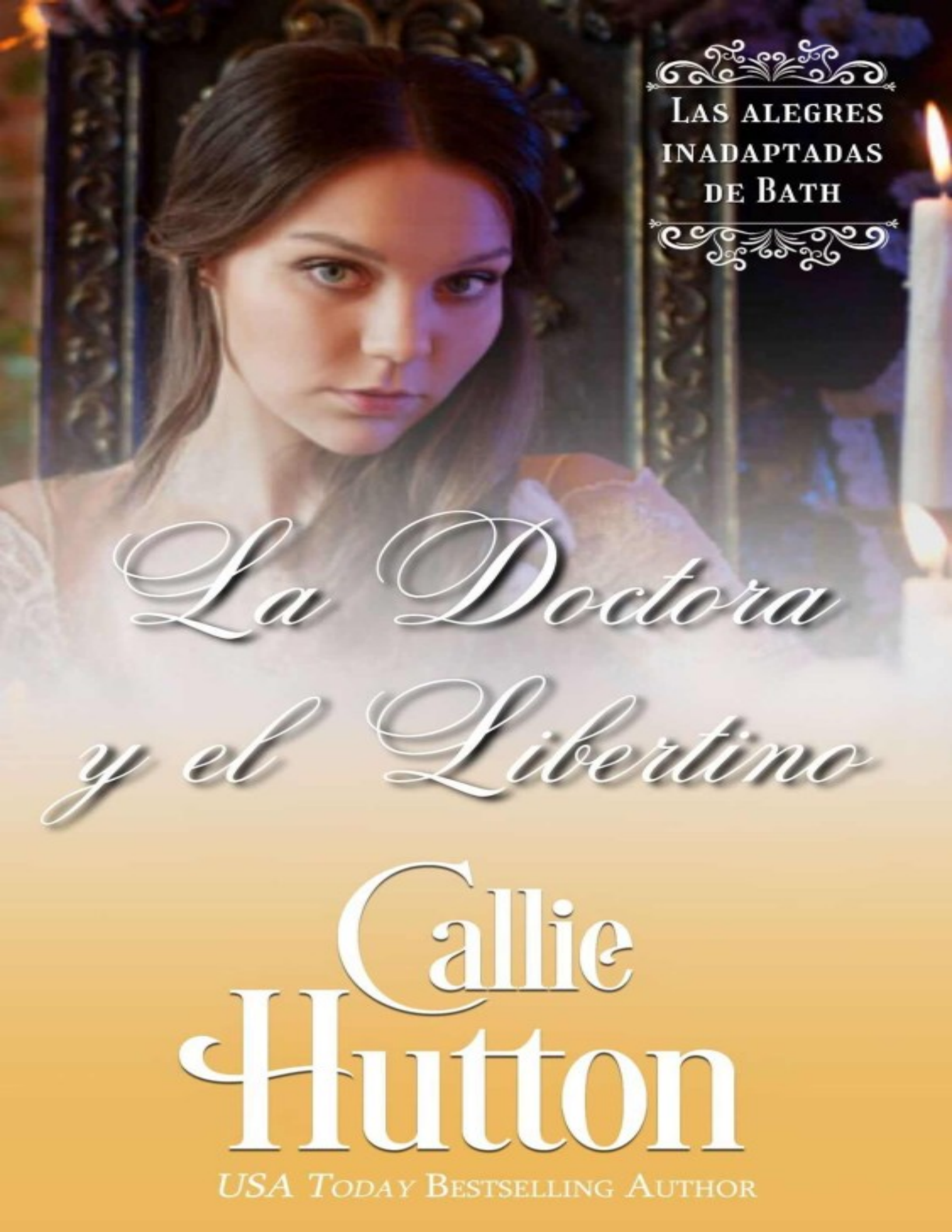


Las alegres inadaptadas de Bath

La Doctora y el Libertino

Callie Hutton

USA Today Bestselling Author

La doctora y el libertino

Callie Hutton

Contenido

Página del título
Sobre el libro
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Epílogo
Sobre la autora
Derechos de autor

Sobre el libro

La doctora Rayne Stevens ha dedicado toda su vida a seguir los pasos de su padre, con gran esfuerzo y sacrificio, trabajando a su lado en su clínica. Pero cuando él se jubila, ella se convierte en la única médica de la familia. Y, a pesar de todos los desprecios que tiene que soportar por ser una mujer que ejerce la profesión que ha elegido, se siente profundamente orgullosa de todo lo que ha logrado.

Tras sufrir una tragedia personal, lord Sterling cae en una espiral de autodestrucción que lo lleva a vivir varios años de forma completamente disipada. Su vida alcanza su momento más bajo cuando aparece inconsciente en la puerta de la clínica de la doctora Stevens, después de ser abandonado por sus amigos.

Sin embargo, mientras sana de las diversas lesiones que lo mantienen ingresado en la clínica, comienza a vislumbrar la posibilidad de una vida diferente. Pero para lograrlo, tiene que convencer a la hermosa, amable y cariñosa doctora de que finalmente ha dejado atrás su pasado, y que se ha convertido en un hombre completamente distinto.

* * *

¡Recibe un libro gratis y mantente al día con los nuevos lanzamientos y ventas!
http://calliehutton.com/newsletter/

Prólogo

La señorita Rayne Stevens se secó las manos sudorosas en el abrigo y entregó la documentación al hombre que estaba detrás del escritorio.

Su corazón latió con fuerza cuando revisó los documentos y miró por detrás de ella.

—¿Dónde está el señor Stevens?

Rayne se aclaró la garganta.

—Yo soy la señorita Stevens.

—Sí. Bueno, pero necesito saber dónde está el señor Stevens.

—No existe tal señor Stevens. Yo soy la persona que aparece en ese documento —señaló los papeles que tenía en las manos—, y soy la *señorita* Stevens. La señorita Rayne Stevens.

El hombre se echó hacia atrás.

—Eso no es posible. En nuestra universidad no aceptamos postulaciones de mujeres.

Rayne se incorporó.

—He estudiado a fondo los documentos para hacer la solicitud de ingreso. También pedí a un abogado que los revisara. En ninguna parte dice que una mujer no pueda solicitar ser admitida.

Cuando Rayne decidió postular para ingresar en la Facultad de Medicina del Hospital St. Bartholomew, contaba con que su nombre iba a ser lo suficientemente ambiguo como para que no se dieran cuenta de que era una mujer.

—Las mujeres pueden solicitar todo lo que quieran, pero nunca son aceptadas. La formación en medicina es demasiado dura para la sensibilidad de una mujer.

Rayne se abstuvo de poner los ojos en blanco porque probablemente iba a empeorar las cosas. En lugar de eso, respiró hondo para tranquilizarse, y continuó.

—De acuerdo con lo que dice la solicitud, para ser elegible para ingresar en la facultad de medicina, el candidato debe haber recibido la educación básica que tiene una persona bien formada, saber mucho sobre todo, tener un gran conocimiento de las ciencias y

haber tenido un buen desempeño en el colegio, independientemente de los estudios que hubiera realizado.

El hombre miró la solicitud y sonrió.

—Una cosa que ha olvidado, señorita Stevens, es que los puntos que ha mencionado se refieren a un "caballero". —Levantó la solicitud—. Cito: *Debe haber recibido la educación básica que tiene "un caballero bien formado".*

Su ansiedad se estaba convirtiendo en rabia. Sabía que iba a ser difícil cuando presentó su carta de aceptación, pero este hombre estaba siendo grosero y condescendiente. Algo con lo que había tenido que lidiar toda su vida.

—Eso es irrelevante. Tengo aquí mi expediente académico. —Buscó a tientas en el bolso que tenía a sus pies. Una vez que lo sacó, se lo entregó—. Verá que en la universidad he destacado en todas las asignaturas y además tomé clases adicionales de asignaturas científicas.

Había varios hombres detrás de ella esperando para entregar sus solicitudes, y por los sonidos que dirigían hacia ella, no estaban nada contentos de estar tanto tiempo en la fila mientras ella ya llevaba un buen rato con ese hombre tan molesto.

El hombre le devolvió la solicitud, la carta de admisión y el expediente académico.

—Tengo a muchos otros estudiantes que atender, *señorita* Stevens. Le sugiero que tome asiento allí —señaló con un gesto en dirección a varias sillas que se alineaban contra la pared—. Haré que venga alguien para que le explique cómo funciona esto.

Después de clavar la flamante placa de latón en la puerta principal de la clínica de su padre, Rayne sonrió, recordó su primer contacto con St. Bartholomew.

Hacía poco tiempo que su padre había recibido la orden de su médico de que tenía que dejar de atender a sus pacientes, y Rayne ahora era la única doctora Stevens que aparecía en la placa identificativa. Aunque había trabajado codo con codo con su padre desde que terminó su formación en medicina tres años antes, todas las decisiones relativas a la práctica médica eran siempre de él.

Ahora quería llevar sus asuntos a su manera para dedicar más tiempo a aquellos que no podían permitirse pagar a un médico aunque necesitaran urgentemente ser atendidos. Aunque su padre era un hombre compasivo, consideraba que aquellos que no pagaban por un servicio no le daban valor a su trabajo. Era una de las muchas cosas con las que no estaban de acuerdo, pero nunca había hablado con él de ello, ya que toda su vida se había dedicado a complacer a su progenitor.

Amaba a su padre y respetaba su trabajo como médico, pero la decepción que sufrió porque ella no hubiera sido un niño había influido en su carácter. Sin embargo, a pesar de que no había podido tener un hijo varón —tenía dos hermanas mayores—, ella iba a hacer por él lo mismo que habría hecho un hijo varón: seguir sus pasos.

Frotó la placa con el puño de su vestido, dio un paso atrás y sonrió. Le había costado mucho trabajo, noches en vela y algunas lágrimas, pero lo había logrado.

Ya era la *Dra. Rayne Stevens* de Bath, Inglaterra.

Capítulo 1

Septiembre de 1887

Rayne se despertó sobresaltada por los golpes que estaban dando la puerta de su casa, se incorporó bruscamente y, sacudiendo la cabeza para despertarse, salió enseguida de su cálida y cómoda cama. Sus pies descalzos bailaron sobre el frío suelo mientras se ponía una bata y buscaba a tientas las zapatillas en la oscuridad.

Como vivía en la misma clínica, no era raro que la despertaran en medio de la noche cuando alguien tenía una emergencia.

Todavía apenas despierta, esa misma noche se había pasado varias horas ayudando a que naciera un bebé, se ató el cinturón de la bata y bajó las escaleras a trompicones. Bostezó, con la esperanza de que cualquier necesidad urgente que tuviera el visitante no se alargara demasiado.

Agarró la lámpara, se detuvo junto a la pequeña mesa de la entrada, aumentó la mecha y abrió la puerta. Sin embargo, no vio a nadie. Frunció el ceño, levantó la lámpara y miró a izquierda y derecha, pero no vio nada excepto un carruaje que se alejaba a toda velocidad y doblaba la curva al final de la calle.

Gente insensata haciendo carreras a esta hora de la noche.

Contuvo otro bostezo, se encogió de hombros y justo cuando iba a cerrar la puerta escuchó un gemido muy profundo. Entonces vio que el cuerpo de un hombre yacía en las escaleras de su casa. Vaya, maldición, alguien había dejado a esa pobre criatura en la puerta de su casa y se había marchado.

Colocó la lámpara en el escalón de cemento y observó atentamente el cuerpo del hombre. Respiró hondo al ver su estado. Tenía cortes y rasguños en la cara y un ojo hinchado. ¿Habría estado en una pelea? Lo bueno hubiera sido que quien lo había dejado en

sus escaleras se hubiera quedado el tiempo suficiente como para darle una idea de cómo se había hecho esas heridas.

Le hizo un examen superficial sin sacarle ropa y, basándose en sus gemidos, evaluó que posiblemente tenía una pierna rota y algunas lesiones en el tórax, además de varias heridas en la cara.

Con un suspiro, se puso en pie y se dirigió por el pasillo hasta la parte trasera de la casa donde dormía su sirviente. Aunque tenía el título de lacayo, Walter era en realidad un hombre para todo. Era grande y fuerte, y podría trasladar al hombre misterioso desde las escaleras a una cama de su clínica.

—Walter —gritó en la puerta de su habitación mientras golpeaba la madera.

A los pocos minutos, se abrió la puerta y Walter se pasó una mano por la cara.

—Sí, doctora.

Alzó la vista hacia el hombre adormilado que medía casi medio metro más que ella.

—Hay un hombre en la escalinata de la entrada que parece estar en mal estado. No quería tener que despertarlo, pero ¿podría llevarlo a una de las camas y ayudarme a desvestirlo para que pueda hacerle un examen?

El hombre asintió.

—Deme un minuto para vestirme.

Cerró la puerta y Rayne volvió a la escalera de entrada para ver cómo estaba el hombre. Al verlo se estremeció y se envolvió más en su bata. El aire húmedo de la noche era bastante frío. Corrió al salón para sacar una manta de lana del sofá. La puso sobre el hombre y se dirigió a la clínica para encender la estufa, ya que la planta baja de la casa se había enfriado.

Normalmente, si había pacientes habría un pequeño fuego en la estufa, pero en este momento la clínica estaba vacía. Sus últimas pacientes habían sido dos niñas a las que había tratado de gripe, y afortunadamente se habían recuperado. Lo más probable es que al tenerlas en la clínica había contribuido a mantener la enfermedad alejada del resto de su familia.

Una vez que el fuego calentó un poco la habitación, Walter entró cargando al hombre.

—Doctora, este hombre pesa menos que una muchacha.

El hombre que llevaba Walter en brazos de era alto, pero incluso a través de la ropa se podía ver que estaba muy delgado. Sin embargo, su rostro, a pesar de las heridas, mostraba que debía de estar en algún momento de su treintena.

Rayne hizo un gesto hacia la cama más cercana a la estufa.

—Póngalo ahí, por favor.

Su vestimenta era a la última moda, y evidenciaba que era un hombre de recursos. Pero por mucho que no quisiera estropear una ropa tan hermosa, no tenía otra opción.

—Walter, tráigame las tijeras, por favor. Como no estoy absolutamente segura de cuáles son sus lesiones, quiero moverlo lo menos posible, así que me temo que esta ropa tan elegante va a tener que ser cortada.

Rayne hizo un gesto de disgusto mientras iba quitándole la ropa, capa por capa. Estaba gravemente herido, y confirmó que tenía la pierna rota y las costillas aplastadas. Pero lo más inquietante era su cuerpo en general. Parecía como si no hubiera probado una comida decente desde hacía meses.

Sin embargo, apestaba a alcohol. *Era un alcohólico*. Sin duda. Bebería lentamente hasta acabar muerto. Entonces metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un pequeño fajo de tarjetas de visita.

Edwin Sterling, Barón Sterling de Plaistow

Rayne respiró hondo. Entonces, ¿este era Lord Sterling? Sin duda, ya había leído bastante sobre él en las gacetillas de chismes —la única frivolidad que se permitía— y además sus amigas, en particular Lottie Westbrooke, le habían contado muchas cosas sobre ese derrochador. Sterling había sido quien descubrió que Lottie era la hija de una conocida cortesana y la había insultado en público, por lo que su esposo, Carter, tuvo que ir a verlo para convencerlo de que dejara en paz a su esposa. Estaba segura de que lo había convencido con unos cuantos puñetazos.

Estudió sus rasgos. Aparte de que tenía las mejillas hundidas, era un hombre bien parecido. Cabello rubio, un poco demasiado largo para la moda, fina nariz aristocrática, mentón fuerte y ligeras arrugas a ambos lados de la boca. Tenía la piel manchada, y con la típica hinchazón que tienen los adictos al alcohol.

¡Podría ser un hombre magnífico y codiciado pero se había desperdiciado! Tenía título, dinero, relaciones y buena apariencia. ¿Por qué un hombre así lo habría tirado todo por la borda? Como abstemia convencida que era, nunca había podido entender la atracción que ejercía el alcohol. Pero, además, como su padre nunca aprobó que bebiera alcohol, ni siquiera lo había intentado.

Después de unas cuantas horas, finalmente consiguió arreglarle la pierna, limpiarlo y vendar todos los cortes. Con la ayuda de Walter, también le había vendado las costillas. Iba a tener que estar en cama durante algún tiempo sin poder salir de juerga.

Por suerte, durante todo el tiempo en que lo estuvo curando en ningún momento se despertó. No había podido darle láudano para el dolor que iba a sentir cuando le puso en su lugar su pierna rota para poder enyesarla, ya que su cuerpo estaba saturado de algún tipo de alcohol.

Antes de volver a la cama, se lavó, revisó a su paciente una vez más, se aseguró de que hubiera suficiente carbón para mantener la estufa encendida para que no se resfriara y mandó a Walter de vuelta a su habitación. Eran casi las cinco de la madrugada cuando subió las escaleras hasta el primer piso para desplomarse en la cama.

Edwin abrió los ojos e hizo un gesto de dolor. La luz brillante del sol iluminaba la habitación y le hacía daño en los ojos. Antes de preguntarse dónde se estaba despertando esta vez, notó que le dolían varias partes del cuerpo. Aparte del habitual dolor de cabeza, levantó una mano y frunció el ceño al ver que tenía la muñeca vendada. Cuando intentó sentarse, se le hizo evidente que también tenía enyesada una pierna.

Movió la cabeza lo menos posible. Al parecer, estaba en una clínica o en un hospital.

—¿Hola?

Gimió porque ese pequeño esfuerzo agravó su dolor de cabeza.

La siguiente vez que abrió los ojos debió haber pasado algún tiempo porque el sol estaba en una posición diferente, y en la habitación había una mujer de espaldas a él, que escribía algo mientras apoyaba el codo en un mostrador.

—¿Hola?

El esfuerzo esta vez no fue tan doloroso como la primera vez.

—Oh, ¿está despierto?

Su voz era como un brandy delicado. Lo que solía tomar para despejar la mente. La mujer dejó el lápiz junto a la libreta en la que había estado escribiendo y se acercó a él.

—¿Cómo se siente?

—Como si me hubiera atropellado un caballo desbocado.

Ella acercó un taburete del mostrador y se sentó junto a él. Al inclinarse para revisarlo, el hombre sintió un intenso olor a rosas y a lavanda. Probablemente procedía de su pelo.

La mujer le levantó un párpado y le examinó un ojo, después hizo lo mismo con el otro.

—¿Puede contarme cómo acabó en la escalinata de mi casa?

Se echó hacia atrás para observarlo mejor.

—En primer lugar, ¿puedes decirme dónde estoy y quién es usted?

Trató de ofrecerle una de sus famosas sonrisas encantadoras, pero no lo logró por culpa del dolor que irradiaba por todo su cuerpo.

Necesitaba un trago.

—Soy la doctora Stevens y está en mi clínica. Lo encontré anoche en la escalinata de mi casa, y creo que alguien, dudo que fuera un amigo, ya que la forma en que lo dejaron parecía más bien de un enemigo, lo dejó tirado en la puerta.

—Ya veo.

Ella sonrió.

—¿Y qué es lo que le ha pasado? ¿Le importaría contarme cómo se hizo todas estas heridas, lord Sterling?

La doctora le pasó la mano palpando su cuerpo.

Edwin trató de moverse un poco, pero le dolía todo el cuerpo, así que se quedó como estaba.

Necesitaba un trago.

—Supongo que ha encontrado mis tarjetas de visita. —De nuevo, sonrió, pero no obtuvo respuesta de la doctora Stevens y suspiró—. Lo último que recuerdo es que estábamos unos cuantos compitiendo con nuestros caballos. Creo que el mío me lanzó por los aires.

La doctora Stevens se cruzó de brazos.

—Mmm. ¿Cree que el suyo lo tiró al suelo? Supongo que había estado bebiendo algún licor fuerte.

—Sí. Tiene razón, doctora Stevens. ¿Puedo pedirle una copa de brandy? Me ayudará a sentir menos dolor.

—Ah. Lamento mucho decirle que en esta casa no hay alcohol para beber de ninguna clase.

Sus cejas se elevaron hasta su frente vendada.

—¿Nada?

Ella negó con la cabeza y apretó los labios. Había desaparecido la doctora amable y sonriente. Realmente era muy bella, un regalo para la vista. Llevaba un vestido perfectamente limpio que definía muy bien sus curvas, cubierto con un delantal que le llegaba hasta los pies.

El sol entraba por la ventana y su cabello castaño brillaba con reflejos dorados. Sus claros ojos azules lo miraban mostrando su inteligencia.

—Me temo que no, mi lord. Aquí no permitimos bebidas alcohólicas de ningún tipo.

—Bueno, en ese caso, ¿tiene un mayordomo o una criada que pueda traerme algo? Estoy seguro de que tengo dinero en alguna parte. —Parecía casi como si acabara de darse cuenta de que solo llevaba puesto un camisón holgado, y frunció el ceño—.¿Dónde está mi ropa?

—Lamento decirle que ya no le sirve, mi lord. Tuve que cortársela anoche.

—¡Me ha cortado la ropa! ¿Tiene idea de lo que cuesta?

Ella se encogió de hombros.

—Probablemente no. Pero no podía examinarlo sin quitarle la ropa, y como no sabía qué clase de lesiones tenía, no podía arriesgarme a tener que hacer maniobras intentando quitársela.

El hombre sonrió.

—¿Disfrutó sacándome la ropa mientras estaba inconsciente, doctora?

Ella no se sonrojó, ni se avergonzó, ni se rió, simplemente frunció el ceño.

—Lord Sterling, soy médico, no una señorita risueña y dulce a la que ha llevado a un jardín para robarle un beso u otras cosas. Está en una situación complicada y le sugiero que dedique el tiempo a hacer preguntas sobre sus lesiones y su recuperación.

Sin embargo, él le respondió:

—Si tiene la amabilidad de pedir que me traigan un poco de brandy, estaré encantado de hablar extensamente sobre mi condición física.

Necesitaba un trago.

—Mi lord. Permítanme dejarle esto muy claro. El único alcohol que entrará en estas instalaciones es el que uso para limpiar los instrumentos y frotar los mostradores.

—Muy bien. Por favor, explíqueme mi situación médica y después haré que venga mi chófer para que me lleve a casa.

—No.

No dijo nada más, solo lo miró fijamente.

—¿Disculpe?

—Le he dicho que no. No va a ir a ninguna parte, mi lord. Nadie lo podrá mover durante un tiempo. Sus lesiones son demasiado graves como para que sobreviva a un viaje en un carruaje, carro o carreta.

El hombre entrecerró los ojos pues ya estaba empezando a disgustarse con aquella mujer que se creía doctora.

—Defina "durante un tiempo".

—Es realmente difícil decirlo, porque dependerá de cómo vaya sanando su cuerpo. Con la forma en que ha abusado de su salud con la bebida, y quién sabe qué más, me temo que al menos serán unas cuantas semanas.

—¡Unas cuantas semanas! No. No puede ser. No puedo quedarme varias semanas aquí en esta clínica. — Sacudió la cabeza —. No. Tengo que llamar a mi cochero.

Ella se inclinó sobre él hasta ponerse prácticamente nariz con nariz.

—Escúcheme, *lord Sterling*. Estaba en muy mala condición física antes de ser lo suficientemente estúpido como para participar en una carrera de caballos estando borracho. Y como le ha provocado un serio perjuicio a su cuerpo, corre el riesgo de contraer una infección y que tenga una curación inadecuada. Lo último que necesita es beber más alcohol. Necesita comida y descanso.

Su ira se convirtió en pánico. ¿Sin brandy? ¿Ni vino ni cerveza? Esta mujer debía haber sido enviada por el diablo.

—Muy bien. Dígame qué es lo que me pasa tan grave que tengo que quedarme aquí durante... —Hizo un gesto con la mano—. Lo que sea que dijo.

La doctora se levantó, se acercó al mostrador y recogió la libreta en la que estaba escribiendo cuando se despertó. Se acomodó en el taburete y hojeó unas cuantas páginas.

—Tiene una tibia rota...

—¡Un momento! Por favor, utilice términos que pueda entender. No sé nada de medicina.

Podría haber jurado que la escuchó murmurar que era un ignorante, pero prefirió pasarlo por alto.

—Tiene un hueso roto en la parte inferior de la pierna derecha. Se rompió creo que dos costillas. Tiene un esguince de muñeca. Aparte de eso, tiene cortes, rasguños, un ojo morado y otros moretones en toda la parte superior del cuerpo. —Cerró la libreta y lo miró—. Ya que dijo que lo último que recuerda es que iba corriendo a caballo y que lo lanzó al suelo, imagino que al aterrizar chocó contra un objeto duro. Los rasguños y cortes podrían ser del objeto sobre el que cayó, o del golpe al caer al suelo.

Edwin cerró los ojos intentando recordar dónde estaban cuando organizaron la carrera. Creía que había sido en el Parque de la Reina Victoria, pero las cosas se había complicado bastante después de que salieran del baile de Grossman.

La doctora Stevens se puso de pie y lo fulminó con la mirada.

—Asuma que tendrá que quedarse aquí durante algunas semanas. Se le dará abundante comida saludable y, cuando pueda moverse un poco, saldrá a pasear al jardín para tomar el aire.

—No habrá licores de ninguna clase, ni cigarros, por si también también tiene esa costumbre. Tomará tres comidas completas al día, beberá mucha agua y dormirá cuando su cuerpo se lo indique.

Se inclinó sobre él con los ojos centelleantes y las mejillas enrojecidas.

La Diosa de la Venganza.

—¿No voy a ser un huésped demasiado caro?

Una vez más, intentó sonreír lo mejor que pudo, pero ella no movió ni una pestaña.

—Usted no es mi huésped, mi lord. Es un paciente y créame cuando le digo que la factura que le presentaré cubrirá todas sus necesidades. ¿Me explico?

Se estaba enfadando bastante con la doctora. Le dolía todo, necesitaba un trago y lo último que quería era estar varias semanas en este antro de pureza.

—¿Y si no estoy de acuerdo?

—Entonces me encargaré de que su cochero venga a buscarlo como me ha pedido y haré un hueco en mi agenda para asistir a su funeral la semana siguiente. —La mujer enderezó los hombros y lo miró a los ojos—. Es su elección, mi lord.

Con esas palabras se dio media vuelta y salió de la habitación. No lo habían castigado de esa manera desde que era un muchacho de pantalones cortos.

Capítulo 2

Rayne mojó una tela blanca en una olla con agua fría y la pasó por la cara de Sterling. Habían pasado tres días desde que había aparecido tirado en la puerta de su casa. Sin embargo, sus lesiones no habían sido su principal preocupación.

Desde que llegó estaba sufriendo la abstinencia de su adicción al alcohol. No podía dormir, temblaba tan fuerte cuando intentaba alimentarlo y darle agua que invariablemente lo derramaba todo sobre su cuerpo y las sábanas.

—Si me diera un poco de brandy, me sentiría mucho mejor —dijo Sterling mientras le apartaba la mano.

—Sí. Lo sé. Se sentiría mucho mejor, pero tendría que seguir bebiendo hasta volverse a desmayar.

Volvió a intentar que se sintiera cómodo limpiándole la cara y los brazos.

Él le sonrió, aunque casi parecía que le hacía una mueca.

—Al menos, si estoy inconsciente, no la estaría molestando.

El hombre estaba cubierto de sudor y su rostro estaba tan pálido como si fuera nieve recién caída. No había sido capaz de retener nada de la comida que ella le obligaba a ingerir, y a decir verdad, en esos momentos de nuevo le preocupaba tener que asistir a su funeral en una semana. Su cuerpo solo podría aguantar hasta cierto punto, y con las lesiones que había sufrido, combinadas con su problema con el alcohol, todavía la curación estaba siendo muy incipiente.

La noche anterior había ido a un pueblo entre Bath y Bristol, donde vivía su padre cómodamente en una casita, acompañado de una mujer a tiempo completo que trabajaba como ama de llaves y cocinera, y atendía todas sus necesidades.

Rayne le había pedido consejo para que la orientara sobre Sterling, y él le aseguró que ya estaba haciendo todo lo posible por salvarlo, y que no debería hacer nada más al respecto. Pero le advirtió que su vocación no era salvar almas. Sin embargo, eso no había sido suficiente para ella. Por mucho que detestara la situación

en la que Sterling había caído, sabía que tenía que haber alguna razón para que un hombre bebiera tanto. En ese momento, por supuesto, se lo requería el cuerpo, pero algo lo debía haber incitado a iniciar ese viaje hacia la autodestrucción.

—Deje de mirarme así. —Sterling cerró los ojos y giró la cabeza hacia otro lado—. Sé que se está preguntando cómo va a salvarme. Pero yo no puedo ser salvado. Simplemente déjeme yacer aquí en paz hasta mi último aliento.

Cuando lo atendía tenía que engatusarlo, usar el humor e incluso había coqueteado con él para que se bebiera el agua y se tomara el caldo que le ofrecía varias veces al día.

Ella misma no estaba pudiendo dormir demasiado. Lo visitaba varias veces durante la noche, y hacía malabarismos para atender a sus otros pacientes y además cuidarlo, por lo que estaba completamente extenuada.

Pero ahora estaba enfadada.

—¡Cómo se atreve a caer en la autocompasión! Tiene todo lo que un hombre podría desear en la vida. Es rico, con títulos, bien educado y guapo. Sin embargo, tira todo por la borda por llevar un estilo de vida completamente disipado.

Cuando vio que levantaba las cejas, continuó.

—Sí. Sé todo sobre la forma en que se comporta. Aparece en las gacetillas de chismes casi todos los días. Todas las noches se emborracha hasta quedar en coma, juega con su dinero, a pesar de que podría emplearlo de manera más productiva, pasa el tiempo divirtiéndose y persiguiendo a mujeres de bajo nivel, sin preocuparse por su propio bienestar.

Respiró hondo, molesta consigo misma por hablar así a un paciente en su condición. Ella era una doctora y no debía juzgar a ningún paciente.

Él continuaba mirándola fijamente, con una leve sonrisa en su rostro.

—¿Cree que soy guapo?

Rayne le pegó un gruñido, le arrojó el paño mojado a la cara y salió de la habitación.

Para salvar su propia cordura, tuvo que salir de la clínica durante un tiempo. Había varias personas a las que tenía que atender, y este era el mejor momento para hacerlo, justo antes de terminar estrangulando a lord Sterling. *Primum non nocere*. "Lo primero es no hacer daño". Esas palabras resonaron en su mente mientras se encogía de hombros, se ponía el abrigo y el sombrero, y recogía su maletín de médico antes de salir de la casa.

La mayor parte de las veces iba a visitar a los pacientes en bicicleta. Como necesitaba hacer ejercicio para eliminar los sentimientos desagradables que tenía hacia su paciente, se dirigió a la parte de atrás de la clínica donde guardaba su bicicleta y colocó el maletín en la cesta de la parte delantera y se subió en ella.

Enseguida sintió el aire fresco en el rostro que la ayudaba a aliviar el cansancio que arrastraba de los últimos días. Su primera parada era la casa de Lottie, ya que antes le había enviado un mensaje donde le explicaba que su hijo pequeño, John parecía tener fiebre. Como ella y su marido, Carter, eran unos padres bastante aprensivos, Rayne le había enviado una nota en la que le decía que se pasaría a ver al muchacho.

Cuando llegó a la casa de los Westbrooke, encontró a Lottie caminando de un lado a otro con John llorando en sus brazos, mientras su madre, la señora Monroe, permanecía sentada retorciéndose las manos.

—Oh, menos mal que estás aquí, Rayne.

Lottie le entregó inmediatamente al niño. Carter estaba a punto de tomar un carruaje para ir a tu casa y arrastrarte hasta aquí.

—Y me temo que yo no he sido de ninguna ayuda, ya que nunca me ocupé de las enfermedades de Lottie cuando era niña —dijo la señora Monroe mientras miraba muy nerviosa a su nieto.

La señora Monroe había sido una conocida cortesana de Londres, que mantuvo su profesión en secreto ante su hija, a la que envió a vivir con una familia cuando era pequeña, y después la metió en un internado en Francia. Sin embargo, había mantenido una relación muy cercana con su hija a lo largo de los años, y después de una pelea y un posterior reencuentro, la señora Monroe había terminado casándose con un hombre maravilloso que estaba

siendo un gran esposo, un padre estupendo para Lottie y un abuelo para John.

John se frotaba un lado de la cara con su mano regordeta y lloraba sin parar. Rayne le palpó la frente y la nuca. Lo acostó en el sofá y sacó un estetoscopio. A pesar de sus lloros, alcanzó a escuchar sus pulmones.

—Parece que tu hijo tiene fiebre por una infección de oídos. Puede ser bastante doloroso.

—Oh, no. —Lottie parecía como si estuviera a punto de romper a llorar—. ¿Qué puedo hacer?

—No hay mucho que se pueda hacer con este tipo de fiebres. Trata de hacer que beba la mayor cantidad de agua posible y todo caldo de carne que pueda. Tiene una fiebre leve que puede solucionarse frotándole el cuerpo con paños fríos. Tengo un preparado que te dejaré para que le hagas una infusión. Tienes que asegurarte de que se enfríe por completo antes de dárselo. Agregaré algo a la mezcla para ayudar a que se le limpie su naricita y puede dormir.

—Se dice que poniéndole aceite tibio en el oído, con una compresa tibia en la su cabeza podría aliviarlo.

—¿Pero no es grave?

Lottie siguió caminando de un lado a otro con el niño llorando.

—No. Es un niño sano. No debería pasar más que unas pocas noches un poco alborotado. Y, me temo que vais a dormir poco. —Rayne sacó varias bolsas pequeñas de hierbas secas y trituradas—. De todos modos, si le sube la fiebre más que como la tiene ahora y no puedes bajársela, venid a buscarme de inmediato. Bañarlo con agua fría ayudará a bajarle la fiebre.

Por fin encontró las bolsitas que necesitaba, las sacó del maletín y miró a Lottie.

—Necesito tu cocina para mezclarlo todo.

—Oh, sí. Claro. Sígueme. —Lottie sonrió—. O sigue el sonido del llanto.

Las tres mujeres se dirigieron a la cocina.

La señora Monroe cogió al niño de los brazos de Lottie.

—Puedo quedarme por la noche contigo, cariño, para que puedas dormir un poco.

La señora Monroe todavía parecía nerviosa, y Rayne no pudo evitar preguntarse cuánta ayuda le podría proporcionar realmente la pobre mujer. Sin embargo, era muy importante su apoyo moral.

—¿No tenías una niñera para el niño? —Rayne miró a Lottie—. Necesito una taza o un frasco para mezclar esto.

Lottie se acercó a un estante que había sobre la estufa, sacó un frasco y se lo entregó a Rayne.

—Sí. Teníamos una niñera. —Lottie sonrió y observó a Rayne mientras añadía varias hierbas al frasco—. Varias, en realidad. La última fue la que duró más tiempo, unas dos semanas. Pero Carter nunca siente que hacen lo suficiente por nuestro hijo.

Las tres mujeres se miraron y se rieron. La infinita devoción de Carter por su esposa y su hijo era objeto de muchas risas. Sin embargo, por lo que Rayne había observado, los otros hombres de su grupo, Marcus Mallory, lord Berkshire y Nick Smith, eran todos iguales. Parecía que los hombres que se enamoraban de alguna de las *Alegres Inadaptadas de Bath*, tal como se las conocía, se quedaban perdidamente colados por ellas.

Rayne se sentía identificada con ese grupo de mujeres y estaba encantada de que fueran sus amigas. Durante la mayor parte de su infancia, por culpa de su devoción por los estudios, no tuvo tiempo para mantener relaciones con otras niñas. Y después, siendo la única estudiante femenina en St. Bartholomew, y no muy aceptada, tampoco había hecho amigas allí.

Mezcló la combinación de hierbas que aliviarían al niño y le entregó el frasco a Lottie.

—Esto debería aliviarlo, pero por desgracia tengo que decirte que la mejor cura es el tiempo. La enfermedad seguirá su curso.

—Muchas gracias.

Lottie tomó el frasco y lo colocó cuidadosamente en el estante. Las tres se dirigieron la puerta, y aparentemente el bebé se quedó dormido en los brazos de su abuela.

El silencio que se produjo fue una bendición.

—Ahora voy a visitar a Lizbeth. Le toca su chequeo mensual.

—Espero que podamos juntarnos para tomar el té esta semana. Sé que estás muy ocupada, pero debes tomarte algún tiempo para ti misma —le dijo Lottie.

Lo del tiempo para sí misma sonaba maravilloso, pero era algo que le era bastante difícil por culpa del paciente que tenía internado.

—Estoy de acuerdo. *Médico, cúrate a ti mismo.* —Eran unas mujeres realmente estupendas y estaba muy agradecida de haberlas conocido—. Enviadme una nota con el día y la hora y, si no tengo alguna urgencia, me encantará tomar el té con vosotras.

Hacía mucho más frío, pero Rayne seguía disfrutando de ir en bicicleta desde la residencia de los Westbrooke hasta la casa de Lizbeth. Mientras pasaba a toda velocidad por las casas que separaban las dos residencias, sonrió al recordar que Lizbeth se había acercado a ella poco después de su matrimonio para pedirle orientación.

Lizbeth había sido secuestrada y vendida a un burdel, y la había rescatado Nick Smith y su actual esposo, Marcus. Aunque estaba muy enamorada de su nuevo marido, tenía dificultades para disfrutar de la intimidad. Por lo visto lo que Rayne le explicó le había funcionado, pues solo unos meses después, después de una visita a su clínica, Rayne se complació en decirle que estaba embarazada.

A decir verdad, Rayne estaba segura de que el encanto y las habilidades de seducción de Marcus tenían mucho más que ver con que Lizbeth se sintiera cómoda en el lecho conyugal que con lo que le había explicado ella.

El examen de Lizbeth salió bastante bien, lo cual no era ninguna sorpresa porque la futura madre era una mujer joven y saludable.

—Rayne, lo siento, sé que tú eres la doctora, pero estoy segura de que estoy embarazada de gemelos. Todavía me quedan tres meses y estoy gorda como una casa. Lizbeth se frotó la parte baja de la espalda mientras se acomodaba en el sofá del salón, ajustándose una almohada contra la espalda.

—Como ya te dije, dadas todas las señales, es muy posible. Sin embargo, solo siento un bebé en este momento, pero es posible que estén situados de tal manera que el segundo esté, por así decirlo, escondido.

Entonces entró en el salón Marcus Mallory.

—Ah, buenas tardes, doctora Stevens. ¿Cómo está mi maravillosa esposa?

Lizbeth sonrió alegremente a su esposo, que se acercó a ella, le tomó la mano y le dio un beso muy delicado. La doctora Stevens sonrió al ver que Lizbeth se sonrojaba. Formaban una pareja encantadora.

—Acabo de terminar el examen, y está bastante bien, señor Mallory. Está saludable y feliz. Lo mejor para las futuras madres.

—Ya que todos los hombres y mujeres de nuestro grupo de amigos se llaman por su nombre de pila, sugiero que olvidemos lo de señor Mallory.

—Sí. Y también me puedes dejar de llamar doctora Stevens.

—¿Te vas a quedar a cenar?

Marcus se sirvió un brandy y se unió a las damas acomodándose en una silla que había frente al sofá donde estaban sentadas. Al parecer, sabía que no le gustaba las bebidas alcohólicas porque no le ofreció nada.

—Me temo que no. Tengo a un paciente en mi clínica que necesita ser atendido. —Apretó los labios y negó con la cabeza—. Es un caballero que estaba en pésimas condiciones cuando los idiotas de sus amigos lo dejaron tirado en la puerta de mi casa hace unos días.

Los ojos de Lizbeth se abrieron de par en par.

—Oh.

—Sí. Tengo entendido que el hombre tiene reputación de ser un disipado y un libertino, y que tiene otros hábitos bastante feos.

—No te referirás a lord Sterling, ¿verdad? —Preguntó Marcus removiendo el líquido de su copa.

—Sí. Me temo que es el hombre que dejaron en mi puerta.

Marcus resopló y bebió un trago.

—¿Está muy mal? —Preguntó Lizbeth.

Rayne se puso de pie y se dispuso a recoger su maletín, sus guantes y su gorro.

—Sí. Su vida no corre peligro, pero su comportamiento y la forma en que abusa de su cuerpo lo harán en el futuro si no cambia

por completo.

—Lo que me parece extraño es que conozco a Sterling desde hace muchos años. Pero en los últimos dos años, cuando se mudó a Bath, emprendió un camino hacia la destrucción —añadió Marcus mientras la acompañaba hasta la puerta.

Le hizo una leve reverencia.

—Gracias de nuevo por cuidar tan bien de mi esposa.

Rayne sonrió.

—No puedo hacer mucho más, pero te aseguro que tus cuidados diarios son lo que hacen que esté tan feliz a pesar de su condición. —Se puso el abrigo y le ofreció una sonrisa—. Que tengas un buen día, Marcus.

—Ya era hora de que vinierais, locos. —Con mucho dolor, Edwin se incorporó apoyándose en los codos y miró a sus dos amigos, Manchester y Brennan—. ¿Tenéis idea de lo mal que lo he pasado?

—Bueno, te diste contra un árbol cuando tu caballo te lanzó por los aires. Suponía que lo estarías pasando mal —dijo Brennan sonriendo.

Edwin cerró los ojos.

—No es por eso. Par de bobos. La doctora no deja que entre ningún licor en todo este edificio. ¿Os lo imagináis?

Los dos hombres lo miraron horrorizados.

—¿Nada de alcohol? ¿Has estado sin brandy desde que te dejamos aquí?

—No hay ninguna clase de alcohol para beber, y sí, he estado sin nada desde entonces. Espero que hayáis traído algo. La bruja está haciendo visitas, así que…

Les hizo un gesto con su única mano sana.

—Nunca voy a ninguna parte sin mi mejor amigo —dijo Manchester mientras sacaba una petaca de plata del bolsillo de su chaqueta.

—Yo tampoco —añadió Brennan, sacando su propia petaca.

Edwin agarró la petaca más cercana y se bebió la mitad del licor que contenía.

—¡Ah! —Dijo limpiándose la boca con la mano—. Esto es el cielo.

—No. Me temo que no es el cielo, mi lord.

La doctora Stevens estaba de pie en la puerta de la consulta, con las manos apoyadas en los costados y una expresión que asustaría al mismísimo Lucifer.

—Ah, mierda —murmuró Sterling.

Capítulo 3

Edwin cerró los ojos quejándose.

La doctora Stevens bajó los brazos y avanzó lentamente hacia los tres hombres que permanecían inmóviles como estatuas. Sus fuertes pisadas chocando contra el suelo eran el único sonido que se oía en la habitación. Enseguida extendió una mano hacia Edwin. A pesar de que le irritaba que lo tratara como a un niño, le entregó la petaca.

Después se volvió hacia Brennan y extendió la otra mano. Miró a Edwin, que se encogió de hombros. Tenía que decidirlo él. Lentamente le entregó la petaca.

—Es una reliquia familiar, ¿sabe?

Ella levantó las cejas.

—Es una lástima que su familia honre tanto al alcohol que lo lleven en una reliquia.

Brennan se sonrojó, lo que divirtió a Edwin, ya que había muy pocas cosas que avergonzaran a su amigo. Varias veces lo había visto en circunstancias muy cuestionables a lo largo de los años. Pero la doctora Stevens tenía una forma de ser que conseguía que más de un hombre cayera de rodillas ante ella.

Y no solo se refería a su naturaleza rígida. Continuaba desconcertándolo la razón por la que una mujer tan bella, y con un cuerpo tan bonito, hubiera decidido dejar a un lado su femineidad y trabajar como médico. A pesar de todas sus heridas, sus pensamientos cobraron vida y reaccionó una parte de su cuerpo que prefería que la doctora Stevens no notara.

—Caballeros, aunque estoy segura de que no lo son, pueden marcharse ahora mismo. Y no vuelvan. No son bienvenidos en este lugar. Mi paciente está teniendo bastantes dificultades para adaptarse a no beber alcohol, y no tiene ninguna necesidad de que sus amigos, por decir algo, saboteen sus esfuerzos.

Los tres hombres la miraban fijamente como si hablara un idioma extranjero. Edwin estaba seguro de que lo iba a echar a él junto a los otros dos, pero en realidad la doctora había hecho que

pareciera que le estaba haciendo un favor al prohibir que lo visitaran Brennan y Manchester, y así protegerlo del daño que pudieran hacerle.

Hacía mucho tiempo que nadie se preocupaba de su bienestar. Agradecido de no tener que salir cojeando detrás de ellos, hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta.

—Es hora de irse, muchachos.

—¿Vas a permitir que te diga lo que tienes que hacer?

Manchester parecía horrorizado. Sin duda, como heredero del ducado de su padre, desde que llevaba pantalones cortos nunca había tenido a nadie que le dijera lo que tenía que hacer, y no entendía por qué Edwin, también miembro de la nobleza, lo toleraba.

—¿No ves cómo estoy? No tengo otra opción. Os tenéis que marchar.

Por alguna extraña razón se sintió avergonzado de sus amigos. Se estaban comportando como niños intentando evitar la disciplina del director después de hacerle una travesura a su maestro.

Brennan se encogió de hombros. Siempre había sido el más tranquilo del grupo.

—Será mejor que te recuperes rápido, amigo. Te estás perdiendo un montón de cosas.

La doctora Stevens los siguió hasta la puerta. Edwin alcanzó a escuchar lo que les dijo en la entrada.

—¿Son ustedes los que trajeron a lord Sterling a la puerta de mi casa?

—Sí. —Creyó que dijo Brennan.

—La próxima vez que se dignen en llevar a alguien gravemente herido a un médico, dejen un momento a un lado la frivolidad y llamen a la puerta para explicarle lo que le ha pasado al paciente. El hombre al que se refieren como su *amigo* podría haberse muerto en la calle.

—¡Si llamamos a la puerta!

La voz de Brennan casi sonaba como la de un niño pequeño atrapado con una galleta robada.

—Qué noble por su parte. Una lástima que no esperaran a que alguien respondiera.

El chirrido de la puerta al abrirse y cerrarse rápidamente fue seguido por el sonido de unos pasos por el pasillo.

Edwin se estremeció consciente de que no iba a salirse con la suya después de lo que acababa de suceder.

¿Por qué le importaba lo que la doctora dijera, o pensara? Una vez que estuviera lo suficientemente bien como para salir adelante, nunca más la iba a volver a ver. Pasaría a ser una más del gran grupo de personas que lo despreciaban.

Ya estaba acostumbrado.

Rayne regresó a la habitación y se puso frente a él con los brazos cruzados sobre el estómago y una petaca en cada mano. Edwin sonrió al fijarse cómo sus brazos hacían que se le levantaran los pechos. El brandy le había hecho efecto.

—Míreme la cara, por favor. —Su voz sonaba como un latigazo.

Tragó saliva y se dio cuenta de que le estaba mirando sus espléndidos pechos.

—Le pido disculpas.

—¿Por qué? Parece que hay varios asuntos por los que disculparse. Tal vez podamos empezar con esto. —Dijo moviendo las petacas.

—No les pedí que me trajeran nada. De hecho, ni siquiera sabía que iban a venir a verme.

¿Por qué diablos tenía la necesidad de explicarse ante ella? No era su madre, ni su esposa, ni su prometida. No le debía nada en absoluto.

Excepto que probablemente me ha salvado la vida.

Edwin se volvió hacia ella.

—Creo que de lo que debería preocuparse es de por qué llegaron hasta aquí. ¿No hay ningún vigilante en la puerta?

Sí, estaba tratando de distraerla, pero realmente estaba preocupado de que la mayoría de las veces la doctora estaba sola y era muy fácil entrar en el edificio.

Ella se puso rígida, sin duda molesta de que hubiera encontrado una forma legítima de desviar la charla que se le avecinaba.

—A veces Walter está en la puerta, siempre que no esté ocupado haciendo otras cosas. Sin embargo, esto es una consulta. La gente debe de tener fácil acceso. El único momento en que la puerta está cerrada con llave es cuando me retiro por la noche.

—Eso es peligroso.

Ella le hizo un gesto de desdén.

—Prefiero continuar con la conversación que tenemos pendiente. Tal vez lo que me dice sea cierto, y no invitó a que vinieran esos amigos. Tengo la sensación de que son personas que entran donde les da la gana, ya sean bienvenidas o no. —De pronto se detuvo bruscamente y lo miró fijamente—. ¿Por qué bebió alcohol?

Edwin estalló de ira.

—¡Porque me dio la gana! ¡No puede decirme cómo tengo que vivir mi vida!

Los ojos de Rayne brillaban.

—No. Tiene razón. No puedo hacerlo. Sin embargo, mientras esté bajo mi techo y mis cuidados, puedo decirle cómo tiene que vivir su vida. Cuando se vaya de aquí, si desea continuar con su estilo de vida tan disipado, no dude en seguir haciéndolo. Pero no regrese nunca más por aquí para que lo cure. Nunca más.

Con esas palabras resonando en la habitación, se dio la vuelta y se fue.

Y Edwin se sintió como si fuera un completo imbécil.

Después de cerrar la puerta principal con llave, y no, no lo hizo porque Sterling la hubiera regañado, subió las escaleras para dirigirse a su dormitorio. Era un hombre absolutamente imposible. Lo mejor que le podía pasar para mantener bien su estado de ánimo era que terminara de curarse cuanto antes.

Pero aún más molesto era que su cuerpo traicionero reaccionaba cuando estaba ante él. Era un libertino, un alcohólico, un bribón, un pícaro, una persona completamente disipada.

Era todo eso. Y debería ser suficiente.

Pero, ¿por qué le hormigueaban varias partes del cuerpo cuando lo miraba y cuando él le devolvía una sonrisa de niño travieso?

Sí. Pero no era un niño pequeño. Y aunque fingía no darse cuenta, veía cómo le miraba los pechos y que estaba interesado en ella. Después tenía que maldecirse a sí misma por sentirse húmeda y con los pezones duros.

Por el amor a la bondad, estaba muy confundida.

Su padre tampoco hubiera aprobado la forma en que había manejado la situación esa noche. Muchas veces le había reprochado que tuviera tan buen corazón. Él lo hubiera echado en la misma puerta, junto al resto de sus amigos.

Pero ella no podía hacer eso. Era un hombre que necesitaba ayuda, y eso era lo que había jurado hacer cuando logró sacar adelante su formación en medicina. De hecho, su sueño era ampliar la clínica no solo para poder tratar a más pacientes que no tuvieran dinero para pagar sus tratamientos, sino también a aquellos que *sí* tenían recursos pero estaban desesperados.

Como lord Sterling.

Incluso los ricos tenían sus carencias, y Sterling necesitaba retomar el buen camino urgentemente. No, no pensaba en convertirse en su salvadora, pero cuando lo dejara regresar a su casa ya iba a estar recuperado de su adicción. Después dependería de él mantenerse bien, o volver a caer en una espiral de disipación.

Ahora que estaba un poco más tranquila, iba a preparar la cena para ellos dos y para Walter. Lo había mandado a comprar a la frutería y a la pescadería. En cualquier momento iba a regresar.

Se echó un rápido vistazo en el espejo para alisarse el pelo. Se quedó mirando su imagen durante un minuto. ¿Qué veía exactamente Sterling cuando la miraba? ¿Una solterona muy seria? ¿Una doctora muy rígida? ¿O una mujer bonita?

Maldita sea, se estaba comportando como si fuera una estúpida debutante. Se apresuró a salir de la habitación, consciente de que su corazón estaba latiendo acelerado. Cuando iba casi a la mitad de la escalera llamaron a la puerta.

—¿Por qué está cerrada la puerta, doctora? —Preguntó Walter cuando la vio después de que le abriera la puerta.

Cargaba un montón de paquetes.

Ella se encogió de hombros, inquieta por su pregunta. ¿No habría pensado que había cerrado la puerta con llave para que pudieran estar a solas Sterling y ella?

—No lo sé. Estaba pensando que tal vez es un poco inseguro que esté abierta todo el tiempo.

El hombre asintió.

—Probablemente tenga razón. Cuando no esté en la puerta, probablemente debería dejarla cerrada con llave. Cualquiera que venga a que lo atiendan puede llamar.

Después avanzó pesadamente por el pasillo para ir a la cocina.

—Doctora Stevens —gritó Sterling desde su cama.

Rayne se puso recta y entró en la habitación.

—¿Sí?

Oh, maldita sea, esa sonrisa.

Sterling le tendió una mano.

—Quería ofrecerle mis disculpas.

—¿De verdad?

Por el amor a la bondad, había sonado como una institutriz muy seca. Bueno, aunque tal vez no fuera su institutriz, estaba segura de que él la veía como una persona seca.

Relajó su postura, pero no le tomó la mano.

—Las acepto.

Sterling le sonrió, y sus entrañas la traicionaron de nuevo.

—No le he dicho de qué me disculpo. Como me ha señalado, tengo varias razones por lo que hacerlo.

Ella inspiró hondo.

—No se tiene que disculpar por nada, salvo por haberse bebido el brandy.

Sterling se levantó un poco apoyado sobre un codo.

—No lo volveré a hacer. Tenía razón cuando ha dicho que me ha costado mucho estar sin tomar brandy, y espero que un trago no me haga retroceder al principio. ¿Usted qué cree?

—¿Un trago? —Preguntó levantando las cejas hasta la línea del cabello.

Sterling apoyó su cabeza en una mano, como si fuera un niño pequeño intentando convencer a su niñera para que lo deje saltarse

la siesta. Oh, ¿por qué ella estaba pensando en una cama? Bueno, tal vez porque él estaba acostado en una.

Todo al revés, una vez más.

—Está bien. Quizás más de uno. También quiero disculparme por avergonzarla antes por mirar sus...

Rayne levantó la mano.

—Por favor, no siga. Entiendo y acepto. Ahora, si me disculpa, tengo que encargarme de la cena.

Salió corriendo de la habitación como si los sabuesos del infierno le estuvieran pisando los talones.

—¿Se encuentra usted bien, doctora Stevens? —Preguntó Walter cuando llegó a la cocina al verla tan nerviosa.

—Sí. Estoy bien. Hay que preparar la cena. —Y cuando Walter se volvió para salir de la cocina, le dijo—: Por favor, ocúpese de las necesidades de lord Sterling mientras se prepara la cena.

Walter asintió y se marchó.

Normalmente, Rayne tenía a una cocinera, la señora Johnson, pero como la acompañante de su padre, cocinera y ama de llaves, se había casado inesperadamente y había dejado su trabajo, había tenido que dejar que fuera a su casa hasta que Rayne pudiera contratar a otra sirviente para él.

La vida le sería mucho más fácil si encontrara a alguien más que la ayudara con la casa, pero a su padre no le gustaba la señora Johnson, y Rayne creía que esos sentimientos eran mutuos. Su padre era un hombre bastante difícil, y de sus tres hijas ella era la que mejor se llevaba con él.

A menudo se preguntaba si le hubiera sido más fácil tratar con él que a sus hermanas, si no hubiera continuado con su profesión.

Esa noche iba a preparar pescado blanco con patatas asadas, zanahorias y nabos, y ensalada. Walter había traído pan fresco y tartas de frutas para terminar la comida. Le gustaba cocinar y lo encontraba bastante relajante. Le sentaba bien preparar algo sano y sabroso después de estar todo el día lidiando con sangre y enfermedades.

Mientras cocinaba tarareaba alguna canción, aunque sus pensamientos siempre volvían al hombre que yacía en la enfermería.

Había pasado la peor parte de su síndrome de abstinencia, y con suerte ese poco de brandy que se había bebido no le habría perjudicado demasiado.

En cuanto estuviera segura de que estaba lo suficientemente fuerte, quería que Walter lo colocara en la silla de ruedas para llevarlo al jardín a respirar aire puro. Con el estilo de vida que llevaba, estaba segura de que lord Sterling no veía la luz del día desde hacía mucho tiempo.

Volvió a preguntarse por qué estaba tan decidido a autodestruirse. Marcus le había mencionado que Sterling estaba llevando este su estilo de vida desde hacía solo un par de años, tras mudarse a Bath. Tal vez valiera la pena investigarlo.

Dejó de picar las verduras para la ensalada y frunció el ceño. ¿Por qué le importaba tanto lo que hubiera llevado a su paciente a esa etapa de su vida? No debía importarle. Lo único que tenía que hacer era asegurarse de que se recuperara de sus lesiones y, mientras lo hacía, mejorar su salud general al dejar de consumir alcohol y ofrecerle abundante comida nutritiva. Su trabajo solo era ese.

Y después se marcharía.

Y no lo volvería a ver.

Y eso era bueno.

Sí. Muy bueno.

Cuando terminó de preparar la comida, organizó una bandeja con cubiertos y una servilleta, y la llevó a la enfermería. Walter había terminado de atenderlo, y Sterling parecía completamente renovado. Elegantemente renovado, por desgracia.

Lo había afeitado y lo había peinado. Le había puesto un camisón limpio que llevaba el cuello un poco abierto por donde se alcanzaba a ver el vello oscuro de su pecho.

Sterling le sonrió y a ella casi se le cayó la bandeja.

—La verdad es que tengo hambre por primera vez en mucho tiempo.

Ella asintió, esforzándose por no mirarlo, y simplemente le entregó la comida.

—Esta comida es muy buena. Tiene que subir un poco de peso.

—¿Por qué me mira los pies? —Le preguntó irónicamente.

Oh, ¿había adivinado que lo encontraba atractivo? Eso no era algo aceptable.

Pero respiró hondo y lo miró a los ojos.

—Simplemente estoy haciendo una observación clínica. —Eso había sonado muy técnico. Le entregó la bandeja—. Aquí está su cena.

—Huele bien. Sabe, creo que comería mucho más si cenara aquí conmigo.

Rayne retrocedió.

—¿Qué?

—Ya sabe. Vuelva a la cocina y tráigase su bandeja para que cenemos juntos.

Su sonrisa constante la molestaba. Acababa de reprenderlo y de echar a sus amigos. ¿Por qué estaba siendo tan simpático?

—Nunca como con mis pacientes.

Sterling bajó la voz.

—Tal vez debería. Podría ayudar a que se recuperaran más rápidamente. —Recogió el plato de su mano—. Supongo que desea deshacerse de mí lo antes posible. Tómelo como una forma de hacer que me vaya antes.

Tómelo como una forma de hacer que me vaya antes.

¿Pero por qué ese pensamiento no la hacía tan feliz como debería?

Capítulo 4

Habían pasado seis días desde que lord Sterling había aparecido tirado en la escalinata de su casa, y Rayne estaba tan confundida que la mayoría de las veces no podía pensar con total claridad.

Había pasado la peor parte de su síndrome abstinencia, pero el día anterior había tenido una recaída. Las pocas investigaciones que pudo encontrar mencionaban que entre los días cinco a siete después de dejar el alcohol podían ser tan malos como los del principio.

Sin embargo, sus lesiones, especialmente la de la pierna y la de las costillas, le impedían devolverlo a su casa. Los últimos dos días había tenido fiebre con fases de delirio. Le preocupaba que a su lista de dolencias se añadiera una infección, por lo que constantemente le estaba revisando y cambiando los vendajes.

Si hubiera sido cualquier otro paciente, simplemente lo atendería y después volvería a sus asuntos e intentaría pasar un buen día. Normal.

En cambio, a este hombre lo visitaba varias veces al día, algunas solo para observarlo mientras dormía. Cuando estaba despierto, siempre era educado y le hacía comentarios amables, y solía coquetear un poco cuando no estaba ardiendo de fiebre.

Tenía que dejar de hacer tonterías lo antes posible. Lo cierto es que no hacía falta visitarlo tan a menudo, a pesar de que se sentía inexplicablemente atraída por él. Otras dos pacientes habían ingresado la enfermería. Ambas eran mujeres mayores. La señora Wilson se había caído y se había desmayado, por lo que Rayne necesitaba observarla de cerca.

La otra mujer, la señorita Roberts, estaba en las etapas finales de un cáncer y su familia ya no quería cuidarla.

Rayne había puesto un biombo entre las mujeres y lord Sterling. Además de sus pacientes internos, tenía que hacer su ronda normal de visitas, y todos los días recibía notas solicitando sus servicios, además de atender a las mujeres embarazadas, y a las que no

estaban lo suficientemente enfermas como para tener que quedarse en la clínica, aunque también requerían que las atendiera.

Lord Sterling estaba interrumpiendo su rutina tan bien organizada. Era un sinvergüenza y un libertino. Ella simplemente debía curarle sus lesiones y sacarlo de su vida.

Cuando bajaba las escaleras de su dormitorio, una vez más recordó todo lo que tenía que hacer ese día. Su primera parada en la enfermería le confirmó que la señora Wilson seguía con los ojos brillantes. Lo más probable es que le enviara una nota a su hija, con la que vivía, para informarle de que su madre ya podía volver a casa.

La pobre señorita Roberts le contó de que había pasado una noche complicada. Rayne consideró darle morfina para aliviar su dolor, ya que el láudano no parecía ayudarla. En su opinión, a la señorita Roberts no le quedaba mucho tiempo en esta tierra. Por horrible que sonara, Rayne rezaba a diario para que la mujer falleciera pacíficamente mientras dormía y dejara de sufrir.

Su siguiente parada en la cama de lord Sterling hizo que los latidos de su corazón se aceleraran y le sudaran las manos.

—Buenos días, mi lord. ¿Ha descansado bien? Parece que está mejor.

—Buenos días, doctora Stevens. —Le sonrió y ella se llevó las manos a los costados a la espera de su comentario gracioso—. Interrumpió mi descanso soñando con usted.

Ella negó con la cabeza y lo tomó de la muñeca para ponerle dos dedos en el pulso y controlar los latidos de su corazón.

—Lo dudo.

—Me ofende usted, querida doctora. ¿Duda de sus encantos?

Ella resopló. Al no llevar una vida social normal como la mayoría de las jóvenes, consideraba que tenía tanto encanto como un tintero.

—Ah, veo que no me cree. ¿Qué puedo hacer para convencerla?

Le sonrió, con los párpados caídos. Era un verdadero maestro.

Ella se apartó.

—¡Basta ya de bromas!

Se estremeció cuando se dio cuenta de que tanto la señorita Roberts como la señora Wilson estaban al otro lado del biombo.

Rayne respiró hondo.

—Voy a revisar sus heridas. —Sacudió el termómetro y se lo metió en la boca—. Volveré. Manténgalo bien puesto.

Sterling le guiñó un ojo.

El comportamiento de Sterling no tenía porqué ser tan malo mientras ella pudiera seguir comportándose como una profesional e ignorarlo. Sin embargo, le costaba no hacer caso de sus comentarios, que siempre mostraban su naturaleza maléfica. Nunca nadie la había afectado de esa manera. ¡Y había pasado sus años de formación rodeada hombres!

Pero, de todos modos, nunca había sido de las que atraían la atención de los hombres. Siempre estaba estudiando, llevaba el pelo recogido en un moño sencillo, y tenía la ropa manchada de sangre y fluidos corporales. Las jóvenes debutantes que acababan de salir del colegio probablemente tenían más experiencia que ella.

Mientras esperaba para comprobar su temperatura, reunió los instrumentos que necesitaba para cambiar las vendas de sus heridas y rasguños. No, no se daba cuenta de que sus ojos la seguían por toda la habitación. Y no, su corazón no se aceleraba mientras lo ignoraba.

Volvió a su cama y miró el termómetro.

—Normal.

—Eso es bueno, ¿no?

La alegría que reflejaban sus ojos hizo que le dieran ganas de darle una bofetada. ¿Qué le pasaba? ¿Pegar a un paciente? Era hora de apartarlo de ella.

—Sí. Está bien, de hecho, hace un día bastante agradable, así que haré que Walter lo suba a la silla de ruedas después del desayuno para que lo lleve al jardín. Un poco de aire puro le vendrá bien —le dijo hablando al espacio que había encima de su cabeza.

Y tenerte lejos de mí será mucho mejor.

—¿He hecho algo mal, doctora Stevens?

Parecía genuinamente confundido, lo que la irritaba aún más. ¿Hacía esas cosas tan inconscientemente que ni siquiera se daba cuenta? Por eso debía ignorar todo lo que le dijera de manera coqueta. Realmente ella no significaba nada para él.

Su pregunta debía de ser fácil de contestar, pero estaba demasiado nerviosa como para responder como una persona sensata.

—No. No ha hecho nada malo. De hecho, está bastante bien. Muy bien. Lo puedo decir a plena voz. —Se contuvo cuando se dio cuenta de que las demás pacientes podían escucharla—. Inclínese —le gruñó.

Le retiró los vendajes viejos y le limpió cada rasguño cuidadosamente, después le puso un bálsamo curativo y un vendaje nuevo. No vio signos de infección en ninguno de las heridas y rasguños. Con suerte, la fiebre se había debido a que su cuerpo se estaba recuperando del abuso al que había estado sometido a lo largo de los años, agravado por las heridas.

Desafortunadamente, su rostro se había curado rápidamente, lo que era una molestia ya que incluso malherido era un hombre muy guapo.

—Enseguida le traerán el desayuno.

Recogió sus cosas y se dirigió a la puerta.

—¿Doctora Stevens?

Ella apretó los dientes y se dio la vuelta.

—¿Sí, mi lord?

—Gracias por sus esfuerzos. Soy consciente de que soy una persona que no le gusta, así que aprecio aún más sus atenciones.

¡Oh, señor! Había dejado ver sus sentimientos hacia él. Eso no se debía hacer cuando uno se dedicaba a la medicina. Cada persona debía ser tratada con la misma compasión, respeto y dignidad. Se puso muy recta.

—Le pido disculpas si le he hecho sentir mal, pero gracias. Agradezco sus palabras.

Sterling volvió a guiñarle un ojo.

—Algún día me gustaría decirle algo diferente. Muy suave. En su oído. —Bajó la voz—. En la oscuridad.

¡Se estaba riendo de ella! Podía verlo en sus ojos. Era un hombre insoportable.

Se giró furiosa y salió de la habitación. ¡Debería ponerle un montón de pimienta en la avena! Más le valía curase rápido antes de

que ella se terminara dándole golpes en la cabeza con un objeto contundente.

Lo primero es no hacer daño. ¡Ja!

Edwin vio cómo la buena doctora se alejaba de él y la observó divertido. Era tan fácil irritarla. Al principio pensó que lo hacía para divertirse mientras estaba en cama. Sin tener nada que beber. Tampoco tenía mujeres delicadas y dispuestas a su lado. Ni ningún juego de cartas. Nada de lo que había conformado su vida durante los últimos años.

Entonces se dio cuenta de que lo pasaba bien con ella, y que siempre estaba deseando verla para reírse. Incluso se convenció a sí mismo de que lo más probable era que le estuviera haciendo un favor. Evidentemente no tenía experiencia con hombres, aunque seguramente en la facultad vio más cuerpos masculinos desnudos que él en Eton.

Era una preciosidad. Todo fuego y hielo. Obviamente era una apasionada de su trabajo, a pesar de ser una profesión tan extraña para una mujer bien educada. Pero ese fuego podía apagarse rápidamente, y el frío de la habitación bajaba varios grados cuando se enfadaba.

Y él era capaz de desagradarla muy fácilmente.

Sin embargo, el hecho de que siempre estuviera a punto de ruborizarse le indicaba que tanto él como sus comentarios le importaban. Sin embargo, era la única mujer que recordaba que no respondía a sus encantos. Por lo menos, no de la manera en que a él le hubiera gustado que le respondiera.

Giró la cabeza para mirar por la ventana. Probablemente debería dejarla en paz. Se tenía que recuperar, marcharse y volver a su vida. Y no volver a ver a la doctora Rayne Stevens.

En ese breve período con la amargada doctora Stevens lo que no le gustaba era que le servía para observar detenidamente su propia vida. Pero no quería analizar su vida. Solo le traía malos recuerdos y dolor. El brandy lo enmascaraba todo. Y los juegos de cartas, las carreras de caballos y las fiestas privadas sin control le permitían mantener a raya sus recuerdos.

Pero realmente nunca había conseguido apartar sus sentimientos de culpa. La única vez desde que se había mudado a Bath en que no se sintió en absoluto contento con su vida fue cuando reconoció a la hija de una conocida cortesana londinense. La insultó, y después, siendo el sinvergüenza que era, la delató ante personas que no tenían necesidad de saberlo.

La señorita Lottie Danvers, ahora señora Carter Westbrooke, era una joven encantadora que no merecía que se burlara de ella. Pensar que tuvo el descaro de criticarla ante Carter cuando llegó enfurecido a su casa en defensa de su prometida. El estilo de vida que llevaba, y la forma disipada en que vivía, que Carter presenció esa mañana, incrementaban sus sentimientos de culpa.

Tuvo la maldita suerte de que Carter solo le asestara unos cuantos golpes muy bien dados, y le advirtiera que jamás volviera a hablar de la señorita Danvers. Nunca iba a olvidar las palabras de Westbrooke. *Si alguien te cuenta cualquier cosa sobre la señorita Danvers, o te pide tu opinión sobre ella, no dirás nada más que cosas positivas. Vas a convertirte en su gran defensor. ¿Lo entiendes?*

Molesto de que lo hubieran despertado tan temprano por la mañana después de una noche de juerga, Edwin había aceptado. *No diré nada despectivo sobre la dama. Si me la encuentro en la calle, en una tienda o en la iglesia, la trataré con el mayor respeto.*

De pronto se llenó de recuerdos. Parecía que estaba destinado a insultar y decepcionar a muchachas buenas. Ahora, suponía que ya podía añadir a la doctora Stevens a su lista de mujeres con las que se había enemistado. Pero nada superaba lo que le había hecho a su hermana.

Mierda. La vida era jodidamente desagradable sin la ayuda del resplandor que le proporcionaba el brandy.

—Levántese, vamos, mi lord. La doctora Stevens me ha pedido que lo lleve al jardín para que tome un poco de aire.

Walter estaba de pie junto a la cama de Edwin. El hombre era tan corpulento que parecía como si no necesitara la silla de ruedas para

transportarlo a él, o a cualquier otra persona, donde la doctora Stevens le ordenara.

Medía más de un metro ochenta y probablemente pesaba más de cien kilos. Había llegado un rato antes, después de que Edwin terminara de desayunar, para prepararlo para ese día. Lo cierto es que su ayuda de cámara debería venir a verlo cada día. Lo más probable es que estuviera todo el día sentado en casa sin hacer nada más que estar preocupado.

Nadie lo afeitaba, controlaba su pelo alborotado, ni lo vestía como Albert. Le sorprendió que no se le hubiera ocurrido pedirle que viniera hasta ahora. Se había acostumbrado tanto a la rutina de la clínica que era como si hubiera olvidado su vida real.

Su vida real. Eso era en Londres, de donde había escapado.

Sin más advertencia, Walter lo tomó en sus brazos como si fuera un niño y lo depositó en una silla de madera con una gran rueda a cada lado. Edwin había visto imágenes de sillas de ruedas, pero nunca había estado delante de una.

Era un artilugio interesante. Parecía que las ruedas eran lo suficientemente grandes como para que una persona sentada en la silla pudiera empujarlas por sí misma. Podría ser divertido hacer una carrera con un par de ellas.

—No, no puede correr con mi silla de ruedas.

Las palabras del doctora Stevens, que estaba en el jardín con los brazos cruzados, lo sobresaltaron. ¿Había hablado en voz alta?

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—No lo ha dicho en voz alta, pero me di cuenta por la expresión de su cara que estaba pensando que una carrera en sillas de ruedas sería una buena manera de romperse algunos huesos más.

—Es un placer verla a usted también, doctora Stevens.

Como él estaba sentado y ella de pie, una situación en la que rara vez se encontraba con una mujer, le hizo un gesto cortante con la cabeza.

—Yo me haré cargo, Walter. Gracias.

Se puso detrás de la silla de ruedas y despidió a Walter.

—Me temo que soy demasiado pesado como para que me lleve usted, doctora Stevens.

Se giró en la silla bastante humillado por estar en una posición tan vulnerable y débil.

Ella hizo un gesto de desdén con la mano y comenzó a empujar el artilugio a través del patio.

—Bobadas. En mi trabajo hay que ser capaz de levantar muchos objetos pesados.

—¿Incluidos cuerpos humanos? —Preguntó.

Ella vaciló un instante.

—Sí. He tenido que levantar bastantes cuerpos. —Respiró hondo y continuó—. Por favor, no convierta lo que le he dicho en algo que me obligue a tirarlo de esta silla y dejarlo aquí en el suelo como si fuera como un pez fuera del agua.

Él miró hacia atrás y se echó a reír.

—¡Doctora Stevens! Tiene sentido del humor.

Ella levantó la nariz.

—Por supuesto que sí.

Permanecieron en silencio hasta que Rayne detuvo la silla de ruedas junto a un banco de piedra. Desde donde estaban sentados descubrió que en el jardín había un capricho ornamental. Edwin sonrió al recordar varias aventuras acaloradas y apasionadas en caprichos de jardines a lo largo de los años. La doctora Stevens se sentó en el banco y respiró hondo.

—Me encanta el aroma del jardín en cualquier época época del año.

—Tiene un jardín muy bien cuidado. Supongo que, con todo lo que trabaja, tendrá contratado a un jardinero.

La doctora Stevens respiró hondo y una agradable sonrisa iluminó su rostro.

Era realmente una mujer muy guapa. Obviamente, se había arreglado su cabello castaño claro con reflejos dorados en una especie de moño sencillo, pero algunos mechones y rizos se le habían caído enmarcando su rostro.

Tenía una cara muy bonita con sus ojos azules claros, cejas oscuras bien arqueadas y labios hechos para besar. Cuando sonreía podía seducir a quien la mirara.

—Tengo uno —respondió—. Pero también cultivo mis propias hierbas medicinales. En realidad lo hago para relajarme y rebajar la tensión.

Levantó una mano en señal de advertencia, pero sonrió.

—No diga eso, por favor.

Edwin se llevó una mano al corazón.

—¿Qué? ¿Está pensando que por haberme dicho eso voy a responderle de manera inapropiada?

Ella inclinó la cabeza hacia él y sonrió.

—No. Por supuesto que no he pensado eso. Imagínese.

Edwin estaba disfrutando con la doctora. Aparentemente, había una parte tierna en ella. Siendo médico muchas veces tendría que lidiar con situaciones que requerirían de mucha compasión. Un buen ejemplo era lo bien que había tratado sus heridas, a pesar de que claramente él no le gustaba.

Claramente él no le gustaba.

Ahora, pensar eso le dolía.

Capítulo 5

Comenzaba el décimo día de la estancia de lord Sterling en su clínica, y había decidido que iba a ser el último.

Sus heridas y rasguños habían curado bien, su muñeca funcionaba y sus costillas ya no necesitaban de un vendaje. Rayne le había conseguido un bastón muy resistente para que usara mientras siguiera enyesado. Su reacción inicial ante el bastón le pareció bastante cómica. Al principio se negaba a usarlo alegando que era algo de viejos.

Después, cuando le sugirió que se moviera en silla de ruedas hasta que su pierna estuviera completamente curada, decidió darle otra oportunidad al bastón. Seguramente iba a tener problemas para maniobrar por las escaleras, pero probablemente tenía suficientes sirvientes a su disposición, y estaba segura de que le iba a ir bien.

En algún momento habían llegado a una tregua. Ya no la acosaba continuamente, y las pocas veces que lo hacía, ella se reía en vez de regañarlo. Estaba un poco molesta consigo misma porque había descubierto que estaba cambiando su opinión sobre él.

Debajo de ese hombre tan incorrecto había una persona inteligente, cariñosa y bondadosa. Cuanto más lo conocía, más segura estaba de que algo había sucedido en su vida que lo había llevado a la autodestrucción.

—Doctora Stevens, si tiene tiempo hoy, tal vez podamos dar un paseo por el jardín.

Sterling se sentó en el borde de la cama que ocupaba desde hacía diez días. Tenía buen aspecto y estaba en forma. Su ayuda de cámara había comenzado a venir cada mañana para prepararlo para el día, y quedaba mucho mejor que como lo dejaba Walter.

Randolph era un hombre de mediana edad, con barriga y poco pelo. Era un tipo alegre, respetuoso con ella y devoto de su jefe.

—Sí. Creo que hoy tendré tiempo para hacer un poco de ejercicio en el jardín. ¿Cuándo lo va a llevar a casa el cochero?

Una pequeña punzada de tristeza le recorrió las entrañas. Una vez que superaron su antagonismo mutuo, comenzaron a desarrollar

una especie de amistad muy limpia. Al ser bastante hábil con los números, lord Sterling sorprendentemente se había apoderado de sus libros de contabilidad.

Se dio cuenta de que había pacientes, muchos de ellos con suficientes recursos, que no habían pagado por sus servicios. Además, estaba seguro de que algunas de las personas con las que trataba para que le trajeran alimentos, medicinas y otros suministros la estaban engañando.

–¿Por qué no presta más atención a estas cosas? —Le había preguntado la primera vez que ella le permitió mirar sus libros de cuentas—. Está trabajando un montón de horas y la están robando.

Le había pedido que le dijera cómo podía ayudarla porque había visto que estaba siempre muy ocupada mientras que él no tenía nada que hacer más que mirarse la pierna todo el día.

—Me temo que soy de esas personas que confía en que la gente con la que trabaja es honesta.

—Como usted misma —añadió él con una suave sonrisa.

—Bueno, sí. Quiero decir, ¿por qué me iban a engañar?

—Porque esa es la forma en que funcionan algunas personas. ¿Y qué pasa con todos estos pacientes que no le han pagado?

Se inclinó sobre su hombro y miró la larga lista de deudores.

—¿Tantos?

Edwin se volvió y la observó con una mezcla entre fastidio y humor.

—Sí, doctora Stevens. Tantos.

Entonces comenzó su campaña, desde su lecho de enfermo, para comunicarse con todos los que le debían dinero y con los que la engañaban.

Sí. Lo iba a echar de menos.

—Randolph dijo que llegará a eso de las tres de la tarde —dijo Sterling en respuesta a su pregunta.

—Ya veo.

¡Qué tonta se estaba volviendo por sentirse triste por la partida de ese hombre! Ahora tenía a tres niños con sarampión en la clínica, cuyos padres venían de visita al menos una vez al día. Pero aparte

de ese breve contacto, Walter y lord Sterling habían sido sus únicos compañeros constantes.

Siempre había estado sola, y solo tenía a Walter desde que se había hecho cargo de la clínica de su padre, pero estar con Sterling bromeando con ella, dándole sugerencias y consiguiendo hacerle el día a día más agradable, justamente lograba que sus jornadas fueran más placenteras.

—Entonces sugiero que demos un paseo por el jardín después del almuerzo. Eso me dará tiempo para...

Un fuerte golpe en la puerta hizo que dejara de hablar abruptamente. En lugar de esperar a que Walter llegara a la puerta principal recién cerrada con llave, ella misma se apresuró en ir allí.

Un hombre sucio y sin afeitar estaba en la puerta de su casa sosteniendo a una niña de no más de cinco años. De su cuerpo goteaba sangre y partes de su viejo vestido estaban rasgadas y mostraban la marca de una rueda de carruaje.

—Tráigala aquí.

Rayne dio un paso atrás y permitió que el hombre entrara, después los llevó a la enfermería.

Sterling se quedó de pie, apoyado en su bastón, observando.

—¿Qué le pasó?

Rayne hizo un gesto hacia la mesa que usaba para examinar a sus pacientes.

—Dijo que la atropelló un carruaje.

Movía los pies de un lado a otro como si estuviera listo para escapar.

—¿Es su hija?

—Nah. Es de esas que venden baratijas, ¿sabe usté? La veo to' los días. No sé de quién es, pero no podía dejarla tirada en medio del trigal. El carruaje ni se detuvo.

No parecía sorprenderle en absoluto que la joven fuera tratada de una manera tan horrible. La vida en las calles era dura y cruel.

Con los labios apretados, Rayne asintió con la cabeza.

—Gracias por traerla. Si desea algo de comida, su señoría lo llevará a la cocina. Creo que hay algo de carne fría de anoche, así como pan fresco que acabamos de comprar esta mañana.

Hizo un gesto con la cabeza a Sterling, que estaba observando la escena.

—No me importaría comer un poco. Gracias.

Apretó la vieja gorra que tenía en la mano y miró a Sterling con recelo.

Sterling no se mostró sorprendido de que le hubiera ordenado que llevara al hombre a la cocina como si fuera un sirviente. En lugar de eso, le hizo señas al hombre para que se acercara a la puerta y lo siguió.

—Por aquí, señor.

Cuando observó a la niña sus ojos se llenaron de lágrimas. Obviamente no comía lo suficiente, y por la suciedad que cubría su cuerpo, no se bañaba de manera habitual.

Sus rizos rubios estaban enmarañados y muy sucios, y su rostro mostraba señales de haberse golpeado contra el suelo. Con mucha delicadeza Rayne le cortó andrajoso vestido con las tijeras. No llevaba nada debajo.

Rápidamente hizo una evaluación de sus lesiones. Como la niña estaba inconsciente, asumió que había quedado así por el accidente. Se estremeció al mirar a la pobre muchacha desnuda. Algunos de los moretones que tenía eran antiguos. Había sido recibido muchas palizas.

Lord Sterling regresó a la habitación cojeando.

—Nuestro visitante decidió llevarse la comida. No pude evitar pensar que quería compartirla con los demás.

—¡Mira a esta pobre niña! —La voz de Rayne temblaba.

Los labios de Sterling se tensaron.

—Hay un lugar especial en el infierno para aquellos que maltratan a niños y animales indefensos.

—Estoy de acuerdo.

Levantó a la muchacha y le retiró el vestido por debajo. Después recogió una manta y la colocó sobre su pequeño cuerpo.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte?

Si la doctora se sorprendió de que le ofreciera su ayuda, no lo demostró en absoluto, lo que hizo que Edwin se sintiera bien. Los

últimos días habían trabajado juntos y nunca se había sentido tan útil en su vida.

Antes del desastre con su hermana en Londres, no había hecho mucho para ocupar su tiempo, simplemente llevaba un registro de sus inversiones, que un administrador gestionaba por él. Desde entonces lo único que hacía era beber, jugar y buscar prostitutas. Ahora se sentía bien de poder estar haciendo algo por los demás, y no solo para sí mismo.

Se recordaba negando con la cabeza mientras miraba la contabilidad de la doctora Stevens. Era un desastre. A pesar de ser una doctora brillante, cosa que él creía firmemente, no entendía nada de negocios.

—Si te quedas a su lado mientras recojo las cosas que necesito para curarla, me será de mucha ayuda.

Pasó el dedo por la mejilla de la muchacha y después se alejó.

Edwin miró fijamente a la niña. Era guapa, pero estaba desnutrida y descuidada, así como maltratada. No podía tener más de cinco años, y ya andaba por las calles vendiendo cerillas.

Era una niña que debería estar mejor alimentada, mejor vestida y en la escuela. La vida era dura para mucha gente y, sin embargo, había quienes tenían bastante más de lo que necesitaban.

Yo.

Se sacudió la culpa cuando la doctora Stevens llegó a su lado.

—Es una niña hermosa, ¿no?

—Sí. Pero aunque fuera fea ningún niño debe ser tratado así.

La doctora Stevens lo miró con las cejas arqueadas.

—Estoy de acuerdo.

Entonces Rayne mojó un paño de lino en una olla con agua tibia y jabón y comenzó a lavar a la niña.

Pero de pronto Edwin le quitó la tela.

—Dame, déjame hacer eso mientras le cura las heridas.

¿Qué diablos estaba haciendo? Era un miembro de la *aristocracia*, un noble, y estaba lavando el cuerpo sucio de una niña pobre de la calle. *¡Cómo han caído los poderosos!* Le vino a la cabeza ese versículo de la Biblia. Sin embargo había dejado atrás las

Biblias, la iglesia y la vida buena y respetable. Y ya se había alejado demasiado como para poder volver.

Pero, ¿era así?

—Lo hace con mucha delicadeza, mi lord.

La doctora Stevens le sonrió mientras procedía a lavar los cortes y heridas de la niña.

—¿Puedo sugerirle que, ya que estamos aquí ayudando a una niña pequeña y maltratada, acabemos con el "mi lord"? Mi nombre de pila es Edwin.

Si la doctora se sintió ofendida por su sugerencia, no se lo demostró. De hecho, lo sorprendió. Sin apartar los ojos de su trabajo, le dijo:

—Y tú puedes llamarme Rayne.

—Un nombre poco común.

Para una mujer diferente, pensó, pero no añadió nada más.

—Sí. Creo que mi padre me llamó así en previsión de que no tuviera ningún hijo varón, pues quería que al menos uno de sus hijos siguiera sus pasos. —Escurrió el paño y lo sumergió en el recipiente con agua limpia—. Verás, pensó que con ese nombre podría ser confundida con un hombre y engañar a los responsables de la facultad de medicina para poder ingresar en ella.

—Ah. ¿Y supongo que funcionó?

Ella se echó a reír. Le encantaba el sonido de su risa, sobre todo porque era muy raro oírla. Por lo que veía su vida era muy seria y formal. Tenía que disfrutar más de la vida.

Y yo tengo que disfrutar menos.

—Sí. Soy médico, así que evidentemente funcionó. Sin embargo, no fue fácil. Los responsables de la escuela no estaban contentos cuando descubrieron que habían admitido a una mujer. Intentaron evitar que ingresara, pero no tenían más motivos que el hecho de que yo fuera una mujer.

>Después mis profesores y compañeros de clase hicieron todo lo posible para subvertir mis esfuerzos. Por eso, tuve que estudiar más, pasar más horas que nadie tomando notas en las clínicas, hacer más trabajos extraordinarios, y aún así me seguían considerando de segunda clase. —Negó con la cabeza—. Fue muy

frustrante. Estoy deseando que llegue el día en que las mujeres sean aceptadas como personas inteligentes, seguras de sí mismas y completamente capaces. —Lo miró un momento a la cara—. Somos mucho más que nuestras partes femeninas, ¿verdad?

Edwin tosió para disimular la risa.

—Sí. Eres mucho más que tus partes femeninas. Pero tampoco las descartes tan fácilmente. No tienes que ser una cosa o la otra. Podrías ser las dos cosas.

Continuaron en silencio mientras ambos se ocupaban de la joven paciente. Una vez que Edwin hubo eliminado toda la suciedad e inmundicia de su pequeño cuerpo, aparecieron más y más señales de golpes. Se enfadó tanto que quiso darle un puñetazo a alguien.

—¿Qué tan graves son sus heridas?

Le secó los pies recién lavados y echó las sábanas en el cubo donde Rayne guardaba la ropa para enviarla a las lavanderas.

—Sorprendentemente, no tiene nada serio. No sé si fue golpeada directamente, o simplemente recibió un golpe de refilón. Dada la marca de la rueda del carruaje en su vestido, podría haber pasado por encima su cuerpo. Mi mayor preocupación ahora es que no se haya despertado.

– ¿Tiene algún bulto en la cabeza?

—Sí. En la parte de atrás. Uno bastante grande. Podría ser porque le hubiera dado un golpe el propio carruaje, o por haberse golpeado la cabeza contra el pavimento al caer.

—O como tiene tantos moretones por todo el cuerpo, podría ser algo que tuviera antes de que la atropellaran.

A Edwin se le revolvió el estómago al ver a la niña con tantas marcas en su frágil cuerpo. Alguien tenía que pagar por esto. Y no solo el cochero del carruaje, que debería ser el primero de la fila por chocar contra ella y dejarla tirada.

Rayne apartó el pelo de la muchacha de la frente.

—La vigilaré atentamente hasta que despierte.

Randolph apareció de pronto en la enfermería

—Mi lord, el cochero ha llegado para llevarlo a su casa.

Rayne y Edwin se miraron.

—¿Creía que le había dicho que viniera a eso de las tres? —Dijo Edwin.

—Faltan quince minutos para las tres, mi lord.

Randolph tenía una maleta en la mano.

—Oh —dijo Rayne—, hemos trabajado tanto tiempo con nuestra pequeña paciente que nos hemos perdido el almuerzo.

—¿Hago esperar al cochero?

De pronto, Edwin se sintió como si fuera un niño, que volvía a salir de su casa por primera vez para ir a Eton. Había estado tan a gusto en la clínica, y tan alejado de su vida, que la idea de volver a todo lo que había dejado atrás no le era en absoluto atractiva.

Estaba haciendo el ridículo. ¿Qué iba a hacer? ¿Seguir viviendo en la clínica y trabajar como asistente de Rayne? Él era un miembro de la nobleza. Si alguien de su rango trabajaba, tenía que ser en empresas, o en el mercado de valores. Ferrocarriles y transporte marítimo. Esas eran las profesiones aceptables para su clase social.

Pero no limpiar el cuerpo sucio de una niña pequeña muy descuidada, maltratada y hambrienta.

—Bueno, entonces. Supongo que ya es hora de que me vaya.

Se volvió hacia Rayne, sin importarle la expresión de desolación de su rostro. ¿Estaba segura de que no le daba pena que se fuera?

—Sí. Es la hora.

Ella se enderezó y, por un momento, volvió la doctora Stevens a la que vio al despertarse. Había desaparecido la mujer suave y cariñosa con la que había estado trabajando codo con codo la semana anterior.

—Quiero agradecerte de nuevo por haberme cuidado tan bien, doctora Stevens.

No se le ocurría qué otra cosa decirle. Todas las cosas que quería expresarle pero no podía, permanecerían para siempre sin manifestarse.

Rayne le tendió su mano y él se la estrechó.

—Me alegro de que te hayas recuperado, mi lord. Si tienes algún problema con la pierna cuando estés en casa, por favor envíame un mensaje.

—No te olvides de enviarme la factura para que mi administrador la pague.

Ella asintió.

—Desde luego. Lo haré enseguida.

—Así que, de nuevo, gracias.

Respiró hondo y se volvió para reunirse con Randolph en la puerta.

Antes de irse, se dio la vuelta.

—Si hay algo que necesites...

La doctora Stevens sonrió.

—Estaré bien. Gracias por tu preocupación.

—Sí —respondió vacilante—. Adiós, entonces.

Ayudado de su fiel bastón bajó las escaleras. El cochero abrió la puerta y subió al carruaje. Una vez acomodado miró hacia la casa y vio a la doctora Stevens observándolo desde la ventana de la habitación mientras sujetaba la cortina de encaje con un dedo.

Se despidió con una mano.

Y ella también se despidió con una mano.

El carruaje comenzó a avanzar.

Capítulo 6

Dos días después Rayne estaba revisando a Glory, la niña que les habían traído después de ser atropellada por un carruaje. Cuando se despertó, le dijo a Rayne que su nombre era Glory porque justo después de nacer, su madre dijo: "*¡Vaya Gloria, otra boca que alimentar!".* Tras lo cual su madre falleció.

Rayne hizo todo lo posible por no reírse, sobre todo por la seriedad con la que la niña contaba la historia. Le dijo que vivía con "algunas personas" y que vendía cerillas en las esquinas. Si vendía las suficientes, podía comer. Pero si no, tenía que esperar hasta el día siguiente.

La niña le rompió el corazón a Rayne.

No tenía ni idea de lo que iba a hacer con Glory, pero había una cosa en la que iba a ser inflexible. No se la iba a devolver a "algunas personas".

Solo habían pasado dos días desde la partida de Edwin. Algunas veces sentía que en cualquier momento iba a escuchar un comentario inapropiado por encima del hombro mientras trabajaba, o que oía el golpeteo que producían sus pisadas al estar cojo y tener que arrastrar una pierna. Y como solo era su imaginación, después tenía una fuerte sensación de pérdida.

Tenía que salir de esto. La vida era placentera, satisfactoria y valía la pena antes de que ese hombre entrara en su vida, y continuaría siendo así en cuanto recuperara su concentración. Probablemente simplemente estaba cansada.

—¡Doctora Stevens!

Pegó un salto cuando una voz masculina la sacó de su ensoñación. Un hombre extraño irrumpió en la clínica, por lo que se dio cuenta de que había olvidado cerrar la puerta principal.

—Sí. Soy la doctora Stevens. ¿En qué puedo ayudarlo?

El hombre estaba desesperado y sin aliento. Era un hombre corpulento, de aspecto brusco.

—Se ha producido un terrible accidente y necesitamos de su ayuda.

—Está bien. Voy buscar mi maletín.

Respiró hondo y negó con la cabeza.

—No. Están trayendo a los pacientes aquí. Son los heridos para los que no tienen espacio en el hospital. ¿Cuántos le traemos?

—Oh. Si uso todas las camas de la casa, pueden traer a doce, pero dos de ellas están ocupadas por los niños.

Hizo un gesto con la mano en dirección a Glory y a un niño que todavía se estaba recuperando de la gripe.

—Diez, pues. Volveremos en una hora.

El hombre salió corriendo de la casa antes de poder preguntar qué tipo de accidente se había producido. No tenía ni idea de cómo se tenía que preparar. Corrió tras el hombre, pero ya se había subido a un caballo y se estaba alejando.

Se llevó las manos a la cintura. Bueno, eso era un fastidio. Se encogió de hombros, regresó a la clínica, y comenzó a acumular medicinas, ungüentos, herramientas de costura, toallas limpias y vendas. En su mente iba repasando el tipo de lesiones que se podrían sufrir en un accidente. Pero tenía que saber qué tipo de accidente había sido.

Agua caliente y limpia siempre era necesaria, así que se corrió a la cocina y puso a hervir varias ollas grandes de agua. Trasladó a Glory y a Peter al piso de arriba, y los puso a ambos juntos en una cama en su dormitorio complementario, ya que el niño ya no estaba en la fase contagiosa de la gripe.

Sin tener idea de a qué se iba a enfrentar, se paseó por la clínica a la espera. Walter no estaba con ella ese día ya que su madre necesitaba que la ayudara y le había dado el día libre. Eso la dejaba sola con diez nuevos pacientes que venían de sufrir un accidente. Empezó a sudar, pero se dijo a sí misma que, fuera lo que fuera, podría manejarlo. Su padre se sentiría muy decepcionado si se desmoronaba en esos momentos.

Unos cuarenta y cinco minutos después, regresó el hombre que había salido corriendo de la casa. El ruido y la confusión reinaron cuando comenzaron a entrar heridos en la clínica. A algunas personas las tenía que ayudar a entrar. Iban cojeando y llorando, y

otras venían en camilla. Una persona que entró sin ayuda llevaba un trapo pegado a un ojo.

—Por favor, colocad a cada paciente en una cama y los iré a ver rápidamente para saber quién necesita ayuda de inmediato y quién puede esperar un poco. —Mientras los hombres que llevaban a los pacientes hacían lo que les había pedido, les preguntó—: ¿Alguien puede quedarse a ayudar?

—No, señora. Lo sentimos, pero todavía tenemos muchas personas que llevar al hospital y a los demás médicos de la ciudad.

En cuestión de minutos todas las camas estaban llenas, y un montón de lamentos, gemidos y quejas elevaron el nivel del ruido.

Primero revisó a la mujer que tenía a su lado que estaba inconsciente.

—¿Qué ha pasado?

No había lanzado la pregunta a nadie en particular.

Uno de los hombres que había llevado a algunas personas dijo:

—Chocaron dos trenes. —Sacudió la cabeza—. Hay algunos muertos.

Rayne ofreció una rápida oración por los fallecidos y por los que estaban sufriendo. Después el hombre que entró en la clínica al principio tocó el ala de su sombrero.

—Ya nos vamos, doctora.

—Bien. Gracias.

Echó un rápido vistazo a su alrededor y tuvo que luchar contra el impulso de salir huyendo. Ella era doctora, y esas personas estaban sufriendo. Aunque estuviera sola, tenía que hacerse cargo.

Se pasó el dorso de la mano por la frente y se dirigió al siguiente paciente. Una vez que su corazón se calmó, ya pudo pensar con claridad. Mientras iba pasando de una cama a otra, anotaba el nombre, la edad y las lesiones de cada paciente. Y a medida que la lista iba aumentando, se iba sintiendo mejor. La organización siempre la tranquilizaba.

—¿Qué es esto?

La conocida voz que Rayne había estado escuchando en su mente durante dos días se elevó por encima del ruido de la

habitación. Se dio la vuelta y vio a lord Sterling apoyado pesadamente en su bastón mientras contemplaba el caos.

—Oh, menos mal que estás aquí. Necesito mucha ayuda.

Cerró los ojos y contuvo las lágrimas. Si lloraba molestaría a los pacientes, que ya tenían suficientes preocupaciones y dolores que soportar. A pesar de que estaba bastante segura de que Edwin no distinguía un vendaje de una férula, por lo menos eran dos manos más.

—Estoy a tus órdenes, doctora. —Se acercó a ella—. ¿Qué ha pasado?

Respiró hondo, muy agradecida por su inesperada aparición.

—Hubo un accidente de tren y, por la poca información que me han dado, hay muchos heridos y —bajó la voz— algunos muertos. El hospital está lleno, y creo que la mayoría de los médicos de Bath, si no todos, están en esta misma situación.

Hizo un gesto con la mano señalando a su alrededor.

Edwin asintió, se quitó la chaqueta y se dispuso a arremangarse.

—¿Qué quieres que haga?

—No me gusta tener que darte un trabajo tan desorganizado, pero todos estos pacientes que tienen cortes y rasguños hay que limpiarlos, ponerles ungüento y un vendaje en las heridas poco importantes, y hay que anotar si crees que algún corte necesita sutura, o si parece grave.

Edwin continuó arremangándose mientras ella reanudaba el examen de un paciente.

—Mientras lo haces, revisaré si hay huesos rotos y lesiones que pongan en peligro sus vidas.

Sin decir una palabra más, Edwin se acercó al paciente más cercano a él y habló con el joven.

Rayne respiró aliviada. A pesar de que no tenía formación médica, el simple hecho de tener a alguien más con ella ayudaba a calmarla. En un momento dado, levantó la vista y vio que Edwin volvía a la habitación. Ni siquiera lo había visto irse. Estaba demasiado ocupada como para preguntarle dónde había estado, y volvió a su trabajo.

Edwin se concentró de nuevo y continuó hablando con los pacientes. Al parecer, estaba usando su encanto con algunas de las damas que no estaban gravemente heridas, pero que probablemente se sentían mal. Una risita de vez en cuando hacía que Rayne sonriera interiormente.

—Hemos venido a ayudar.

De pronto aparecieron Lottie y Addie en la habitación, seguidas de Pamela.

—¿Qué?

Miró fijamente a sus tres amigas, cada una de las cuales se acercaba a una cama para hablar con un paciente. Las tres llevaban un delantal largo que cubría sus vestidos. Sí. Parecía que habían venido a trabajar.

—He traído a la cocinera. Preparará comida para todos —dijo Addie, ignorando por completo la expresión de sorpresa de Rayne.

Su amiga siempre había sido una persona organizada que se hacía cargo de las situaciones.

—¿Cómo es que…? ¿Por qué estáis...?

Trastabillaba al hablar y no estaba segura de si tenía sentido lo que decía.

Addie mojó un trapo en una olla con agua caliente y comenzó a limpiar la herida en la frente de un hombre mayor. Era un gran corte y requeriría que le hicieran una sutura. Lord Sterling me envió un mensaje diciendo que estabas en una situación complicada y que necesitabas toda la ayuda posible. Había sabido del accidente de tren, así que supuse que por eso necesitabas ayuda. Fui con mi carruaje a casa de Lottie, y después a la de Pamela, y las tres estamos aquí para ayudarte.

—¿Lord Sterling hizo eso?

Miró a Edwin, que estaba ocupado poniendo una venda alrededor del brazo de una mujer mayor.

Edwin no estaba seguro de si iba a ser del agrado de lady Berkshire recibir una nota suya. Después de su gran metedura de pata y su torpeza con la señora Westbrooke, lo más probable es que ocupara una posición prominente en la lista de "canallas asquerosos" del

grupo de mujeres que se llamaban a sí mismas las *Alegres Inadaptadas de Bath.*

Durante el tiempo que estuvo en la clínica, se dio cuenta de que estas damas eran amigas íntimas de Rayne. Pero también creía que el cariño que le tenían a ella debería anular su aversión hacia él.

Había pasado los últimos dos días evitando a sus amigos y meditando frente a la chimenea de su salón. Dos veces se había acercado cojeando al aparador para servirse un brandy, y las dos lo arrojó a la chimenea, oyendo el silbido que producía mientras se transformaba en vapor, llevándose consigo su propia debilidad.

Por primera vez en un par de años, las actividades que normalmente le atraían ya no le gustaban. Dos veces, Manchester y Brennan irrumpieron en su salón tratando de hacer que saliera a rastras. Usó la excusa de la pierna, e incluso llegó a esconder el bastón de la vista.

Finalmente se marcharon disgustados con él. Aún más preocupante fue que poco después se encontró en su biblioteca aún sin usar en busca de libros de medicina.

¡Libros de medicina!

Esa mañana finalmente reconoció que extrañaba a Rayne y el ajetreo de la clínica. Echaba de menos su sonrisa, su dedicación a los pacientes e incluso los reproches que le hacía cuando le hacía comentarios inapropiados.

Era realmente una mujer única, muy diferente a todas las que había conocido en su vida. No le importaban los objetos lujosos ni las ropas hermosas. Sabía que si le ofrecía una joya cara en agradecimiento por cuidarlo, probablemente se la devolvería directamente. O la vendería para comprar suministros para la clínica.

Así que, con el proverbial rabo entre las piernas, se había arreglado esa mañana, para gran alivio de Randolph, ya que hacía días que no le importaba lo que se ponía, y se dirigió a la clínica en su carruaje. En el camino, se le ocurrió la brillante idea de explicarle a Rayne que simplemente iba para revisar sus libros de contabilidad, y a asegurarse de que no estaba estropeando todo el trabajo que le había hecho.

En cambio, se había encontrado con un enorme caos, y Rayne no solo parecía abrumada, sino asustada. ¡Su fuerte y valiente Rayne estaba asustada!

¿Mi fuerte y valiente Rayne?

Lo mejor era dejar de lado ese pensamiento. Nunca iba a ser suya más que del rufián que había traído a la pobre niña de la calle.

Todos esos pensamientos iban pasando por su mente mientras examinaba los rasguños, limpiaba los cortes y cojeaba de cama en cama para ayudar a las otras mujeres, quienes, simplemente por naturaleza, sabían más sobre cómo cuidar enfermos que él.

La señora Westbrooke se puso rígida cuando se acercó a ella para ayudarla a darle la vuelta a un paciente. Por mucho que quisiera asegurarle que era inofensivo, y que nunca, nunca más volvería a hablar mal de ella, ese no era el momento ni el lugar para hacerlo.

—¿Puedo ayudarla? Soy un poco más fuerte que usted.

Aunque le sonrió, ella no le devolvió el gesto, sino que dio un paso atrás para que diera la vuelta al paciente.

—Ahora me hago yo cargo —dijo, pero al apartarse creyó oírla murmurar—: Gracias.

Lo agradeció

Los cinco continuaron trabajando diligentemente, y en unas pocas horas, que pasaron rápidamente, tenían a todos los heridos remendados y descansando cómodamente. Sin embargo, la habitación parecía un campo de batalla y olía tremendamente mal.

Habían apilado los paños manchados de sangre en un rincón. Varias partes del suelo estaban llenas de agua, y tenían que caminar alrededor de los charcos para no resbalar y aumentar el número de heridos. Un niño pequeño había vomitado en un cubo. A todos los heridos les habían dado una tisana para ayudarles a dormir, y se habían enviado notas a los familiares para informarles dónde estaban sus seres queridos.

Lo que significaba que pasaría algún tiempo antes de que Rayne pudiera descansar, pues tenían que llegar los familiares para ver a los heridos.

Rayne se estiró, y los ojos de Edwin se dirigieron directamente a sus hermosos pechos, aunque enseguida apartó rápidamente la mirada, no fuera a ser que alguna de las otras mujeres se diera cuenta. Aunque estuviera hecha un desastre, con el cabello colgando, el rostro manchado de quién sabe qué y los ojos cansados, le parecía muy hermosa.

Las otras mujeres parecían igual de agotadas. Se sorprendió de que esas damas que tenían doncellas y sirvientes para hacer su trabajo se hubieran ofrecido a venir y ayudar. Aunque, al parecer, eso era lo que había pensado que debía ocurrir cuando le envió el mensaje a lady Berkshire.

—Rayne, no te preocupes por todo este lío. Mandaré a buscar a dos de mis doncellas para que vengan a limpiar. —La señora Westbrooke sonrió—. Les pagaré un suplemento por la ayuda.

Rayne negó con la cabeza.

—No. Les pagaré yo.

—No te lo puedes permitir —soltó Edwin y enseguida quiso retractarse de lo que había dicho.

Tenía que arreglar su metedura de pata.

—Perdóneme, doctora Stevens, pero desde que trabajo en su contabilidad, lo más probable es que yo esté más familiarizado con sus finanzas que usted misma.

Lady Pamela miró a Rayne.

—¿Lord Sterling te lleva la contabilidad?

La mujer parecía más horrorizada que si Edwin se hubiera arrancado la ropa y se hubiera puesto a correr por la habitación lanzando margaritas. Sin duda, las demás pensaban lo mismo, y él hubiera deseado no haber abierto la boca o, por lo menos, no haber llamado la atención sobre sí mismo.

—Mmm, sí —dijo Rayne—. Cuando lo tuve de paciente, me ayudó con algunas cosas.

Al unísono, las cuatro mujeres giraron sus cuerpos y se quedaron mirándolo. Él se sintió como un pez que se ha metido en un tanque de agua y se preguntó qué tan estúpido era agarrar su bastón —y no tenía idea de dónde estaba— y salir cojeando de la habitación como un niño al que han regañado.

—En todo caso —continuó Rayne, desviando la atención de su *paso en falso,* lo que agradeció—, pagaré a tus doncellas por la limpieza.

—No. No hace falta.

La señora Smith cruzó los brazos sobre el pecho y la fulminó con la mirada, lo cual era bastante gracioso porque era demasiado guapa como para fruncir el ceño.

—Señoras, y mi lord, la cena está lista.

La cocinera de lady Berkshire entró en la habitación, y su rostro alegre puso fin a la discusión.

—Maravilloso. Tengo bastante hambre —dijo la señora Westbrooke.

—Muchas gracias, señoras, pero me tengo que marchar.

Lo último que Edwin quería hacer era sentarse a cenar con esas mujeres que lo despreciaban. Podía ser incómodo para él y para ellas.

—¿Está seguro, mi lord? —preguntó Rayne.

El hecho de que ella no intentara hacerle cambiar de opinión era a la vez un alivio y un agravio. Pero era lo mejor.

—Sí. Gracias de nuevo. —Miró alrededor de la habitación—. ¿Alguien sabe a dónde fue a parar mi bastón?

Todos miraron a su alrededor y entonces Rayne lo encontró tirado en el suelo junto al último paciente al que le había puesto vendajes.

—Aquí está, mi lord.

—Gracias. —Edwin lo recogió de su mano y se inclinó antes ellas—. Buenas noches, señoras. —Solo había dado dos pasos cuando Rayne se acercó a él—. Saldré un momento contigo.

Una vez que estuvieron fuera del alcance de la vista de las mujeres que había en la clínica, dijo:

—No puedo agradecerte lo suficiente haberme ayudado y haber hecho que vinieran mis amigas. Ha sido muy amable que lo hicieras.

Amable. Bueno, hacía mucho tiempo que nadie lo llamaba *amable*.

—Gracias.

Oh, ¿realmente se estaba sonrojando?

Ella inclinó la cabeza y lo observó frunciendo el ceño.

—¿Por qué viniste? ¿Te habías enterado del accidente?

Habría sido muy fácil dejarla vivir con esa falsedad, o la otra que había preparado sobre la revisión de sus libros de cuentas, pero no quería mentirle.

—No. —Se encogió de hombros—. Te echaba de menos.

Capítulo 7

Rayne se quedó completamente inmóvil como si fuera una estatua de mármol, incapaz incluso de respirar con normalidad.

—¿Me echabas de menos?

No tenía ni idea de cómo tomárselo. ¿Lo decía de manera romántica? De hecho, él parecía tan sorprendido como ella.

—Sí. Supongo que después estar aquí durante tanto tiempo y te con tu contabilidad... por cierto, te pido disculpas por decir que no puedes permitirte pagar a las criadas de la señora Westbrooke —terminó diciendo débilmente, aparentemente olvidando su pensamiento original.

—Acepto tus disculpas, pero pagaré a las criadas de Lottie.

—No puedes hacerlo. Voy a pagarlas yo.

Era un mujer testaruda que no tenía idea de lo cerca que estaba de la pobreza.

—No, no lo harás. Las pagaré yo.

Su barbilla levantada le recordó mucho al momento en que se conocieron.

Edwin se pellizcó el puente de la nariz.

—No puedes permitírtelo, doctora Stevens. Necesitas a alguien que se encargue de tus finanzas. Que no solo lleve tu contabilidad para asegurarse de recuperar todo lo que se te debe, sino que realmente mire por tus gastos. Como te he dicho, te están cobrado demasiado por los suministros médicos. Por favor, no te lo tomes a mal, pero creo que puede tener algo que ver con el hecho de que seas mujer.

Ella resopló.

—Y si eso es así, supongo que tú eres la persona indicada para arreglarlo.

No le hacía falta que nadie le dijera que sus finanzas eran un desastre. La última vez que Walter visitó al carnicero, le recordó que tenían cuenta pendiente mientras le entregaba su paquete de chuletas de cerdo. En este momento, todos los ingresos que obtenía

de su práctica médica se destinaban a pagar a Walter y a comprar suministros, medicinas y libros para mantenerse al día con los nuevos desarrollos en el campo de la medicina. Ahora Edwin creía que le estaban cobrando de más por esos artículos.

—Sí, soy la persona adecuada para hacerlo —dijo, elevando la voz—. A pesar de que me veas como un derrochador, tengo una excelente cabeza para los números. Te sorprenderá saber que obtuve mejores calificaciones en matemáticas en Oxford.

Sí, le sorprendió escucharlo, aunque Sterling tenía una fama extraordinaria en las mesas de juego, lo que tenía sentido si era tan bueno con los números.

—Muy bien. Te permitiré que vuelvas a llevar mis asuntos financieros con dos condiciones.

—Ay, ahora vienen las exigencias —murmuró.

Rayne hizo un gesto de marcar con los dedos.

—Primero tienes que encontrar la manera de pagar a las criadas de la señora Westbrooke, y segundo, tienes que cobrarme una tarifa por tu trabajo.

—Maldita sea, mujer, ¿quieres que también pague a los hombres que barren la calle frente a tu casa, o a los que encienden las luces de gas de tu manzana?

—No hace falta usar el sarcasmo ni un lenguaje soez, mi lord.

Su padre nunca aprobaría que aceptara un servicio sin pagar por ello. De hecho, no estaba segura de que fuera a aprobar que había contratado a un aristócrata. Podía imaginar su mirada cuando se lo dijera.

Si se lo decía.

Edwin bajó la cabeza en señal de aceptación.

—Muy bien. Encontraré el dinero para pagar a la señora Westbrooke, pero me niego a aceptar que me pagues a mí. ¿No puedes dejar que esto sea simplemente como el favor de un amigo?

¿Eran amigos? A estas alturas no estaba muy segura de lo que eran el uno para el otro. Como quería volver con sus amigas antes de que ocurrieran más cosas en ese *tête-à-tête* en la puerta, aceptó.

—Sí. Pero volveremos a analizarlo cuando tengamos más tiempo.

Edwin le hizo una reverencia.

—Muy bien. Regresaré mañana por la mañana para comenzar con mi aportación amistosa. Buenas noches, Rayne. —Pero antes de que ella le pudiera rebatir sus palabras, se volvió hacia la puerta y se detuvo—. Una cosa más.

La miró con las cejas levantadas y su expresión hizo que sintiera un montón de mariposas librando una batalla en su estómago.

—¿Qué?

¿Por qué se le había secado la boca de repente?

Edwin se acercó y le acarició la cara con sus grandes y cálidas manos.

—Esto.

Pero enseguida bajó la cabeza y le cubrió la boca con la suya. Sus labios eran cálidos, suaves y bien dispuestos. Pero la sorpresa de Rayne por su acción se convirtió en algo diferente cuando se dio cuanta de que le estaba devolviendo el beso.

Enseguida la rodeó con sus brazos y la atrajo contra su cuerpo. Aunque no era su primer beso, seguramente había sido el más interesante. Incluso después del día tan horrible y caótico que habían tenido, Edwin todavía olía a jabón de baño. Su barba de un día le arañó la piel, lo que hizo que fuera aún más consciente de su cuerpo. Pero justo cuando ella se preparaba para una larga y agradable aventura, él se retiró.

Rayne gimió.

Edwin sonrió mostrando su satisfacción masculina mientras le pasaba la mano por la mejilla.

—Todavía tienes una invitadas esperándote.

Por el amor a la bondad, se había olvidado por completo de que Lottie, Pamela y Addie estaban en la otra habitación. Dio un paso atrás y lo miró fijamente.

—¿Por qué lo has hecho?

Edwin sonrió.

—Piénsalo.

Con esa respuesta ambigua, se dio la vuelta y salió de la casa.

¿Por qué estaba permitiendo que Edwin la besara? ¿Y qué quiso decirle con la palabra "piénsalo"? ¿Y por qué había usado su nombre

de pila después de haberse dirigido a ella como doctora Stevens durante toda la tarde?

A medida que comenzaba a calmarse, su mente cambió a otro tema. ¿Por qué tenía que permitir que él asumiera la tarea de manejar sus finanzas? Era algo que tenía que hacer ella. Le costaban mucho las matemáticas, y a su cerebro nunca le había interesado contar series de números. Y también era cierto que nunca había sido buena a la hora de reclamar que le pagaran quienes no hacían caso a sus facturas. Tal vez fuera bueno que lo hiciera otra persona para poder concentrarse más en sus pacientes.

Con esos pensamientos confusos, regresó a la clínica donde estaban a Lottie, Addie y Pamela que se callaron y le sonrieron. Oh, ¿habrían visto a Edwin besándola? Ojalá que no. Se lamentó para sus adentros, preguntándose qué vendría después.

—¿Qué?

Podía sentir cómo una oleada de calor emergía de su cuerpo y le ruborizaba la cara. Como no le dijeron nada, decidió cambiar de tema.

—Hay un baño en el piso de arriba para que nos lavemos antes de comer.

Esa declaración las impulsó a actuar. Al parecer, todas estaban hambrientas. Mientras charlaban y subían las escaleras, Rayne supo que iba a haber preguntas sobre Edwin una vez que se acomodaran para cenar.

Debía dejar de pensar en él como Edwin, no fuera a ser que se le escapara al hablar y eso aumentaría la curiosidad que tenían por su relación. Ya había sido bastante incómodo haber usado su nombre de pila en la puerta. ¡Y ese beso! Con suerte, ninguna de las damas lo habría escuchado o, peor aún, lo habría visto.

La cocinera de Addie había preparado cordero asado, patatas con romero, tres verduras diferentes, con una gran infusión de té y tartas de limón de postre. No recordaba que Walter hubiera comprado cordero recientemente, por lo que Addie debió de pedirle a su cocinera que también trajera la comida cuando vino.

Como Rayne no tenía servidumbre, la comida se colocó en el aparador para que se sirvieran ellas mismas. Una vez que se

acomodaron en sus asientos, Addie fue la primera en atacar.

—Cuéntanos de lord Sterling.

Ella se quejó para sus adentros, pero iba a mantener la calma. No quiso referirse a que hubiera ninguna relación entre ellos. Porque no la había.

Ah, pero me besó. Y lo disfruté.

—Creo que le dije a Lizbeth cuando le hice su chequeo hace unas semanas que habían dejado a lord Sterling tirado en la puerta de mi casa.

Pamela se volvió hacia Lottie.

—Lizbeth debe haber perdido la memoria junto con su bebé en desarrollo. —Se volvió hacia Rayne—. Nunca nos lo dijiste a ninguna de nosotras. —Dijo haciendo un gesto con la mano al resto de las damas de la mesa.

Rayne fingió estar concentrada en su comida como si hubiera sido el primer alimento que hubiera comido en semanas, y se encogió de hombros.

—Probablemente porque no hay nada que contar. Una vez que llegó a la clínica, lo examiné y descubrí que tenía cortes y heridas, así como una pierna rota, una muñeca dislocada y varias costillas magulladas.

—¿Qué le pasó? —Preguntó Lottie.

—Estaba haciendo carreras de caballos, bajo los efectos del alcohol...

—Por supuesto —añadió Lottie, frunciendo los labios.

—Su caballo lo lanzó al suelo. Después, dos de sus amigos, por decir algo, lo trajeron aquí en un carruaje. Lo dejaron en la escalinata de mi casa y se marcharon.

Pamela respiró hondo y se tapó la boca con la mano.

—Oh, no. Qué terrible. ¿No se quedaron para contarte cómo se había herido?

Rayne negó con la cabeza.

—No.

—Bien merecido… —murmuró Lottie con la cabeza gacha.

Rayne mantuvo la boca cerrada. Recordó que Lottie y su esposo Carter tenían razones para pensar que Edwin, lord Sterling, era muy

mala persona.

Lottie colocó el tenedor junto a su plato con una expresión pensativa.

—En realidad, lo he dicho por costumbre. Sí, tuvimos algunos problemas en el pasado, pero todo eso ya ha quedado atrás. Hoy se ha comportado como un hombre honorable. Llamó a Addie porque sabía que estabas abrumada. Él mismo hizo un trabajo sucio que pocos miembros de la nobleza harían.

—¿Habrá cambiado? —Preguntó Addie—. Por lo que me dijo Grayson, lord Sterling era un hombre serio y honorable hasta hace unos años. Después, cerró su casa de Londres, se mudó a Bath y comenzó a beberse la ciudad hasta dejarla seca. Jugaba hasta altas horas de la madrugada, tenía amante tras amante, e incluso las despreciaba y se comportaba de manera imprudente.

—Me pregunto qué le habrá pasado para cambiar tanto —dijo Rayne—. Me insinuó algo, pero no me llegó a contar toda la historia.

Addie se encogió de hombros.

—La hermana de Sterling falleció unos meses antes de que él se marchara de Londres. Eso es lo único que sabemos. Realmente no llegué a conocer bien a lady Lydia, pero la vi en varios eventos a lo largo de los *muchos* años que pasé entre la alta sociedad.

—Qué triste. ¿Cómo murió? —Preguntó Rayne.

Recordó haberle preguntado sobre su familia una vez cuando estaban hablando de su padre, pero no le había respondido. Sin embargo, había alcanzado a ver la expresión de dolor que reflejaba su rostro.

—Se retiró de Londres a su casa de campo sin ofrecer ninguna explicación. Unas semanas más tarde se corrió la voz de que había muerto a causa de lo que su hermano describió como una enfermedad no diagnosticada.

—¡Qué extraño!

Rayne sabía que la gente fallecía de esas cosas, pero sobre todo le ocurría a ancianos. No era algo inaudito, pero ciertamente muy poco común en una mujer joven.

—En cualquier caso, me negué a dejar que bebiera mientras estuviera por aquí. De hecho, eché a dos de sus amigos y les

confisqué sus petacas de brandy. —Sonrió al recordarlo y se ganó algunas risas de las otras damas—. Pasó por algunos días muy complicados al principio. Después, a medida que fue mejorando, comenzó a ayudarme con la contabilidad. —Suspiró—. No soy muy buena en mantener la contabilidad en orden.

—Parece que no, y por eso lord Sterling sabía que no puedes permitirte pagar a mis doncellas —dijo Lottie.

—Sin embargo, *pagaré* a tus doncellas.

A la mañana siguiente en que se produjo el accidente de tren y de todo el caos que le había seguido, Edwin volvió a subir la escalinata la clínica. Sonrió al ver que la puerta estaba cerrada con llave, por lo que dejó caer la aldaba.

Con suerte, Rayne había conseguido dormir lo suficiente después del día tan difícil que había tenido. Él se había pasado todo el tiempo recordando el beso que se dieron.

No había tenido en absoluto la intención de hacerlo cuando se estaban despidiendo después de charlar delante de la puerta principal, pero de pronto se vio abrumado por las ganas que tenía de besarla. Por la necesidad de sentir esos labios tentadores pegados a los suyos. Aunque todavía no era capaz de reconocerlo, Rayne lo había dejado tocado como ninguna otra mujer había hecho.

Sí, le encantaría llevársela a su cama, pero más que eso, estaba cautivado por su personalidad inteligente, cariñosa e ingeniosa. La doctora Rayne Stevens era una mujer profunda y con diversos intereses. Pero por mucho que le gustara poder quitarle las capas de ropa que cubrían su delicioso cuerpo, descubrió que podría ser toda una aventura ver qué había detrás del comportamiento con que ella se mostraba al mundo, y conocer a la verdadera Rayne.

Tenía más orgullo y coraje que muchos hombres que conocía. Sin embargo, estaba decidido a ayudarla. Si ella insistía en pagarle, él se aseguraría de que todas sus deudas fueran cobradas.

—Buenos días, mi lord —lo saludó Walter mientras abría la puerta, obviamente vestido para salir al exterior.

Era un día lluvioso en el que lo mejor era quedarse en casa junto a una agradable chimenea cálida, con un libro y un brandy. Ay,

tal vez eso no.

—Buenos días, Walter. ¿Está la doctora Stevens despierta?

Se quitó los guantes y el sombrero y se los entregó a Walter, que los guardó con su abrigo en el armario que había junto a la escalera.

—Sí. Me levanté al amanecer y la doctora Stevens ya estaba atendiendo a los enfermos que estaban en la clínica. —Sacudió la cabeza mientras se abotonaba el abrigo—. Está trabajando demasiado, y sospecho que aún no se ha acostado.

—Sí. Estoy de acuerdo. Suele trabajar demasiado, pero tengo un plan para solucionarlo.

Sonrió al sirviente y, con el bastón en la mano, se dirigió por el pasillo hasta la clínica.

—Buenos días, doctora Stevens.

Hizo todo lo posible por no juzgar su apariencia cuando se volvió hacia él. Sin duda, había dormido muy poco, o tal vez nada. Su cabello estaba desordenado, la tierna piel de debajo de sus ojos estaba oscura y su cansancio era evidente cuando caminaba penosamente desde la cama de un paciente a otro.

—Buenos días, mi lord. ¿Qué te trae aquí tan temprano?

Hablaba por encima del hombro mientras atendía a uno de sus pacientes.

—Estoy aquí para trabajar en tu contabilidad tal como te prometí. Sin embargo, también he acordado con una agencia que una cocinera, una criada para el piso de arriba, una pinche de cocina y una auxiliar de clínica vengan aquí en algún momento de esta mañana.

Levantó la mano cuando ella empezó a hablar.

—Necesitas toda esa ayuda y, ya que estoy a cargo de tus finanzas, encontraré el dinero para pagar a todo el mundo.

No había absolutamente ninguna necesidad de decirle que él financiaría el salario de la ayuda hasta que pudiera cobrar todo lo que se le debía.

Era evidente que estaba agotada porque no quiso discutir su propuesta.

—Como dices, estoy bastante atrasada con los cobros de mis facturas pendientes.

—Sí. Pero tengo la intención de trabajar en eso hoy. —Se acercó a ella apoyándose en su bastón—. ¿Cuánto has dormido anoche?

—Un poco.

Enseguida se dio la vuelta y comenzó a hablarle a un joven que parecía casi listo para regresar a su casa.

Cuando terminó con él, Edwin le preguntó:

—¿Cuántos de estos pacientes pueden irse hoy?

Rayne se llevó las manos a la cintura y miró alrededor de la habitación. Se balanceó un poco y parecía que iba a colapsar en cualquier momento. Quería tomarla en sus brazos, llevarla escaleras arriba y acostarla en la cama. El problema era que en esos momento no podía cargar ni con un niño por tener una pierna rota. Y dudaba que ella le permitiera acercarse a su cama.

—Probablemente dos, tal vez tres —respondió ella—. Estos son los que solo necesitan que les cambien las vendas y les apliquen ungüento. El paciente más grave, un traumatismo craneoencefálico, ya no es problema porque el joven se ha despertado y, aparte de un fuerte dolor de cabeza, está bien. Ha tenido mucha suerte.

—Si me dices quién puede salir de manera segura, puedo enviar mensajes a las familias para que se los lleven a casa.

—Sí. Lo haré.

Se tapó la boca con la mano para contener un bostezo.

Enseguida llamó su atención el sonido de la puerta principal al abrirse y las risas y parloteos de varias voces. Eran las personas enviadas por la agencia que llegaban a la clínica.

Rayne negó con la cabeza como si estuviera confundida.

—Nunca había tenido tantos empleados. No sé qué decirles que hagan.

Edwin no tenía ninguna duda de que Rayne sabría qué hacer con los empleados, pero estaba tan cansada que no podía pensar con claridad. Tan pronto como las cosas se calmaran, él también se pensaba encargar de esa situación.

Una mujer mayor se acercó a ella.

—Doctora Stevens, soy la señora Foster, su cocinera. ¿Por qué no me enseña la cocina y tal vez las chicas —hizo un gesto en dirección a las dos jóvenes criadas— puedan empezar a trabajar ahora mismo. Entiendo que su asistente de clínica llegará en un momento.

—Sí. Gracias.

Rayne parecía tan desconcertada que dependía de un nuevo empleado para que se hiciera cargo de todo.

Edwin se dirigió al vestíbulo. Con la llegada de los empleados, Walter aún no había podido salir de la casa.

—Estimado señor Walter, una vez que las cosas se resuelvan aquí, me gustaría que la doctora Stevens se retire a su dormitorio, pero como puede ver, no estoy en posición de imponerlo. —Le dijo señalando su pierna.

—Por eso, le pediría que...

Sonó la aldaba de la puerta principal que lo interrumpió.

Edwin hizo un gesto hacia la puerta.

Walter abrió la puerta y apareció un hombre. Era bastante alto, y estaba tan delgado que parecía demacrado. Vestía un largo abrigo negro, un sombrero de copa y su expresión era severa.

—Doctora Stevens, por favor.

Cruzó la puerta y le entregó el sombrero y los guantes a Walter.

—¿Puedo preguntar quién la busca, señor? —Preguntó Walter.

– El señor Robert Faulkner-Jones.

Rayne salía por el pasillo justo cuando el hombre se anunciaba. Miró a Rayne y le ofreció lo que probablemente consideró una sonrisa.

No lo consiguió.

—Hola, querida.

Walter y Edwin se volvieron hacia Rayne.

—Vaya. Sí. Hola, señor Faulkner-Jones.

Parecía bastante nerviosa e intentó meterse el pelo detrás de las orejas y alisar su vestido irremediablemente sucio y arrugado.

Edwin tuvo una extraña sensación en el estómago. Miró a Rayne, que seguía mirando al hombre como si hubiera visto un fantasma.

—¿Quién es? —Preguntó Edwin.

El hombre respondió por ella con una expresión de disgusto mientras contemplaba el aspecto desaliñado de Rayne.

—No es que sea asunto suyo, caballero, pero, como he dicho, soy el señor Robert Faulkner-Jones. —Volvió su rostro de labios apretados hacia Edwin—. La doctora Stevens es mi prometida.

Capítulo 8

¿Qué hacía el señor Faulkner-Jones en el vestíbulo de su casa? Se suponía que estaba en la India, Egipto o Rusia, o en algún lugar parecido. Siempre estaba vagando por el mundo en busca de diferentes objetos antiguos. Le había perdido el rastro hacía un par de años. A decir verdad, incluso se había olvidado por completo de él, y del hecho de que era su prometido.

Los cuatro permanecieron inmóviles. Ella, Edwin, el señor Faulkner-Jones y Walter. Finalmente, Edwin rompió el hielo.

—¿No nos presentas a tu prometido?

—Eh. Sí. Señor Faulkner-Jones, permítame presentarle a Edwin... Perdone, quiero decir lord Sterling, y a Walter, mi portero.

Su prometido, ella se estremeció al escuchar la palabra, saludó con la cabeza a ambos hombres y después la miró con las cejas levantadas.

—¿Puedo entrar, o me me tengo que quedar en el vestíbulo el resto de mi visita?

—Oh, sí. Claro. Discúlpame, es que estoy un poco cansada.

Rayne se volvió y por un momento se sintió confundida acerca de dónde debía llevarlo. Como ninguno de los pacientes se había ido todavía, todas las camas de la clínica estaban ocupadas, además del sofá del salón.

—Tengo la casa llena en este momento por culpa de un accidente de trenes y actualmente estoy dando alojamiento a diez personas, y contando a los niños, hay doce pacientes.

Él siguió mirándola fijamente.

—¿Ah, sí?

—Me temo que hasta el salón está ocupado, ¿podríamos ir a la cocina?

Si era posible, las cejas del hombre se elevaron aún más.

—¿La cocina?

Rayne estaba comenzando a molestarse. Siempre solía hacerla sentir como si fuera una completa incompetente. Y, lo cierto es que

cuando estaba con él, se sentía de esa manera. Por eso le hubiera gustado saber de antemano cuándo pensaba venir a visitarla.

—¿Podría sugerir que vayamos al jardín, ya que hoy el tiempo está siendo bastante agradable?

Rayne tenía que sacar al señor Faulkner-Jones de la casa. Ya estaba bastante molesto porque no tenía un lugar adecuado para recibirlo. Además, la forma en que lanzaba miradas burlonas a su atuendo le decía lo que pensaba de su apariencia, y por muy cansada que estuviera, muy pronto iba a meter la pata.

Él asintió bruscamente y levantó la nariz.

—Como parece que no hay ningún lugar para que me recibas en la casa, habrá que conformarse con el jardín.

—Puedo pedir que no traigan un té —dijo ella mientras lo conducía por el pasillo hacia la puerta trasera.

Menos mal que al menos tenía una cocinera, así que eso no iba a ser un problema.

—Acabo de desayunar.

Ella supuso que eso significaba que no quería té. Oh, si por lo menos no estuviera tan cansada... Después de no haber dormido en toda la noche sentía que iba a colapsar en cualquier momento. Cuando comenzaron a aparecer familiares desesperados para ver a sus seres queridos, entonces ella aprovechaba para subir corriendo las escaleras para ver cómo estaban los dos niños, y después volvía a bajar las escaleras para bañar a los que tenían fiebre.

Los tres salieron al patio y Rayne los condujo a una pequeña mesa que había en un rincón. El mismo lugar al que había llevado a Edwin cuando era su paciente.

Mientras sacaba una silla para Rayne, el hombre se quedó mirando a Edwin.

—Disculpe, caballero, pero ¿por qué está usted aquí exactamente?

—¡Señor Falkner-Jones!

Rayne se quedó horrorizada con la pregunta tan grosera de su prometido.

Pero no tenía de qué preocuparse. Tras años siendo educado entre la *aristocracia*, y asistiendo a las mejores escuelas y

socializando con la clase alta, Edwin no se iba a quedar sin darle una respuesta.

Las *cejas* del hombre se había elevado peligrosamente hasta llegar cerca de la línea del cabello. A este paso, bien podría presentarse a un concurso.

—Ah, buen hombre, no debe llamarme caballero, sino mi lord. Y estoy aquí porque deseo estar aquí.

Rayne quería golpearse la cabeza contra la mesa, pero con todo lo que había sucedido esa mañana, probablemente terminaría desmayada. Lo cual podría no ser algo tan malo.

—Para aclarar mi respuesta a su descortés pregunta, estoy ayudando a la doctora Stevens con sus finanzas.

Antes de que el señor Faulkner-Jones pudiera contrariar aún más a Edwin, ya que parecía que la discusión iba en esa dirección, Rayne preguntó.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar en Bath, señor Faulkner-Jones? No demasiado tiempo, supongo.

—Estaré aquí el tiempo suficiente como para solucionar este asunto del matrimonio —dijo sacudiéndose una pelusa invisible de su chaqueta.

—¿Asunto del matrimonio?

Rayne comenzó a marearse y se tuvo que agarrar a la mesa para aferrarse a la conciencia.

—Sí. Su padre me pidió que viniera. Dijo que como le está fallando la salud desea verla bien asentada antes de fallecer.

Qué manera tan encantadora de proponerle matrimonio a una mujer. Aunque teóricamente estaban prometidos, ya que su padre y el señor Faulkner-Jones lo habían acordado años atrás, nunca había recibido una propuesta formal del hombre que tenía sentado frente a ella.

Ya que su padre parece pensar que morirá pronto, acabemos de cumplir con este asunto del matrimonio.

—Puedo asegurarle, señor, que mi padre goza de una excelente salud. Sí, es cierto que su médico le sugirió que dejara la consulta debido a su edad, pero no hay razón para suponer que no vayamos a poder disfrutar de su presencia durante un buen tiempo.

El hombre se encogió de hombros, como si todo el asunto careciera de importancia.

—Bueno, pues parece que se me ha convocado para nada. Pero como no quiero que me llamen dentro de uno o dos años para celebrar una boda, prefiero solucionarlo ahora.

Edwin se puso de pie.

—Disculpe que le interrumpa, pero doctora Stevens, ¿puedo hablar contigo?

Cuando el señor Robert Faulkner-Jones miró a Edwin, agregó:

—Hay algo en el libro de contabilidad que debe ser resuelto de inmediato.

—¿De inmediato? —Preguntó Rayne.

—Sí. Démonos prisa. —Rodeó la mesa, la agarró por el codo y la levantó de la silla.

Después procedió a conducirla, literalmente, por el pasillo hasta el salón. Sonrió a la paciente que yacía en el sofá y la llevó a una esquina.

—¿Qué demonios está pasando?

Hizo un gesto con la mano en dirección al jardín con los ojos como platos y el cuerpo tenso.

—¿A qué te refieres?

Tal vez si se hacía la inocente, toda esta pesadilla terminara y podría subir las escaleras y desplomarse en su cama. Excepto que eso no podía suceder ya que no tenía a nadie más para cuidar a los pacientes.

—¿Desde cuándo estás prometida?

Eso la hizo sentirse molesta. ¿Por qué los hombres parecían pensar que estaba obligada responder a cualquier pregunta que le hicieran?

—Desde hace unos cuantos años. No sé, bastante tiempo.

—¿Años?

—Sí. Muchos años. Tantos años que rara vez me acuerdo de que estoy prometida. He visto al señor Faulkner-Jones menos de tres veces en toda mi vida. Nunca me ha propuesto matrimonio oficialmente, y la mayor parte del tiempo o me acuerdo en absoluto de él. — Tocó a Edwin el pecho con un dedo—. Además, estoy tan

cansada que apenas puedo mantenerme en pie, y no estoy de humor para apaciguar los egos de los hombres.

Dicho esto no pudo evitar humillarse y rompió a llorar.

—Ven aquí.

Edwin se acercó a ella, que voluntariamente se aferró a sus brazos para llorar en su pecho, arrugándole la corbata y humedeciéndole la camisa. Él le frotaba la espalda mientras ella lloraba. Enseguida tuvo que usar el pañuelo que él le puso en la mano, y se sonó la nariz.

—Lo lavaré antes de devolvértelo.

Él le hizo un gesto de desdén.

—Creo que deberías dormir un poco. Estás agotada y si te derrumbas por completo no podrás ayudar a nadie.

—No puedo. —Dijo señalando al hombre que estaba en el sofá y los miraba como si fueran el mejor entretenimiento que había tenido en mucho tiempo—. Alguien tiene que cuidarlos.

—Haré que una de las sirvientas los vigile en lugar de limpiar. Después contrataremos a un asistente, aunque solo sea hasta que estos pacientes hayan regresado a sus hogares. No puedes hacerlo todo sola, Rayne.

—¿Doctora Stevens? ¿Por qué este hombre la llama por su nombre de pila? ¿Y por qué la está abrazando?

Al parecer, el señor Faulkner-Jones había ido hasta el salón y acababa de hacer notar su presencia.

Maldición.

Edwin había estado conteniéndose desde la llegada de ese hombre tan desagradable y pomposo. Todavía se estaba recuperando de haberse enterado de que Rayne estaba prometida. Esa situación era de por sí una conmoción para él, pero ahora que había conocido a ese hombre, pensaba hacer todo lo que estuviera a su alcance para asegurarse de que Rayne nunca se fuera a casar con ese maldito arrogante.

Cuando se dieron la vuelta para encarar al intruso, Edwin mantuvo su brazo alrededor de la cintura de Rayne en un movimiento posesivo que Faulkner-Jones no pasó por alto.

—Caballero, la doctora Stevens ha pasado casi treinta y seis horas atendiendo a los pacientes después de que se produjera un horrible accidente de trenes en la ciudad. Está cansada, alterada y probablemente hambrienta. Yo no solo soy su empleado...

—No eres mi empleado —interrumpió Rayne.

Se volvió hacia ella y bajó la voz.

—Insististe en pagarme, así que sí que lo soy.

—Pero yo no puedo contratar a un aristócrata. —Sacudió la cabeza y se limpió la nariz. —Eso no se hace, y mi padre nunca lo aprobaría —susurró.

—Bueno, ya está hecho. Fuiste tú la que insistió en pagarme. Eso me convierte en tu empleado —respondió con la voz un poco más elevada.

Faulkner-Jones se aclaró la garganta.

—Insistí en pagarte porque no puedo aceptar la caridad de nadie —dijo Rayne le señalándole la cara con un dedo.

A veces esa mujer podía volverse imposible. Pero, según su experiencia, la mayoría de las mujeres eran personas imposibles. Lo que estaba diciendo no tenía sentido.

—No es caridad. Si alguien realiza un servicio para una persona y esta insiste en pagarle, esa persona se convierte en empleada de la segunda.

Maldición, ya empezaba a sonar como ella.

—Mi padre desaprueba...

—¡Disculpen! —Gritó el señor Faulkner-Jones lo suficientemente fuerte como para despertar a todos los pacientes que dormían en el edificio. O en la misma calle.

Muy enfadado los miró a los dos.

—Doctora Stevens. Parece que tal vez ahora no sea el mejor momento para que hagamos los arreglos necesarios para este asunto de la boda. Por lo tanto, vendré en otra ocasión. Sin embargo, en breve iré a visitar a su padre para finalizar todo el papeleo.

—¿Finalizar el papeleo? Parece que vas a comprar un caballo de Tattersall's.

Cada vez que el canalla abría la boca, Edwin se ponía más nervioso. Hacía que el matrimonio con la doctora Stevens pareciera un negocio. Y empezaba a creer que lo era.

Si la nariz de Faulkner-Jones se hubiera podido elevar más, se hubiera podido ahogar en una tormenta.

—Todavía no entiendo por qué estoy siendo interrogado por *usted*, mi lord.

Rayne le puso la mano en el antebrazo cuando vio que Edwin avanzaba, listo para golpear al hombre en la cara.

—No. No te pelees, por favor. Deja que se vaya.

Edwin respiró hondo y asintió. Sin embargo, se quedó con ella hasta que el señor Robert Faulkner-Jones se marchó. Todavía tenía que darle muchas explicaciones.

Ese pensamiento hizo que se detuviera de golpe. ¿Por qué? Para él ella no era más que una doctora que lo curó después de su estúpido accidente. El hecho de que la hubiera besado y ella le devolviera el beso no cambiaba nada.

Bueno, tal vez para ella no, ya que estaba *prometida*, pero tenía que reconocerse a sí mismo que sí había significado algo para él. Ni siquiera tuvo tiempo de considerarlo y preguntarse si realmente podría haber algo entre ellos, ya que sabía que para ella él no era más que una persona reprobable.

Pero esperaba tener su oportunidad. Quería cambiar, y demostrarle que podía hacerlo. Incluso con ella iba a poder abrirse y contarle lo que había ocurrido con su hermana. Nunca había hablado con nadie sobre su desgracia, pero si esperaba tener algo con Rayne, ella tenía que saberlo.

Empezaba a tener dolor de cabeza.

Volvió su atención hacia Faulkner-Jones, y le dijo:

—Soy amigo del doctora Stevens. También trabajo para ella organizando su contabilidad y sus asuntos financieros. Trabaja demasiado como para ocuparse de todo ella misma. Sin embargo, me ha llamado la atención que, como su supuesto prometido, uno pensaría que usted... ¡ay!

La miró con el ceño fruncido y se frotó el costado donde le había dado un codazo.

—Deja que se vaya, por favor —murmuró ella.

—Doctora Stevens. Espero hablar con usted... a solas —Faulkner-Jones miró a Edwin con el ceño fruncido— antes de reunirme con su padre. Le he enviado un mensaje diciendo que lo iré a ver el próximo martes. La recogeré este viernes a las seis de la tarde para cenar en algún restaurante de aquí donde podamos hablar de nuestras expectativas y de otros asuntos importantes para nuestro matrimonio.— Miró fijamente a Edwin—. Sola.

Pero Edwin volvió a meterse:

—No puedo permitirlo. Eso no es correcto. La doctora Stevens tiene que llevar a un acompañante. Yo también iré.

Ahora Faulkner-Jones parecía que quería estrangularlo.

—Yo soy su prometido —dijo el hombre con los dientes apretados.

—Ah, pero no es su marido. Todavía.

O nunca lo serás si tengo algo que decir al respecto.

Rayne miró de un lado a otro.

—Ya he tenido suficiente y me voy a la cama. Por favor, resuélvanlo entre ustedes dos.

A pesar de su imagen desaliñada, enderezó los hombros, levantó la barbilla y salió de la habitación con la dignidad de la reina.

Antes de que Edwin pudiera pensar en lo que debía decir para deshacerse de ese hombre insufrible, una de las jóvenes criadas entró en la habitación, se acercó a él y le hizo una reverencia.

—Mi lord, un paciente de la clínica está pidiendo un vaso de agua y a otro le gustaría que le enviaran un mensaje a su madre. ¿Dónde está la doctora Stevens?

Manteniendo a Faulkner-Jones en su línea de visión para asegurarse de que no siguiera a Rayne por las escaleras, dijo:

—Ella va a aprovechar de disfrutar de un descanso muy necesario y muy merecido. Yo ocuparé su lugar. Por ahora, dele al paciente algo de beber. Me reuniré con usted en la clínica en un minuto.

—Oh. ¡Pero qué talento! Además de ser amigo, noble del reino, consultor financiero, acompañante de la virtud de las señoritas y

además contable, ¿y también es médico?

El comentario sarcástico de Faulkner-Jones fue suficiente para llevar a Edwin al límite.

—Le ruego que se vaya, caballero. Enseguida. O no seré responsable de mis acciones. Y puedo asegurarle que la doctora Stevens no va a curar sus lesiones.

Faulkner-Jones se puso firme y se cruzó de brazos.

—No puede obligarme a que me vaya. Esta no es su casa.

—Ni la suya. —Edwin hizo un gesto en dirección a la puerta principal. Walter ha ido a hacer un recado para la doctora Stevens, así es que váyase de inmediato.

Como Faulkner-Jones no se movió, Edwin volvió a señalarle la puerta hasta que, después vacilar un rato, el hombre se dio la vuelta y salió del lugar. Cogió su abrigo y su sombrero y se marchó.

Edwin salió del salón, con el paciente del sofá todavía observándolo con una amplia sonrisa, como si pensara escribir un libro sobre los jueguecitos que había presenciado entre ciertos miembros de la clase alta.

Capítulo 9

Bastaron tres días desde de que el señor Faulkner-Jones la visitara en la clínica para que Rayne recibiera una citación de su padre para que fuera a hacerle una visita. Su mensaje, redactado lacónicamente, la alertó sobre el hecho de que su prometido ya había hablado con su padre después de haberla visitado.

Hay cosas que me preocupan en relación a tus próximas nupcias con el señor Robert Faulkner-Jones que deben ser analizadas. Espero que vengas el sábado a las 3:00.

Dr. Douglas Stevens

Su padre nunca había sido un hombre cálido ni cariñoso, pero esta era la primera vez que recordaba haber recibido una carta suya en la que firmaba como el doctor Stevens. Estaba en problemas, sin duda.

Suspiró mientras escribía un informe para el señor Littleton, que se había marchado el día anterior. Eso hacía que solo quedaran en la clínica Glory, que no necesitaba más que buena comida durante un tiempo, y cuatro de los pacientes del accidente de tren. Una mujer había venido a verla el día anterior con un problema respiratorio, y Rayne lo diagnosticó como asma. Pero una vez que consiguió estabilizarla, pudo regresar a casa.

Edwin continuaba viniendo todos los días a encargarse de sus facturas y de los recibos pendientes. Se ausentaba un par de horas cada tarde y volvía con dinero. Era muy persuasivo, aunque ella le señalaba respecto a algunos recibos pendientes "*no los presiones demasiado, no tienen demasiado dinero"*.

Para su alivio, también había recibido una nota del señor Faulkner-Jones en la que le decía que no iba a estar disponible para ir a cenar el viernes. Hizo que sonara como si hubiera sido idea suya, y que lamentaba decepcionarla. Estaba segura de que eso

había precipitado la llamada de su padre. Sin duda lo había visitado, o le había enviado una nota enfadado.

—*Doctola Sh'tevens, la señola Foster m'ha dicho que podlía ayudala en la cocina si usté' me deja*.

Rayne se encogió de hombros y sonrió al ver que Glory entraba en su pequeño despacho. Era un placer tener a la niña cerca, aunque todavía no había decidido qué hacer con ella. Era muy revelador que Glory nunca le había pedido ver a nadie ni que la llevaran a su casa. O a cualquier situación que ella considerara su hogar.

Había conseguido algunos vestidos para Glory en la iglesia, y ella misma había comprado algunas cosas para la niña, sobre todo ropa interior, zapatos y medias. También le había puesto una bonita cinta que la pequeña apreciaba mucho. Había sido bastante divertido comprar prendas de vestir pequeñas para la niña. Le hizo pensar en cómo sería si ella misma fuera la madre.

—Sí. Puedes ayudarla, siempre y cuando no la interrumpas ni hagas nada que ella no te diga. Hay muchas cosas en una cocina con las que podrías hacerte daño.

—Glacias, mamá.

Se alejó corriendo antes de que Rayne terminara de hablar. Ahora tenía que ver cómo inscribir a Glory en la escuela. Su lenguaje dejaba bastante que desear. Era una cosa más a tener en cuenta sobre ella.

Edwin entró cojeando en el despacho, apoyándose en su bastón.

—Pude cobrar dos facturas.

Dejó caer las facturas marcadas como "pagadas" en su escritorio.

Todavía llevaba el sombrero y el abrigo, y ella tuvo que reconocer que su aspecto era bastante elegante. No tenía ninguna prueba de que siguiera bebiendo brandy. Y si lo hacía en su casa, no se le notaba cuando llegaba cada día a la clínica.

Se reclinó en la silla y lo miró.

—Tengo que decidir qué voy a hacer con Glory.

Edwin se quitó el abrigo, se sacó el sombrero, los colocó en una silla frente al escritorio, y se sentó con cuidado en la otra.

—¿No ha habido suerte a la hora de encontrar a la familia de la niña?

—¿Familia? Por lo que vimos cuando llegó aquí, la familia que tenía no vale la pena buscarla. Lo que más me desconcierta es que nunca pide volver con las personas con las que había estado viviendo.

—¿Le has preguntado sobre eso?

—Lo intenté. Pero cada vez que lo menciono, su cuerpecito se pone rígido y encuentra una excusa para salir de la habitación. Ya vimos los moretones que tenía la pobre niña. Incluso si tuviera familia, dudo que se la entregara a ellos. De hecho, estoy seguro de que está aterrorizada con la idea de que podamos devolverla.

Edwin la observó durante un minuto.

—¿La ley lo permite? ¿Te meterás en algún tipo de problema si te quedas con ella?

—No lo sé. Pero no puedo evitar pensar que a las autoridades no les importa nada una niña pequeña de la calle, y que estarían más que contentos de saber que ahora está bien alimentada, segura y cuidada.

Al menos esa era la teoría con la que se había convencido a sí misma. Como doctora, había registrado todas las señales de negligencias y abusos que presentaba la niña cuando llegó en los brazos de un hombre, que había pensado lo suficiente en ella como para al menos llevarla a la clínica.

—Puede que no sea una mala idea consultar con un abogado. ¿Tienes alguno? Si no, te puedo recomendar al mío.

—En realidad, Carter Westbrooke es abogado.

Enseguida se dio cuenta de cómo la actitud de Edwin se volvía incómoda cada vez que se mencionaba a Carter o a Lottie.

Tal vez era hora de abordar ese problema con Edwin, ya que con la amistad cada vez mayor que estaba teniendo con los Westbrooke, estaba destinado a encontrarse con ellos de vez en cuando.

—Realmente deberías acercarte al señor y a la señora Westbrooke y hacer las paces con ellos. Son personas encantadoras y sé que te perdonarían.

Revolvió los papeles en los que había estado trabajando y los colocó en el cajón central de su escritorio, lista para ir a ver cómo estaban sus pacientes y administrarles los medicamentos necesarios.

Edwin se reclinó en la silla y la observó.

Menos mal que se sentía culpable por lo que había hecho. Tal vez su confianza en él no estaba fuera de lugar y realmente estaba arrepentido de lo que había hecho.

—Debo reconocer que el momento más bajo de mi vida fue cuando Westbrooke vino a mi casa para hablar de la señora Westbrooke, que era su prometida en ese momento. Era una mañana después de una fiesta bastante ruidosa y estoy seguro de que su impresión sobre mí fue aún peor de la que tenía antes.

Como se dio cuenta de su incomodidad y de su evidente arrepentimiento, Rayne decidió que era un buen momento para cambiar de tema.

—Hoy he recibido una citación de mi padre.

La única respuesta de Edwin fue un levantamiento de cejas. Probablemente también había sido un alivio que dejara de centrarse en él.

—Me pide que vaya a verlo mañana a las tres.

Vaya, eso sonaba muy serio y formal.

Por supuesto, era muy serio y formal.

—¿De verdad? Supongo que tiene algo que ver con tu prometido.

Le costó pronuncia la última palabra. Como los últimos días ambos habían estado muy ocupados, no habían hablado del señor Faulkner-Jones. O de su visita.

Francamente, tampoco ella estaba en absoluto preparada para hablar de ese asunto.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Edwin se removió en su asiento e intentó relajar la cara, pero no lo logró.

Bueno, parecía que el deseo de Rayne de no hablar de ello simplemente había desaparecido.

—¿Sí?

—Sé que no es asunto mío, hasta cierto punto, pero ¿por qué nunca me mencionaste que estabas prometida?

No pudo evitar notar un poco de decepción en el tono de su voz. Lo más probable es que tuviera que ver con *el beso*. Recordar ese beso le hizo sonrojarse y que su cintura se animara como fuera a hacer un vigoroso baile campestre.

Había sido bastante agradable, bueno, en realidad más que bastante agradable. Para ser un primer beso de verdad, había sido excelente, y se había quedado preguntándose si todos sus besos la iban a afectar de esa manera. Sin duda, se había entusiasmado una vez que sus labios se unieron. Ahora debía de pensar que era una especie de Jezabel, comprometida con un hombre y pero que se besaba con otro.

—Como ya te dije, había olvidado por completo el compromiso.

—Aunque me cuesta entenderlo, dado que la mayoría de las mujeres jóvenes esperan con ansias un compromiso y toda la histeria que rodea a una boda, ¿puedes al menos explicarme cómo sucedió? Dijiste que ya habían pasado muchos años.

Rayne suspiró y se frotó la frente.

—Mi padre y el señor Faulkner-Jones prepararon el compromiso en algún momento antes de que yo estudiara medicina. Mi padre me habló de la boda antes de que me fuera a estudiar medicina a Saint Bartholomew. Pero estaba tan entusiasmada con mi formación que eliminé por completo el compromiso de mi mente.

>Creo que nos vimos una o dos veces. No hablaba mucho, pero me observaba como si yo fuera un bicho debajo de un cristal. Era educado y muy formal. Casi frío, podría decirse. Como ya viste, casi no lo reconocí cuando apareció hace unos días.

Edwin resopló y se cruzó de brazos.

—Parece que no te causó la impresión adecuada si apenas lo reconociste.

Dos pájaros pasaron volando por la ventana, chillándose el uno al otro. Debía de ser una pareja casada, pensó ella.

—Quizás. Debo reconocer que las veces que nos vimos no me latía el corazón, pero al estar tan concentrada en mis propios estudios, realmente no me importaba en absoluto. Además, es un erudito o algo así que viaja por el mundo en busca de objetos.

—¿Buscador de objetos? ¿Es un detective?

Rayne se echó a reír.

—No. Desentierra reliquias y piezas rotas del pasado y las vende a museos. O las dona, no estoy muy segura.

Durante los últimos días, Edwin se había obsesionado con el extraño compromiso entre Rayne y el insufrible Faulkner-Jones, y esperaba aclararlo. Seguía queriendo saber si podría haber algo entre él y Rayne, pero si había un compromiso de por medio, y como de nuevo se estaba comportando como un caballero, no podía seducirla sin comprometer su honor.

—¿Y piensas casarte con ese hombre? ¿Y qué hay de tu consulta? ¿Cómo vas a continuar con tu trabajo si estás viajando por todo el mundo en busca de "objetos"?

—A decir verdad, no tengo respuesta a esas preguntas. Las pocas veces que el señor Faulkner-Jones y yo hemos hablado, la conversación fue sobre cosas mundanas. El cumpleaños de la reina, el tráfico, el tiempo, los temas sin importancia habituales entre los ingleses.

Edwin se inclinó hacia adelante y apoyó las manos en los muslos.

—¿No crees que es un tema que era importante analizar? Estás hablando del resto de tu vida con ese hombre.

—Lo sé. Me hubiera preocupado si me hubiera acordado que el compromiso, y el propio señor Faulkner-Jones, existían. Pero mañana voy a ver a mi padre, y tengo la inquietante sensación de que, o bien el señor Faulkner-Jones estará allí, o bien ya ha estado. La nota de mi padre era bastante seca.

—¿Y qué hay de la cena de esta noche? ¿Todavía la espera tu prometido?

Ella negó con la cabeza y se puso de pie. Él también se puso de pie. Todavía parecía cansada de haber tenido que lidiar con los pacientes del accidente de tren y por el poco tiempo de sueño que

había podido tener durante ese tiempo. Además, tenía una niña pequeña que atender y un prometido que ya había olvidado hacía mucho tiempo.

—No. Envió una nota en la que decía que no me acompañaría a cenar.

Edwin sonrió.

—Lástima.

—Sí.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios al decirlo.

—Supongo que no te interesará que te acompañe cuando vayas a ver a tu padre.

Aunque se lo ofreciera, realmente no quería ser parte de esa conversación, pero si necesitaba su apoyo, lo tendría.

Sin duda, este nuevo lord Sterling volvía a ser un caballero honorable.

—No. Puede ser difícil tratar con mi padre, y tengo la sensación de que el señor Faulkner-Jones ya ha hablado con él después de haber venido aquí. —Dijo mientras iban desde la oficina hasta la enfermería.

—¿Cuánto dura el viaje?

Edwin iba cojeando a su lado, contemplando las camas vacías. Pronto las cosas volverían a la normalidad. Bueno, todo lo normal que puede ser para un médico que dirige una clínica.

—No mucho. Son aproximadamente dos horas en el carruaje público. Por lo general, tomo el que sigue el camino que hay desde aquí hasta su pueblo.

—Te enviaré mi carruaje para que te lleve.

Rayne sacó una olla de debajo de un mostrador y la llenó de vendas y ungüentos.

—Eso sería estupendo. A veces el transporte público puede ser bastante desagradable.

—¿Dónde vive?

La siguió hasta la cocina, donde dejó las vendas y los ungüentos, y después llenó la olla con agua tibia.

—En un pueblo a las afueras de Bath, en la carretera que va a Bristol.

Regresaron a la clínica y ella procedió a retirar el vendaje de la parte superior del brazo de una paciente que se había sido cortado tras empujarla contra una ventana rota.

—¿Te quedarás toda la noche?

Le quitó la venda sucia de la mano, la arrugó y la tiró en la papelera de la esquina.

—No. La casa de mi padre es pequeña y sólo hay espacio para él y su única empleada, la señora Johnson, que antes trabajaba conmigo. Pero en cualquier caso, aquí hago falta, por lo que no puedo pasar la noche fuera.

Sacudió la cabeza. Rayne podía ser una mujer inteligente y una excelente doctora, pero no tenía cabeza para asuntos de sentido común. Si mantenía el ritmo que se había marcado, acabaría agotada en muy pocos años.

—Estoy seguro de que tu asistente de la clínica puede pasar una o dos noches aquí, si fuera necesario.

Se volvió hacia él y le entregó otra venda sucia.

—¿Puedo permitirme que se quede a pasar la noche?

Edwin no lo dudó.

—Sí.

Evidentemente, podía permitírselo porque él se aseguraría de disponer el dinero para pagar las horas extras a la asistente.

—¿Cómo están ahora las cosas en la enfermería?

—No hay mucho que hacer con los pacientes que quedan, solo hay que mantenerlos cómodos. Un paciente se va hoy, y el resto probablemente regresará a casa el lunes.

Y cambiando completamente de tema, dijo:

—Estaba pensando en llevarme a Glory . Creo que le encantaría dar un paseo por el campo.

—Estoy de acuerdo. A esa chiquita le vendría muy bien salir al aire libre.

Glory era una niña muy dulce que también lo tenía encantado.

Su mente comenzó a divagar y pensó en él, Rayne y Glory como si fueran una familia. Pero enseguida comenzó a transpirar y rápidamente cambió de conversación.

—¿Y la señora Mallory? ¿No tiene que dar a luz a su bebé muy pronto?

—Sí. De hecho, con el tamaño de su barriga, estoy de acuerdo con ella en que bien podría estar embarazada de gemelos. Si ese es el caso, lo más probable es que dé a luz muy pronto.

Por alguna extraña razón, eso lo puso nervioso. No entendía la razón ya que no era su esposa la que tenía que dar a luz.

—Menos mal que no te vas a quedar a pasar la noche con tu padre.

—Así es. Sin embargo, si comenzara su trabajo de parto, le llevará algún tiempo, ya que es su primer embarazo, por lo que todo debería ir bien.

Un golpe en la entrada interrumpió la conversación. Walter abrió la puerta para dar paso a Marcus Mallory, que llegó hasta la clínica con aspecto de haber venido corriendo desde su casa. Estaba jadeando, sudando y con los ojos desorbitados.

—¿Qué ocurre? ¿Está bien Lizbeth?

Rayne corrió hacia el lavatorio que había junto a la pared de la clínica y se lavó las manos.

–El bebé... —Marcus tomó un par de bocanadas de aire—. Está llegando.

Capítulo 10

—Oh. Me has pillado justo cuando iba a salir fuera de la ciudad. Dame un momento para recoger todo lo que voy a necesitar. —Negó con la cabeza y murmuró hacia nadie en particular—: Me parece que la visita a mi padre tendrá que posponerse.

Enseguida se apresuró a recoger lo que necesitaba. El parto de Lizbeth había comenzado antes de lo que Rayne pensaba, pero si realmente estaba embarazada de gemelos, tenía sentido que el adelanto.

—¿Qué puedo hacer para ayudar? —Preguntó Edwin mientras ella volvía al vestíbulo y colocaba su maletín médico en el suelo y se ponía el abrigo.

Marcus miró a Edwin, aparentemente reconociéndolo por primera vez.

—¿Pero qué haces aquí?

Esa pregunta tan grosera se debía a que Carter había compartido con todo su círculo de amigos la historia del enfrentamiento que tuvo con Edwin por Lottie. A favor suyo, Edwin no se acobardó ni le dio la espalda:

—De vez en cuando colaboro en la clínica. La doctora Stevens es lo bastante amable como para aceptar que la ayude.

Las cejas de Marcus se elevaron al máximo.

—¿De verdad? ¿Y aún así tienes tiempo para emborracharte?

Rayne frunció el ceño.

—Ya basta, Marcus, estás siendo muy grosero. Tenemos cosas más importantes que pensar en este momento.

Los hombros de Marcus se desplomaron y se mostró un poco avergonzado.

—Tienes razón, y te pido disculpas, lord Sterling. Me temo que estoy un poco nervioso en este momento.

Edwin asintió.

—Disculpas aceptadas —dijo entregando a Rayne su bolso—. Encantado me quedo aquí para recibir a los familiares que vengan. ¿Vas a mandar a alguien a casa hoy?

—Sí. Gracias por el recordatorio. El marido de la señora Wilson llegará en algún momento de esta tarde. Tengo todas las instrucciones para ella en la ficha que hay sobre mi escritorio. Walter debería volver de sus recados muy pronto.

Rápidamente abrió la puerta para permitir que Rayne y Marcus se marcharan.

—¿Has venido en tu carruaje, Mallory?

—Sí.

Marcus tomó a Rayne del brazo y bajaron la escalinata para dirigirse al carruaje de Mallory,que estaba aparcado en la acera.

Una vez que se acomodaron en su interior, Marcus se removió en su asiento y se aclaró la garganta.

—No es asunto mío en absoluto, pero me sorprendió muchísimo encontrarme que lord Sterling no solo estaba en la clínica, sino que también trabaja ahí.

Rayne sonrió.

—Sí. Es un poco sorprendente, ¿verdad?

Marcus bajó la voz.

—Estoy obligado a advertirte que Sterling no es una buena persona. Tiene una mala reputación bastante merecida.

Rayne no tenía ni idea de por qué, pero sintió la necesidad de defenderlo. Pensó en cómo la ayudaba con sus finanzas, o cómo había aguantado durante horas apoyado una sola pierna mientras vendaba a los pacientes del accidente. Y además, había enviado un mensaje a Addie para que reuniera a las demás amigas para que la ayudaran. Por eso negó con la cabeza.

—Tal vez tenga muy mala reputación, pero yo no la he visto.

Oh, por supuesto, la iba a perdonar por esa pequeña mentira, ya que ciertamente cuando llegó por primera vez estaba hecho un completo desastre.

Marcus negó con la cabeza.

—No sabes en lo que te estás metiendo.

—No me voy a meter en nada, te lo aseguro. Agradezco que lord Sterling me ayude. Eso es todo.

Suspiró y giró la cabeza, preguntándose si acababa de decir otra mentira. ¿Para ella lord Sterling no era más que alguien que la

estaba ayudando?

Después de unos minutos de silencio, Rayne preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que conoces a lord Sterling?

Marcus se reclinó en el asiento y apoyó el pie en la rodilla.

—Creo que lo conozco de toda la vida. Estuvimos en Eton casi al mismo tiempo. Después, por supuesto, nos encontramos en nuestros clubes, y en los numerosos eventos de la aristocracia, bailes, etc. en Londres. Sin embargo, no éramos lo que se podría llamar amigos cercanos.

Aparte de su confrontación inicial con Edwin por el brandy, y los pocos comentarios sugestivos que había hecho al comienzo de su tratamiento, desde entonces la había tratado con mucho respeto, cariño e incluso protección. Teniendo en cuenta lo que había visto hasta ahora, quería saber más de él. Era realmente un enigma para ella. —¿Siempre fue como ha sido en los últimos años? ¿Beber mucho, fiestas escandalosas, y ese tipo de cosas? ¿Incluso cuando vivía en Londres?

Marcus pensó por un momento y ella pudo ver que su expresión pasaba de la reflexión a la curiosidad, y después a la especulación.

—En realidad, no. Quiero decir, hizo bastante de lo que hacen todos los caballeros jóvenes como beber, ir fiestas y dedicarse al juego, —la miró y enseguida apartó la mirada— y a otras cosas.

—¿Amantes? —Preguntó sonriendo.

—Se supone que las jóvenes inocentes no deben saber de esas cosas —la reprendió.

—¿Y qué te hace pensar que yo soy una joven inocente?

Por supuesto, ella lo era en cierto sentido, y muy probablemente en la forma en la que él lo decía, pero por alguna razón le molestaba que la considerara inocente. Al fin y al cabo, mientras ejercía la medicina, sin duda había visto bastantes cosas ante las que cualquier señorita joven e inocente probablemente se desmayaría.

Marcus al principio pareció sorprendido por su comentario, pero después se rió. Eso la molestó aún más. Todavía debía de estar cansada por la falta de sueño como para permitir que estas cosas la molestaran. Con suerte, iba a poder seguir siendo agradable durante el próximo parto, que podría ser bastante difícil, pero también era

uno de sus trabajos favoritos, ver aparecer una nueva vida del cuerpo de una mujer.

—¿Conocías a la hermana de lord Sterling?

Dado que estaban atrapados en medio del tráfico y lo más probable es que el trabajo de parto de Lizbeth durara muchas horas, lo mejor era que volviera al tema en cuestión y obtuviera toda la información posible sobre Edwin de alguien que lo conocía desde hacía muchos años. Lo poco que había sabido sobre la hermana de Edwin a través de Addie no era suficiente como para darse por satisfecha.

—Sí. Lady Lydia. Murió muy joven. Fue un caso muy triste.

Addie había mencionado una "enfermedad no diagnosticada". Tal vez Marcus sabía algo más.

—¿Cómo murió?

Marcus sacudió la cabeza.

—Se retiró inesperadamente a la finca de la familia desde Londres en medio de la temporada de fiestas. Unas semanas más tarde recibimos la noticia de que había muerto de una "enfermedad no diagnosticada".

La información de Marcus era la misma que la de su hermana.

—Eso es muy triste.

Había mucho más en esa historia. De hecho, era tan descaradamente sospechoso que se sorprendió de que Marcus le contara la historia con la cara tan seria. A los hombres no les interesaban tanto los chismes, o los escándalos, como a las mujeres. La mayoría de las veces.

Se retorció en su asiento y miró por la ventana.

—Llegaríamos antes si fuéramos caminando.

—Podemos caminar si quieres. Me encanta el ejercicio.

Rayne buscó su bolso.

Marcus golpeó el techo para detener el carruaje. El cochero abrió la ventanilla y miró hacia abajo.

—¿Sí, señor?

—Puede parar un momento. Vamos a ir caminando el resto del camino. Cuando llegue a mi casa, guarde el carruaje. Pero lo

necesitaremos más tarde para devolver a la doctora Stevens a su casa.

—Muy bien, señor.

Tan pronto como se produjo una pausa en el tráfico, el carruaje se detuvo y Marcus abrió la puerta. Después de salir, tomó la mano de Rayne y la ayudó a bajar mientras le recogía el maletín.

Edwin permitió que el hombre que estaba en la puerta del *Bath and Country Club* le ayudara a quitarse el abrigo. Hacía tiempo que no visitaba el lugar. Solía pasar horas en en el club y gastar cientos de libras jugando a las cartas, bebiendo y haciendo apuestas ridículas en el libro de apuestas.

Se estremeció al recordar que una vez, estando bastante borracho, le apostó a Brennan cuánto tiempo iba a tardar una gota de lluvia en deslizarse por el cristal de la ventana. ¡Qué tontería!

Y después, tras gastar un montón de dinero perdiendo el tiempo, él y sus amigos se iban a un burdel, visitaban a una amante, o realizaban alguna extravagante exhibición pública de idiotez que invariablemente terminaba en los periódicos.

Ahora, todo eso le parecía tan infantil e inútil. ¿Solo habían pasado tres semanas desde la carrera que lo dejó un buen tiempo tumbado mirando a la doctora más hermosa que había visto en su vida?

Sintió como si hubiera pasado toda una vida. Aparte de la única vez que Brennan y Manchester lo visitaron en la clínica, y se descubrió que llevaban petacas con brandy, no había visto demasiado a sus amigos.

Dos veces lo visitaron su casa, pero una vez que la niebla del alcohol se disipó de su cuerpo y su cerebro, descubrió que su curiosidad innata y su intelecto descuidado volvían a emerger y había comenzado a ir a su biblioteca en busca de libros. Y no solo libros de medicina.

Hizo que su ama de llaves sacara todo el brandy de la casa. Descubrió que la parte más difícil de estar sobrio todo el tiempo era perder el hábito de beber para mitigar la culpa que sentía por su hermana. Sin embargo, ese había sido el comienzo del camino de destrucción que había empezado hacía tres años.

—Café, por favor —le dijo al camarero que se le acercó con una botella de brandy en la mano.

—Muy bien, mi lord.

No mostró ni un atisbo de sorpresa en la mirada, lo que sorprendió aún más a Edwin.

Mientras ojeaba el periódico y se tomaba el café, Brennan y Manchester irrumpieron por la puerta y se dirigieron directamente hacia él.

—¿Qué es esto?

Las cejas de Manchester estaban casi ocultas por unos cuantos mechones de pelo que le caían por la frente. Hizo un gesto a la taza de café de Edwin.

Decidido enfrentarse a los dos hombres sin ambages, dijo:

—Café. Ahora es mi bebida preferida.

Ambos hicieron señas al camarero para que les trajera su brandy y se rieron tan fuerte que doblaban la cintura y se empujaban como si fueran jóvenes recién salidos de la universidad. Al parecer, ya habían comenzado su velada de juerga.

Brennan tomó un vaso de la bandeja que sostenía el camarero y lo llenó de brandy.

—Toma, no querrás que el café te pudra el estómago.

Pero su sonrisa se desvaneció cuando Edwin no tomó el vaso y negó con la cabeza. —No. Gracias de todos modos.

Manchester y Brennan se miraron el uno al otro con una mezcla de sorpresa y enfado.

—¿Qué te pasa, Sterling?

Edwin se encogió de hombros.

—Nada. Desde que me vi obligado a renunciar al brandy mientras estaba en la clínica, me siento mucho mejor sin él.

—Es por esa doctora amargada, ¿no? —Dijo Brennan pegando un trago.

Su molestia inicial con su amigos se convirtió en irritación tras el insulto a Rayne.

—No está para nada amargada. Es una mujer encantadora que se dedica a ayudar a la gente.

De nuevo, los dos idiotas se echaron a reír.

—Lo siguiente que será que nos digas que has renunciado a las cartas y a las mujeres.

El comentario de Manchester no resultó tan divertido como Edwin supuso que quería que fuera. De hecho, parecía que sus amigos se estaban sintiendo amenazados.

—¿Es por eso que hiciste que el mayordomo nos rechazara dos veces cuando fuimos a verte? —Brennan golpeó la mesa con el vaso —. ¿Es eso así? ¿Te crees demasiado bueno para nosotros?

El paso de sus amigos de la hilaridad a la ira fue sorprendente. ¿Por qué no se había dado cuenta antes de que beber y divertirse eran la única base de su supuesta amistad?

—Simplemente estoy llevando mi vida en una dirección diferente. No te critico, pero he descubierto de que ya es hora de que busque otras actividades.

—Ah. Entiendo. Te estás liando con la buena doctora y quieres tenerla a tu favor. —Manchester alzó su copa—. Bien hecho. Puede que sea amargada, pero en la oscuridad no hay que mirarla a la cara.

Edwin se inclinó hacia adelante, deseando que su pierna no estuviera todavía sujeta por una férula para poder saltar por encima de la mesa y tirar a Manchester al suelo después de darle unos cuantos golpes en su cara burlona.

—No me estoy "liando" con la doctora. O dejas de insultarla, o a pesar de mi pierna rota, te golpearé hasta dejarte hecho papilla.

—Vaya, maldición, Sterling. Amas a esa mujer —dijo Brennan.

—No es así.

Definitivamente, ese no era un tema que Edwin deseara tratar. Es posible que se preocupara por ella y, antes de descubrir que estaba prometida, se preguntaba si tal vez pudieran tener un futuro juntos, pero ¿amor? No. El amor dolía demasiado cuando se perdía. Aunque lo cierto es que no había querido a su hermana de la misma manera con que un hombre ama a una mujer con la que quiere aparearse, su muerte le había desgarrado el corazón.

—Sí. La amas —dijeron ambos al unísono.

—El hecho de que respete a la doctora Stevens, y que esté agradecido por lo que hizo cuando me curó, no significa que esté

enamorado de ella. Pero, la verdad es que me aburre la conversación, y no quiero privaros de vuestro entretenimiento nocturno.

Manchester se dirigió a Brennan.

—Simplemente pasa de nosotros.

—Eso parece. —Los dos lo miraron como si le acabara de crecer otra cabeza—. Puede que digas que no estás enamorado de ella, pero te sugiero que le des una segunda vuelta. —Dijo Manchester que se bebió el resto de su bebida y miró a Brennan—. Dejemos la excelsa presencia de su señoría. Aquí ya huele.

Amor.

Hubo un tiempo en que esa palabra dirigida a él hacía que se le cayeran los pantalones. Ahora, no le parecía tan aterradora.

Mientras observaba a sus dos amigos salir del club, empujándose y dándose golpes como dos jovencitos, recordó la vez en que Carter Westbrooke fue a verlo después de que insultara a Lottie Danvers y surgiera el tema del amor.

"—Es hora de levantarse, Sterling.

Carter retiró las cortinas de las ventanas dejando que la luz brillante del sol inundara la habitación. Después corrió las cortinas de la cama y se quedó mirando al desecho humano que yacía encima. Desnudo y oliendo a destilería.

Agarró el pelo de Sterling y se echó hacia atrás para poder verle la cara.

—Es hora de levantarse, Sterling.

Los ojos de Sterling se abrieron y soltó un quejido.

—Debe de ser un mal sueño.

—No. Soy tu peor pesadilla.

Carter soltó el cabello del hombre y se dirigió hacia el tocador al otro lado de la habitación. Cogió la jarra de agua, que estaba medio llena, y la lanzó sobre la cabeza de Sterling.

—¡Qué infierno es este! —Sterling se levantó de un salto y se sacudió la cabeza, haciendo que el agua salpicara por todos lados—. ¿Eres Westbrooke? ¿Qué haces en mi dormitorio? ¿Viniste invitado anoche? No me acuerdo.

Dio un gemido y se sujetó la cabeza.

—Sí. Soy yo, el señor Carter Westbrooke. He venido para traerte un mensaje que espero que no tenga que repetirte demasiadas veces antes de que entre en tu cerebro de alcohólico.

—¿Se trata de esa puta?

El puño de Carter se disparó directamente a la mandíbula de Sterling. El hombre cayó como un saco de harina.

—Este ha sido tu segundo error.

Sterling lo miró desde la cama.

—Sal de mi casa.

Carter se frotó los nudillos, ansioso por asestarle otro golpe.

—En caso de que te preguntes cuál fue tu primer error, fue que abordaras a mi prometida en la vía pública e insultarla con una oferta que no vale la pena repetir.

—¿Tu prometida? ¿Estás loco? Si es...

Carter agarró el cuello de Sterling y lo tiró hacia adelante, y le dio un puñetazo en el estómago.

—Nunca. Digas. Esa. Palabra. Otra vez.

Sterling se dobló mirándolo.

—¿Sabes lo de su madre? —Levantó la mano—. No me vuelvas a pegar, o voy a vomitar todo lo que bebí anoche. Solo quiero saber si conoces a la familia de tu futura esposa.

—Sé todo lo que necesito saber. Pero escucha esto, Sterling. Si pronuncias una sola palabra sobre mi esposa, o su madre, o sus tías, hermanas, primas o antepasadas, volveré por ti y te puedo asegurar que lo vas pasar mal.

Sterling se enderezó y se mantuvo en pie hasta que volvió a desplomarse en la cama. Miró a Carter asombrado.

—La amas.

—Solo recuerda lo que te dije. Si alguien te cuenta cualquier cosa sobre la señorita Danvers, o te pide tu opinión sobre ella, no dirás nada más que cosas positivas. Vas a convertirte en su gran defensor. ¿Lo entiendes?

—Siempre pensé que el amor podía volver loco a un hombre, y aquí está la prueba. —Levantó una mano en señal de rendición cuando Carter dio un paso hacia él—. Vale, de acuerdo. No diré nada

despectivo sobre esta dama. Y si me la encuentro en la calle, en una tienda o en la iglesia, la trataré con el mayor respeto.

Carter se llevó las manos a las caderas.

—Por lo que he visto abajo, y por el estado en el que estás, te vendría bien ir a la iglesia.”

Sí, efectivamente. El amor hacía que un hombre hiciera locuras. ¿Tanto como cambiar por completo su estilo de vida?

Capítulo 11

Fue una noche larga, dura y agotadora, pero a las seis y diez de la mañana llegó al mundo la señorita Daisy Evangeline Mallory, seguida de su hermana, la señorita Grace Ursula Mallory, a las seis y veintidós. Su madre tenía razón, llevaba unas gemelas que se escondían en su vientre de manera que Rayne no había podido detectar que eran dos, aunque en realidad no se sorprendió cuando la segunda bebé comenzó a salir.

Lizbeth estaba exhausta pero sonreía mientras ella y Marcus miraban a sus hijas asombrados. Dos pequeños bultos envueltos en mantas suaves, que yacían sobre la cama frente a ellos, cuyos mechones de pelo oscuro sobresalían del borde de la colcha.

A Rayne siempre le preocupaba cuando anunciaba el sexo del bebé, en este caso niñas, al nuevo padre. Algunos hombres se disgustaban muchísimo cuando les llegaba una hija, pero Marcus estaba fuera de sí de felicidad.

Después de lavar a Lizbeth y cambiar su ropa de cama, Addie, Lottie y Pamela, que habían llegado poco después que Rayne, se movieron rápidamente por la habitación para arreglarlo todo, revisar el suministro de pañales y dar instrucciones a la niñera que había llegado la noche anterior.

—Como médico de la señora Mallory, prescribo a mi paciente que duerma. Lizbeth ha hecho un gran esfuerzo durante toda una noche y necesita descansar.

Rayne hablaba específicamente a Marcus mientras metía sus cosas en el maletín y miraba alrededor de la habitación en busca de algo que pudiera haber pasado por alto.

—La cocinera está preparando un desayuno para todas vosotras, señoras, así que por favor aprovechad para tomar una comida caliente antes de regresar a sus casas. —Marcus se sacó las botas y se acomodó junto a su esposa—. Yo voy a dormir una siesta con Lizbeth.

La niñera, que ya se había presentado como la señora Florence Applegate, tomó a los dos preciosos bebés en sus brazos y se dirigió

a la puerta.

—Sra. Mallory, ¿va a tener alguna una nodriza con la que deba comunicarme? —Preguntó la niñera.

—No.— Lizbeth bostezó y negó con la cabeza—. Despiérteme cuando las bebés tengan hambre. —Respondió mientras se deslizaba por la cama y apoyaba la cabeza en la almohada.

La niñera, Lottie, Addie, Pamela y Rayne salieron de la habitación. Mientras cerraba la puerta en silencio, Rayne miró hacia atrás y vio que Marcus rodeaba con sus brazos a Lizbeth que ya parecía dormida, para que apoyara la cabeza en su pecho. Lizbeth murmuró algo en sueños y se movió para abrazar su cintura. Marcus la besó en la frente y cerró los ojos. Pocas veces había visto una devoción tan intensa entre una pareja, y se sintió un poco avergonzada por haber presenciado un momento tan íntimo.

La invadió una especie de melancolía con tanta fuerza que casi se cae de rodillas. ¿De qué se trataba todo eso? Era un sentimiento que nunca había tenido antes tras ayudar a dar a luz a un bebé.

Tal vez, una vez que se casara con el señor Faulkner-Jones, ella misma podría tener uno o dos hijos. Es decir, si se quedaba en Inglaterra el tiempo suficiente como para conseguir quedarse embarazada. Por supuesto, después le vinieron a la mente imágenes de lo que tendrían que hacer para generar su descendencia.

Se estremeció porque no estaba muy segura de poder cumplir con su deber de esposa. Era un hombre frío, formal, y realmente no lo conocía demasiado bien. Dado que el compromiso llevaba guardado en el fondo de su mente durante años, nunca le había dado demasiada importancia. Ahora que él estaba en Bath, insistiendo en celebrar una boda rápida, tenía que preguntarse si era algo que quisiera hacer.

Pero estaba demasiado cansada como para dedicar demasiado tiempo y atención a ese asunto, por lo que siguió a las otras mujeres escaleras abajo hasta el comedor.

—Ah, un té. Justo lo que se necesita después de una larga noche. —Dijo mientras se sentaba frente a Addie—. Ahora, además de madre, eres tía. Enhorabuena.

—Gracias. Estoy muy contenta de que Michael y Noah tengan unos primos con quienes crecer. —Miró alrededor de la mesa a las demás mujeres—. Y que también sean amigos de Joseph, el hijo de Pamela, la pequeña Diana de Lottie, así como de las dos niñas que tenemos arriba.

Pamela levantó su taza de té.

—Brindemos por las *Alegres Inadaptadas de Bath*, que siguen en constante expansión.

Casi como si hubiera estado planeado, los tres pares de ojos de las amigas se dirigieron hacia Rayne, y en cada rostro se podía observar una mezcla de especulación y picardía .

—¿Qué?

Rayne casi se atraganta con el té.

—Tú eres la siguiente —dijo Lottie sonriendo.

Rayne negó con la cabeza.

—Yo no. Bueno, en realidad, supongo que debería ser yo.

¿Por qué se le bajaba tanto ánimo cuando pensaba en el señor Faulkner-Jones?

Addie bajó su taza de té y comenzó a colocar la comida que había en las bandejas del centro de la mesa en su plato. Con un cierto tono de indiferencia que no logró disimular del todo, dijo:

—¿Por qué crees que puedes ser tú? ¿Nos has estado ocultando algo?

—He oído que lord Sterling está muy pendiente de ti —añadió Pamela.

—¿Es eso cierto? —Preguntó Addie.

—Lord Sterling no "está pendiente" de mí. Todas conocéis la historia de cómo llegó a ser mi paciente. Pero en cuanto pudo levantarse de su cama, se transformó en un gran asistente. De hecho, en lo que me ha sido más útil es que a mí me cuesta mucho cobrar el dinero que me deben los pacientes. Y Edwin ha asumido esa tarea, y ha recuperado buena parte de las deudas pendientes.

Tan pronto como lo dijo, cerró los ojos y apretó los dientes como si pudiera borrar lo dicho. Por lo tanto, no fue una sorpresa cuando las tres mujeres exclamaron al mismo tiempo:

—¿¡Edwin!?

Rayne suspiró. Ahora tardaría una eternidad en quitarles de la cabeza la idea de que ella y lord Sterling eran pareja.

—Sí. Nos llamamos por nuestro nombre de pila desde que trabajamos juntos. Pero tengo que deciros algo. Que yo sepa, no ha bebido ni una gota de alcohol desde que les quité las petacas de brandy a sus amigos.

—Pero tiene muy mala reputación —Addie negó con la cabeza.

—No me importa nada, ya que cuando he dicho que podría ser la próxima en casarme, no me estaba refiriendo a lord Sterling.

Los tres tenedores se detuvieron a mitad de camino de las bocas de las damas, y las tres levantaron las cejas al unísono.

—Vaya, ¡estás llena de sorpresas hoy! —Dijo Pamela.

No le apetecía nada tener que contarles la historia, pero eran sus amigas y merecían saberlo. Había tenido tan pocas amigas en su vida que no quería perder el vínculo.

—Hace años, mi padre llegó a un compromiso para que me casara. Por qué lo hizo, no tengo ni idea.

La historia parecía volverse más extraña cada vez que la contaba.

—Qué raro. ¿Os atraíais el uno al otro?

Rayne no pudo evitar la risa que se le escapó ante la pregunta de Lottie, ya que no podía imaginar a nadie que le "atrajera" el señor Faulkner-Jones.

—No. —Respondió negando con la cabeza—. En absoluto. De hecho, mi padre no me lo contó hasta el día en que me fui a estudiar medicina. Aunque fue una gran sorpresa, con la emoción de comenzar mis estudios, lo tenía relegado en el fondo de mi mente.

Rayne apartó su plato vacío.

—Probablemente habré estado con el señor Faulkner-Jones unas tres veces en mi vida, la última hace unos días.

Lottie se apoyó en el codo con el semblante lleno de emoción.

—¿Y?

Rayne recordó al hombre rígido y frío que la había ofendido, se había enemistado con Edwin y ahora la presionaba para que se casaran rápidamente para poder volver a su trabajo en algún lugar lejos de Inglaterra.

Lo más probable es que estuviera planeando un tipo de matrimonio en el que se *casaba con ella, se acostaba con ella y después la dejaba haciendo su trabajo*. Cuando todavía no daba demasiada importancia al matrimonio, podría haberlo aceptado. Siempre que pudiera conservar su trabajo, iba a ser feliz.

Pero ahora las cosas habían cambiado. Edwin había entrado en su vida y, por primera vez, disfrutaba de la compañía de un hombre. No se burlaba de ella, ni tenía la actitud condescendiente de sus compañeros masculinos de la universidad, así como de sus profesores, que eran aún peores que ellos. Rayne disfrutaba del combate verbal que mantenía con Edwin y, sobre todo, le encantó cómo la había abrazado cuando se besaron.

—En realidad no creo que nos adaptemos.

Se sorprendió a sí misma con esa declaración. Al parecer, la idea estaba ahí, pero ahora que se había dado tiempo para contemplarlo seriamente, no quería ese tipo de matrimonio.

Miró alrededor de la mesa a sus amigas. Todas estaban felizmente casadas. Maravilladas, a decir verdad. Tenían maridos que las adoraban, y ahora estaban comenzando a formar sus familias. Tenía un esposo amoroso, un hogar cálido y seguro e hijos que criar.

¿No se merecía ella lo mismo?

Edwin no paraba de dar vueltas con su pierna rota, lo mejor que podía, por el despacho de Rayne mientras esperaba a que regresara. Poco antes, le había enviado un mensajero para que le dijera que la señora Mallory había dado a luz a unas gemelas muy sanas y que, una vez que ella y las otras señoras que habían asistido al parto terminaran de desayunar, volvería a la clínica.

Era el momento.

No podía permitir que se casara con ese novio tan altanero. Tal vez se estaba adelantando, pero cuando apareció Faulkner-Jones mirando a todos con su nariz puntiaguda sintió como si ya no le quedara tiempo. Ahora, que tenía el corazón herido, sabía que si hubiera tenido suficiente tiempo, habría terminado de rodillas suplicando por la mano de Rayne.

Tenía todo lo que un hombre podía desear. Ese hombre, al menos. Al principio, su rígido código moral le había parecido molesto, pero después le divertía. Sin embargo, después de que se le despejara su cerebro empañado por el brandy, había comenzado a ver a la mujer que había por debajo del doctora.

Rayne era cálida, inteligente, ingeniosa, compasiva e inocente de una manera que uno no se esperaría de una mujer que se había formado como médico. Además, era una ventaja el hecho de que fuera hermosa, y que poseyera un cuerpo que hacía que sus manos ansiaran recorrer sus curvas.

Sin embargo, no podía pedirle honestamente que se casara con él sin contarle primero lo que le había sucedido a Lydia. Y su participación en el desastre. Merecía saber lo imbécil que había sido antes de convertirse en el canalla que ella había conocido. Sinceramente, no creía que fuera lo suficientemente bueno para ella, pero si ella escuchaba su historia y no veía en sus ojos que lo condenara, tal vez podría tener una oportunidad.

El sonido de la puerta principal al abrirse y su alegre saludo a Walter, a pesar de lo cansada que debía estar, aumentaron el respeto que sentía hacia ella. Mientras avanzaba por el pasillo, se dio cuenta de que estaba haciendo un esfuerzo para llegar hasta la cama. Tal vez debería esperar a otro momento.

No. Si lo hacía, no sería en consideración a su cansancio, sino como una forma de evitar lo que deseaba, aunque sí, necesitaba, decirle.

—Buenos días, Rayne.

Le ofreció una sonrisa brillante y recibió otra a cambio.

—Las bebés son hermosas. —Dejó su maletín sobre el mostrador y se frotó los ojos—. Y la madre y el padre están muy bien.

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Se tapó con una mano, pero él la atrajo con una mano contra su pecho.

Eran lágrimas de agotamiento. No había sollozos ni lamentos, solo lágrimas que corrían lentamente por sus suaves mejillas y aterrizaban en su pecho, formando una mancha húmeda de su camisa.

—Soy tan tonta.

Cogió el pañuelo que le dio y se secó la nariz.

—Ven, siéntate un minuto. Pareces cansada.

Le rodeó los hombros con el brazo y la llevó hasta el sofá del despacho de la clínica.

—¿Cómo está todo por aquí? —Preguntó respirando hondo.

—Solo quedan dos pacientes. Tu asistente, la señorita Kincaid, hizo una lista, que está en su mostrador, de quienes han solicitado que les hagas una visita. Les dijo a todos los de la lista que tendría que ser partir de mañana.

Rayne se limpió la nariz y lo miró con los ojos enrojecidos y unas grandes ojeras.

—¿Había alguna emergencia entre las solicitudes?

—No. Solo las toses habituales, fiebres, dolores y molestias.

Le apartó el pelo que le había caído sobre la frente.

Ella asintió.

—Bien.

—Te sugiero que te metas en la cama.

La señorita Kincaid y yo podemos quedarnos aquí hasta que hayas descansado un poco. Te despertaremos si hay alguna emergencia.

—¿Por qué los haces? —Lo miraba con curiosidad—. Estoy segura de que habrá otras cosas a las que debes prestar atención. Me temo que últimamente te he quitado demasiado tiempo. La verdad es que me siento un poco culpable.

Su pequeña sonrisa hizo que Edwin sintiera un vuelco en el estómago.

Se levantó de un salto y tuvo que agarrarse al respaldo del sofá para no caerse. Maldita pierna rota.

—No te sientas culpable. Hago todo esto por mi propia voluntad. —Se volvió a sentar y tomó sus manos entre las suyas—. Yo te debo mucho a ti, y no al revés.

Ella se tapó la boca para ocultar un bostezo y él se sintió culpable. Ese no era el momento de mantener la conversación que él necesitaba. No era justo para ella. Se levantó de nuevo e hizo que ella también se levantara.

—Ven. Tienes que dormir un poco. Hay cosas que quiero hablar contigo, pero no en el estado en que te encuentras ahora.

—Estoy de acuerdo. Por favor, dile a una de las sirvientas que me despierte a primera hora de la tarde. —Avanzaron juntos hasta la escalera mientras él iba cojeando apoyado en su bastón— ¿Vendrás más tarde?

—Sí. Tengo varias cosas que revisar de tus cuadernos de contabilidad. Y estoy trabajando en un proyecto que me encantaría enseñarte cuando te sientas con ganas. Pero todas esas cosas pueden esperar hasta que hayas descansado un poco.

Por mucho que quisiera cogerla en los brazos y llevarla escaleras arriba, su pierna, y la presencia de Walter en la puerta, le impidieron expresar cualquier muestra de galantería. En lugar de eso, le besó la mano y se despidió gesticulando desde las escaleras.

—Te veré más tarde.

Pasó el resto de la mañana y parte de la tarde revisando la contabilidad, enviando notas a los proveedores que sospechaba que habían estado cobrando demasiado por los suministros que traían a Rayne.

Después continuó enviando cartas de reclamación a aquellos que debían dinero a Rayne por sus servicios. Estaba molesto con las personas que sabía que tenían dinero suficiente para pagar la cuenta, pero habían ignorado las notas que ya les había enviado. La gente de la clase alta era conocida por desatender sus facturas.

Pero a él no le importaba presentarse en persona ante sus deudores.

—Todavía estás aquí.

Rayne estaba en la puerta de la oficina, con mucho mejor aspecto que cuando había hecho que subiera al piso de arriba unas horas antes. Se había trenzado el pelo y se había puesto sus gruesas trenzas alrededor de la cabeza como si fueran una corona. Su vestido estaba limpio y sin arrugas.

Pero nada superaba su cálida sonrisa y el brillo de sus ojos.

—Creo que voy a pedir que me traigan un té. Y tal vez algunos sándwiches, me parece que tengo bastante hambre. —Se acercó a la

campanilla que había en una mesa junto a la puerta y llamó a una criada—. ¿Has comido?

—Sí. Iba a pedir a una de las sirvientas que fuera a despertarte. Te ves mucho mejor.

—Gracias. También me siento mucho mejor.

Una de las doncellas, a la que recordaba como María, apareció en la puerta. Hizo una reverencia tras la petición de Rayne y se marchó corriendo.

—Debo decir que me gusta tener a las doncellas cerca. Me hacen la vida más fácil. —Se dejó caer en el sofá junto a él—. ¿No hay ninguna emergencia, supongo?

—No. Todo está tranquilo. —Se aclaró la garganta y decidió profundizar en el tema que le interesaba—. Cuando llegue el té, me gustaría hablarte de un asunto importante para que lo consideres.

—Bueno, ya me tienes curiosa. —Ella sonrió y se alisó las faldas —. ¿Hace falta esperar al té?

Era el momento de hablar de lo que había estado dando vueltas en su mente mientras trabajaba en la contabilidad y enviaba cartas. De hecho, el asunto lo mantenía despierto por las noches y se le formaban nudos en el estómago cada vez que estaba cerca de ella.

—Quizá no. —Se volvió hacia ella y tomó sus pequeñas y cálidas manos entre las suyas—. No creo que debas casarte con el señor Faulkner-Jones.

Obviamente, esto no era algo que ella se esperara. Frunció el ceño y lo miró fijamente.

—¿De veras? ¿Y por qué lo dices?

—Porque creo que deberías casarte conmigo.

Capítulo 12

¿Habría tenido que ponerme de rodillas?

La idea apareció en su cabeza justo cuando decía la última palabra. No estaba seguro de qué esperar de Rayne cuando se lo pidiera, pero lo cierto es que no era lo que suponía que iba a ocurrir.

Rayne no dijo nada. No hizo ningún movimiento facial. Ni se desmayó, y eso era algo bueno. Tampoco se rió, lo que también era bueno. Lo que hizo fue quedarse mirándolo fijamente.

—¿Qué?

Bien, entonces. Aparentemente, no había tenido ninguna reacción porque no había escuchado bien lo que le había dicho. Se aclaró la garganta y esta vez se arrodilló, de manera torpe, eso sí, por culpa de la pierna enyesada, y le tomó una mano.

—Te pido que me hagas el honor de ser mi esposa.

—¿Por qué?

Edwin se quedó perplejo. ¿Por qué un hombre le propondría matrimonio a una mujer? ¿Amor? No en este caso, a menos que estuviera tratando de engañarse a sí mismo. ¿Seguridad? La doctora Stevens tenía una consulta próspera y si podía persuadir a sus pacientes para que siempre le pagaran por sus servicios, podría financiarse perfectamente.

¿Niños? Nunca había expresado interés por los niños pequeños, aunque le gustaba mucho Glory. ¿Posición social? Una doctora nunca tendría demasiada posición social, aparte de con quién se casara.

Respondió de la única manera que pudo.

—¿Por qué no?

—En primer lugar, como doctora tuya, te ordeno que te levantes del suelo. No es bueno para tu pierna. —Bajó la vista al suelo—. Tienes la pierna retorcida.

Edwin se movió y se sentó a su lado.

Esta vez ella tomó sus manos.

—En primer lugar, ya estoy prometida. No es que lo recordara, o que esté particularmente feliz por ello, pero no soy una persona libre como para aceptar tu ofrecimiento.

—Los compromisos se pueden romper. Y en tu caso, ya debe estar roto. Rayne, Faulkner-Jones no es un buen hombre. No quiero decir que sea un criminal o un libertino...

—Como tú.

Edwin frunció el ceño.

—Como yo, no. Bueno, tal vez en algún momento, pero no tanto últimamente, al menos según mis amigos. —Suspiró—. Nos estamos distrayendo. No has respondido a mi pregunta.

—¿Cuál?

De hecho, parecía realmente confundida por lo que no estaba intentando escaparse de sus preguntas a propósito.

Pero él mismo estaba tan confundido que no recordaba a qué pregunta suya esperaba una respuesta. Bueno, había una importante y decidió volver a intentarlo.

—¿Te casarás conmigo? —Aunque cuando ella iba a decirle algo levantó la mano —. Por favor, no me preguntes por qué, o no saldremos de esta conversación en todo el día.

—Edwin, hasta que el señor Faulkner-Jones entró por la puerta de mi casa, lo último en lo que pensaba era en el matrimonio.

—¿Nunca te habías planteado casarte?

—De niña, sí. Todas las chicas jóvenes piensan en bodas, maridos, bebés, y ese tipo de cosas. Pero una vez que mi padre me metió en la cabeza que debía concentrarme en mis estudios para poder comenzar la formación en medicina, la idea de tener un marido quedó relegada al fondo de mi mente.

Edwin la observó durante un minuto.

—Sin embargo, si te prometió con el señor Faulkner-Jones es que esperaba que te casaras.

—¿Lo habría hecho por eso? ¿Porque no yo no iba a tener tiempo para hacerlo?

A pesar de su gran intelecto, Rayne era una ignorante en muchos aspectos del mundo. Empezaba a creer que su padre lo había hecho a propósito. Casi como si la estuviera moldeando para que fuera de la manera que él quería, en lugar de ser la persona que realmente era.

—A decir verdad, he oído hablar de muchas razones por las que los padres arreglan matrimonios para sus hijos, y debo decir que "porque no tendría tiempo para hacerlo" es una razón que nunca había escuchado antes.

Rayne suspiró mirando por la habitación. La fatiga que arrastraba del día anterior aún era evidente en su rostro, aunque no estaba tan agotada como había estado.

—Todavía tengo que ir a su cita. Le envié una nota diciéndole que tenía una emergencia médica y que no asistiría a la reunión. En cambio, le sugerí ir el lunes por la tarde.

—¿Piensas poner fin a tu compromiso?

Ella tardó tanto en responder que sus entrañas comenzaron a tensarse. Si ella no pensaba deshacerse de Faulkner-Jones, Edwin se iba a pasar un buen rato tratando de convencerla para que se casara con él. Eso era precisamente lo que pensaba hacer.

—Yo creo que sí. Sin embargo, primero debo hablar con mi padre para averiguar de qué se trata todo este asunto.

Aunque no estaba contento con esa respuesta, era mejor que le dijera que tenía la intención de seguir adelante. Si alguien podía acabar con el innato espíritu alegre de Rayne y su amor por la gente en general, ese era el arrogante señor Robert Faulkner-Jones.

¿Es esa la única razón por la que te opones a él?

No estaba siendo honesto consigo mismo. No solo no quería ver que tirara su vida por la borda casándose con un hombre tan altanero, sino que deseaba que Rayne fuera para él. Verla casarse con otro hombre lo podría destrozar. Y más que viviera con él, compartiera su lecho y diera a luz a sus hijos.

Justo cuando pensaba que comenzaba a emerger de la oscuridad que lo había rodeado y le robaba el alma, parecía que la luz que le significaba Rayne podría volver a desaparecer. Sin embargo, hasta que ella no comprendiera la desolación que sentía por dentro, y el papel que había desempeñado en la muerte de su querida hermana, no podía, con toda honestidad, animarla a casarse con él.

—Hay una cosa que debo decirte antes de que decidas sobre nuestro futuro.

Esta confesión sólo podría hacerse si podía caminar y dar vueltas. Tomó su bastón, se levantó y se apartó de ella cojeando.

—Deberías estar sentado —dijo Rayne con su voz de doctora.

Edwin la ignoró y siguió cojeando.

—Tenía una hermana menor, lady Lydia. Cinco años menor que yo. Una muchacha encantadora. Alegre, divertida y llena de vida. Cuando mi padre falleció y yo heredé el título de Sterling, pasé a ser su guardián y protector.

Resopló.

—Un poco protector. —Se frotó los ojos con los dedos índice y pulgar—. Iba a comenzar su temporada de fiestas cuando cumpliera los diecisiete años. Pero todavía estábamos de luto cuando llegó el momento, así que nos quedamos en nuestra finca de campo.

>Pensé que era una buena idea porque Lydia era bastante infantil para su edad. Era más inocente que otras chicas con las que tendría que competir durante la temporada de fiestas. Yo debí de haber sido más consciente de lo propensa que era a confiar fácilmente en la gente, pero así había sido como la habían criado. Mi padre la adoraba, era la única niña entre dos hijos varones, y la protegía de la mayoría de las influencias externas.

>Cuando llegó el momento de su debut, estaba emocionada y gastamos una gran cantidad de tiempo y dinero en tutorías, vestuario, una institutriz preceptora y todas las cosas habituales. —Se detuvo un instante y se pasó los dedos por el pelo—. Teníamos a mi prima, la señora Glencoe, como su dama de compañía desde que mi madre falleció poco después del nacimiento de Lydia.

—Veo que estás incómodo. Realmente preferiría que te sentaras.

Rayne palmeó el espacio vacío junto a ella en el sofá.

—Muy bien. —Dijo y se sentó a su lado, realmente agradecido ya que la pierna le estaba molestando con todos los movimientos que había estado haciendo, aunque detestaba admitirlo.

—Yo, sin embargo, no fui todo lo protector que debería haber sido. Confiaba en que la señora Glencoe vigilaría de cerca a Lydia, pero no hice nada para asegurarme de que eso era así. Resultó que Lydia se reunía con un joven caballero, cuyo nombre permanecerá

en el anonimato. —Respiró hondo—. Y tras unos pocos meses disfrutando de las fiestas de la temporada, vino a mí con el corazón roto.

Rayne le tomó una mano.

—¿Qué pasó?

—Había tenido mala cabeza y estaba embarazada.

Rayne contuvo el aliento.

—Oh, no. Qué terrible para ella. ¿Y no dio un paso adelante el joven caballero para cumplir con su deber?

Edwin negó con la cabeza.

—No. Al parecer, le contó a su padre sobre la condición de Lydia y el muy maldito lo envió a Jamaica para administrar las tierras que poseía allí su familia.

—Eso es terrible. ¿Por qué lo haría? Muchos matrimonios comienzan debido a ese tipo de circunstancias.

—Sí. Sin embargo, por alguna razón, el padre del caballero no aprobaba a Lydia ni a nuestra familia. En lugar de alinearse con nosotros, optó por obligar a su hijo a dejar a mi hermana.

—¿Qué pasó después?

—Envié a Lydia de vuelta a nuestra casa de campo y pensaba reunirme con ella en unas pocas semanas después de hablar discretamente con algunas personas para ver qué se podía hacer para evitar un escándalo que muy bien podría arruinarle la vida. —Vaciló antes de continuar—. Sin embargo, mi hermana decidió acabar con su propia vida.

—¡Oh, Edwin! Eso es terrible. Había escuchado que tu hermana menor había fallecido, pero me dijeron que había muerto de una enfermedad no diagnosticada.

Edwin asintió.

—Después de ser tan negligente a la hora de cumplir con mis deberes para con mi hermana, tuve que hacer lo que fuera necesario para mantener su buen nombre. Incluso tras la muerte.

El corazón de Rayne se rompió y se llenó de compasión hacia la joven que desperdició la oportunidad de tener una buena vida y terminó acabando con ella. También por su hermano, que había

sufrido por lo que entendía que era su responsabilidad en la tragedia.

—No fue por tu culpa, ¿lo sabes?

En lugar de la explosión que ella había se hubiera esperado por sus comentarios, Edwin sacudió la cabeza con tristeza y se miró los pies.

—¡Cómo puedes decir eso! Yo era el responsable de su bienestar y fallé.

—Fuiste responsable de ella hasta cierto punto. Ella tomó una decisión por su cuenta, y después agravó su error al no esperar a que vieras lo que se podía hacer.

Edwin dio un puñetazo contra su mano abierta.

—¡No! No es tan fácil. Mientras yo me divertía, esquivaba a las madres casamenteras y pasaba el tiempo en mis clubes, dejé su bienestar en manos de mi prima, que obviamente no era la mejor dama de compañía que se podía encontrar.

—Y la única manera que tuviste de saberlo fue cuando Lydia acudió a ti con sus problemas. —Rayne levantó la mano para que no dijera nada cuando vio que abría la boca para rebatirle lo que había dicho—. En primer lugar, el principal culpable fue el joven caballero que sabía lo que estaba haciendo, mientras que tu hermana, como era inocente, no era consciente. En segundo lugar, la dama de compañía fue negligente a la hora de cumplir con sus deberes. En tercer lugar, el padre del joven caballero hizo lo más tremendo que un hombre puede hacer, y permitió, mejor dicho, ordenó que su hijo no cumpliera con sus deberes y responsabilidades.

Rayne volvió a tocarlo.

—Por más que te cueste reconocerlo, tu hermana fue la culpable en última instancia. No porque permitiera que le ocurriera lo que le sucedió, pues era demasiado inocente como para saber cuándo detenerse antes de que fuera demasiado tarde, sino porque prefirió acabar con su vida en lugar de confiar en que la ibas a ayudar.

Rayne negó con la cabeza, asumiendo su dolor con todo su ser.

—Ya he tratado con casos de suicidio, y lo que la víctima rara vez considera es el dolor que provoca a los que quedan atrás. Pero, al ser muy joven, Lydia no tenía la experiencia como para saber que no importa lo mal que se pongan las cosas, finalmente mejoran. No vivió lo suficiente como para descubrir que la vida tiene sus altibajos.

Se hizo el silencio en la habitación. El tic-tac del reloj de la esquina coincidía con los latidos de su corazón mientras observaba a Edwin. Parecía devastado.

Edwin respiró hondo.

—Honestamente, nunca había considerado la responsabilidad que tuvo mi hermana en todo el asunto. Estaba demasiado concentrado en mi fracaso y en su juventud. Sí, era joven, y tal vez tonta, pero no confió en que yo la pudiera ayudar.

—Tengo la sensación de que todo esto ocurrió justo antes de que te mudaras a Bath y te convirtieras en un hedonista.

Edwin enderezó los hombros.

—Yo no lo llamaría hedonista...

Se detuvo al ver que ella levantaba las cejas.

—Tal vez *fui* un poco excesivo.

—Edwin, muchas personas recurren a la autodestrucción cuando sienten dolor. No eres diferente de otras personas que han hecho lo mismo. Lo que tienes que hacer es dejarlo todo atrás. No es que nunca vayas a olvidar por completo a tu hermana, o el papel que sientes que desempeñaste en su final. Pero con el tiempo, no sentirás el dolor que sientes ahora.

Edwin se sentó con las manos colgando entre las rodillas abiertas y agachó la cabeza. Rayne se inclinó para poder verle la cara.

—Es hora de perdonarte a ti mismo, Edwin. ¿Querría Lydia que vivieras de esta manera?

Sacudió la cabeza.

—No. Era una muchacha maravillosa. Amorosa, cariñosa y siempre preocupada por la felicidad de los demás. —Miró a Rayne—. Habría sido una madre maravillosa.

Walter apareció en la puerta de la oficina e interrumpió su conversación.

—Doctora Stevens, acaba de llegar mensaje para usted.

Le acercó una bandeja con un sobre.

—Gracias. —Tomó la carta e hizo un gesto de disgusto—. Es de mi padre.

Mi querida hija:

He recibido tu nota y te esperaré el lunes por la tarde a las tres. El señor Faulkner-Jones volverá, y como no deseo interrumpir su agenda innecesariamente, te ruego que llegues a tiempo.

Padre

Muy bien. Al parecer, su sugerencia señalando un día para visitarlo se había convertido en una orden para que compareciera debido a la agenda del señor Faulkner-Jones, sin tener en cuenta sus propias citas. Pero, su padre siempre había considerado que la vida de un hombre era mucho más importante que la de una mujer.

—Parece que mi padre ha accedido a que me reúna con él y el señor Faulkner-Jones para hablar de nuestra... boda.

—No.

Rayne suspiró.

—No se puede ignorar una cita con un padre. Me temo que tengo que asistir.

Edwin le colocó las manos sobre los hombros y giró su cuerpo para que lo mirara.

—Tal vez no puedas aceptar mi oferta de matrimonio porque todavía estás ligada al señor Faulkner-Jones, sin embargo, ese compromiso no fue algo a lo que accediste por tu cuenta, sino que te lo impusieron. Eso no lo hace legal, Rayne. Eres una mujer adulta y no tienes por qué aceptar algo que tu padre hizo cuando apenas eras una niña.

—Estoy confundida, y todavía cansada, y realmente no quiero hablar de esto ahora. También tengo que ver a los pacientes para asegurarme de que todos estén bien atendidos antes de ir a ver a mi padre el lunes.

—Hoy renunciarás a tu hermosa bicicleta y usarás mi carruaje. No creo que sea una buena idea tener que pedalear cuando estás tan cansada.

Ella sonrió agradecida corazón por la amabilidad de Edwin.

—Gracias.

—Le daré instrucciones a mi cochero para que me deje ahora en casa y que traiga de vuelta el carruaje cuando terminen tus visitas. También tendrás el carruaje a tu disposición el lunes para que vayas a tu visita tal como tenías planeado.

Ella sonrió. Parece que voy a usar tu carruaje más que tú durante los próximos dos días.

—No me importa. —Le dio un golpecito en la punta de la nariz —. Estoy bajo las órdenes de mi doctora y ella me obliga a descansar. No tengo necesidad de usar el carruaje.

Parecía mucho más relajado desde que le había contado la desgracia de su hermana. La confesión había sido buena para su alma.

—Sin embargo, antes de que te vayas, quiero que recuerdes esto cuando estés hablando con tu padre y el señor Faulkner-Jones.

—¿Qué es eso?

Edwin la acercó más, le tomó la cara con las manos y la miró fijamente a los ojos.

—Te llamaré en cuanto termine tu encuentro con tu padre. Por favor, envíame una nota con el cochero cuando regreses.

Estar tan cerca de él, sentir el calor de su cuerpo, el ligero olor a menta de su boca y el tentador aroma de su jabón de baño hicieron que sintiera cosas extrañas en todo el cuerpo. Antes de poder contar todos los lugares de su cuerpo que estaban reaccionando a tenerlo tan cerca, Edwin bajó la cabeza y se apoderó de sus labios dándole un beso abrasador. No fue algo breve e inocente, sino una unión profunda y apasionada de sus bocas que hablaba de posesión, lujuria y promesas.

Promesas que tal vez ella no pudiera aceptar.

Capítulo 13

Rayne bajó del cómodo carruaje de Edwin, que tenía muy buena suspensión, y se quedó mirando la casa de su padre. No era el hogar donde había crecido, ya que su padre y sus hermanas siempre vivieron en la clínica de la ciudad, al igual que ella ahora. Una vez que su padre se jubiló compró esa casa y, por lo que Rayne sabía, rara vez salía de ella.

Era una casa de piedra con techo de paja y rosas alrededor de la puerta, que tenía el tamaño justo para un caballero jubilado. Acogedora y luminosa tanto por dentro como por fuera, tenía una preciosa mecedora de madera junto a la puerta principal.

La señora Johnson vivía en una pequeña habitación del piso de arriba. Su padre también empleaba a dos muchachas que venían todos los días a limpiar, a lavar la ropa y a realizar diferentes tareas domésticas. Llevaba una vida placentera.

Se dio cuenta de que estaba tardando y se obligó a avanzar hasta la puerta principal. No tenía demasiadas ganas de mantener esa conversación porque había tomado la decisión de que no quería casarse con el señor Faulkner-Jones. Aunque no se hubiera besado con Edwin, y nunca surgiera nada de su amistad, todavía no querría casarse con su prometido. Ella no lo había elegido y apenas lo conocía. Él parecía estar bastante enamorado de sí mismo, y ella no quería un marido que entrara y saliera de su vida cuando mejor le convenía.

Se recordó que podía hacerlo porque era una mujer adulta, una doctora respetada propietaria de un consultorio. Sin embargo, evidentemente, casi nunca había ido en contra de los deseos de su padre en toda su vida. Bueno, a decir verdad, no recordaba *ninguna* ocasión en la que hubiera ido en contra de sus deseos.

Sus dos hermanas se habían casado jóvenes y contaban que habían "escapado" de su tiranía. No había lugar a dudas de que su padre había elegido a Rayne como su favorita, muy por encima de sus hermanas, a medida que las tres crecían. A veces se sentía bien

por recibir toda su atención, aunque otras veces encontraba que su interés por ella era sofocante.

Golpeó la aldaba de la puerta y una muchacha joven, vestida con uniforme de sirvienta, abrió.

—Buenas tardes, doctora Stevens. Soy Bessie. Es un placer conocerla.

—Buenos días, Bessie. Es un placer conocerte a ti también.

Rayne se acercó a la puerta y se sacó los guantes. Se los entregó a Bessie, junto con el abrigo y el sombrero, y después, alisándose el vestido, se dirigió al salón, donde sabía que estaba su padre cuando no dormía.

—Buenas tardes, padre.

Se dirigió hasta la cómoda silla que tenía frente a la chimenea donde estaba sentado. Le dio un beso en la mejilla, cuya piel era tan fina como si fuera papel, y pensó en lo mucho que había envejecido desde su jubilación.

No se esperaba que su padre fuera a envejecer. Para ella, siempre fue un médico sabio, que sabía lo que era lo mejor para sus pacientes. Y para sus hijas. Era alto, aunque ya no lo era tanto. Su cabello rojo intenso se había vuelto gris, y con el paso de los años ya lo tenía completamente blanco. Pero sus penetrantes ojos azules no se habían apagado con la edad.

—Ya era hora de que aparecieras. No me gusta esperar, jovencita. Ya lo sabes. —exclamó mientras ella lo besaba.

—Son las tres en punto.

Miró el reloj que llevaba prendido al corpiño de su blusa.

—Me refiero a esperar a que tengas tiempo para ver tu padre. Te esperaba hace unos días.

Golpeó el suelo con el bastón que siempre tenía a su lado. Nunca le iba a decir por qué necesitaba el bastón, ya que no parecía usarlo para caminar.

Ante sus palabras y su tono, inmediatamente se convirtió en la chica sumisa que hacía todo lo posible para complacer a su padre.

—Lo siento, padre, pero una de mis pacientes tuvo un parto prematuro. Resultó que tenía que dar a luz a gemelos. —Entonces sonrió alegremente—. Dos niñas encantadoras y sanas.

El hombre pegó un gruñido.

—Maldito inconveniente.

Después de unos momentos, ella dijo:

—¿Quiere que pida que preparen el té?

Hizo ademán de levantarse, pero su padre le hizo un gesto para que volviera a su asiento.

—Acabo de almorzar. No hay necesidad de tomar el té.

Menos mal que Rayne se había comido el almuerzo que había traído en el carruaje, ya que, como de costumbre, sabía que a su padre solo le preocupaban sus propias necesidades. Pero enseguida apartó de su cabeza ese pensamiento traidor. Su padre había hecho tanto por ella que no tenía derecho a cuestionarlo. Era una doctora bien formada y respetada gracias a que su padre había creído en ella y la había impulsado a dar lo mejor de sí misma.

—Creía que el señor Faulkner-Jones iba a estar aquí.

Miró a su alrededor como si esperara que el hombre fuera a salir de detrás del sofá.

—Llegará muy pronto. Quiero quitarme de en medio todo este asunto del matrimonio. Faulkner-Jones necesita volver a su excavación, y no puede estar perdiendo el tiempo mientras te espera.

Rayne se mordió el interior de la mejilla para no tener que responder. Después de tranquilizarse respirando hondo, dijo.

—A propósito de eso, padre. No creo que quiera casarme con el señor Faulkner-Jones.

Su padre volvió a agitar una mano en señal de desdén.

—Por supuesto que sí. Lleva organizado desde hace mucho tiempo y es lo mejor para ti.

Su corazón latía con fuerza y se retorcía las manos que tenía apoyadas en su regazo.

—No, padre. No creo que sea lo mejor para mí. No conozco al señor Faulkner-Jones en absoluto, y la única vez que me visitó en Bath no me pareció para nada alguien que me pareciera adecuado para mí.

El hombre se sonrojó y la señaló con el dedo.

—Jovencita, he tenido que decirte desde que eras una niña qué es lo mejor para ti. Fue bastante decepcionante cuando naciste, y que tu madre me trajera a otra niña. Sacudió la cabeza disgustado, como si su esposa para molestarlo trajera al mundo a propósito solo a niñas.

Rayne se contuvo para no poner los ojos en blanco, ya que había escuchado la historia muchas veces antes. Su padre se había quedado profundamente decepcionado al tener a una tercera niña. La historia era la misma, y la decepción la misma. Rayne a menudo se preguntaba si su madre se habría muerto poco después de que ella naciera para evitar las constantes críticas de su padre.

—Lo sé, padre. Le agradezco lo mucho que ha hecho por mí. Estoy contenta con mi vida y mi trabajo. Sin embargo, si tengo que casarme, prefiero elegir a mi propio marido.

Su padre entrecerró los ojos y ella se puso nerviosa.

—¿Es por ese degenerado en el que estoy pensando? ¿Es él quien te llama la atención?

Rayne se incorporó.

—No estoy segura de saber de lo que está hablando.

Golpeó el suelo una vez más.

—Sí. Lo sabes. Y no intentes hacerte la inocente conmigo. El señor Faulkner-Jones ya me ha visitado y me ha contado que lord Sterling te estaba abrazando cuando te visitó.

La tenía fulminada con la mirada.

—No soy ningún tonto, hija. Hice investigar a lord Sterling y no me dieron buenas noticias. —Se recostó en la silla y su color volvió a la normalidad—. No es un hombre con el que debas relacionarte. Te traerá problemas. Su joven hermana murió en circunstancias sospechosas.

—¿No estará sugiriendo que lord Sterling tuvo algo que ver con la muerte de su hermana?

—¿Por qué no debería sospecharlo? Poco después de su muerte, lord Sterling cerró su casa de Londres y se trasladó a Bath, donde se dedicó a beberse toda la ciudad hasta dejarla seca. Es un juerguista, un libertino y un vividor, y no merece la atención de ninguna mujer. Sobre todo de mi hija.

Rayne se removió en su asiento. Estar en desacuerdo con su padre simplemente era algo que nunca hacía. Él siempre había sido un ejemplo a seguir para ella, y la idea de ir en contra de sus deseos y anhelos no era algo que hubiera hecho antes. Pero no lo podía permitir.

—Padre, lord Sterling es un hombre honorable, se lo aseguro. Dejó de beber cuando se convirtió en mi paciente. Cuando estuvo lo suficientemente sano, se dedicó a ayudarme con la clínica. También se hizo cargo de mi contabilidad, por lo de nuevo me está entrando dinero.

Su padre se inclinó hacia delante mientras la miraba fijamente.

—Puedes contratar a alguien para que haga todo eso por ti. Y, la verdad es que ningún aristócrata trabajaría en una clínica por la bondad de su corazón. Está buscando algo, y como padre tuyo que soy, estoy seguro de que sé lo que es ese *algo* .

Esperaba que su padre comprendiera que el rubor que le había subido desde la cintura hasta la cara se debía a la rabia y no a la culpa. Aunque, a su edad, que se hubiera dado un par de besos no era nada del otro mundo.

—Se equivoca, padre. Lord Sterling siempre sido un caballero.

El hombre resopló.

—Doctor Stevens, ha llegado el señor Faulkner-Jones.

Bessie entró en el salón con el señor Faulkner-Jones pisándole los talones.

—Me alegro de verte —dijo su padre—. Por favor, siéntate y nos encargaremos del asunto.

El señor Faulkner-Jones se sentó junto a ella en el sofá, y ella se apartó para dejar espacio libre entre ellos. Desde que había decidido que no quería casarse con él, lo encontraba casi repulsivo.

—Buenas tardes, cariño —le dijo él mientras le tomaba la mano.

Ella le sonrió y enseguida se puso seria. Tuvo que contenerse las ganas que le dieron de limpiarse la palma de la mano en la falda.

—Buenas tardes, señor Faulkner-Jones.

Inmediatamente volvió su atención a su padre.

—Estoy pensando en una fecha de boda para dentro de dos semanas, ya que debo volver con mi equipo. —Su prometido se echó

hacia atrás y apoyó el pie en su rodilla doblada—. Eso me dará tiempo para tener unos días de luna de miel.

—Sí. Sí. —Su padre asintió con una gran sonrisa—. Puedo organizar que se haga en la iglesia de este pueblo. Si estamos hablando solo de dos semanas, va a hacer falta una licencia especial. ¿Podrías conseguir una?

La cabeza de Rayne se movía de un lado a otro entre el señor Faulkner-Jones y su padre, como si estuviera viendo un partido de tenis sobre hierba.

—Un momento, por favor.

Los dos hombres la miraron como si hubieran olvidado que ella también estaba en la habitación.

—No quiero...

El padre se aclaró la garganta y la fulminó con la mirada.

—Que la boda sea tan pronto —terminó ella con voz débil.

Todavía tenía que convencer a su padre de que ella y el señor Faulkner-Jones no eran compatibles, y que no era alguien con quien quisiera casarse. ¿Y el lecho conyugal? Se estremeció solo de pensarlo.

Tal vez si pudiera prolongarlo un poco más, podría pensar en algo que la sacara de todo el lío.

—Necesitaría más tiempo para prepararme. Tengo muchos pacientes que atender, y seguro que entenderán que tengo que encontrar un vestido adecuado, y...

—Tres semanas a lo sumo —interrumpió el señor Faulkner-Jones —. Sin embargo, nos quedaremos sin luna de miel.

Si hubiese sido por ella habría eliminado la boda y la luna de miel. O tal vez incluso al propio prometido.

—Está bien —soltó ella.

Eso le daría tres semanas para encontrar una manera de escapar a esa situación.

—Cariño, creo que lo mejor para nosotros sería encontrarnos pronto para hablar de nuestras expectativas. —El señor Faulkner-Jones parecía serio.

—¿Expectativas?

Sintió que se volvía a ruborizar, pero esta vez no por un sentimiento de culpa, sino por las ganas que le dieron de darle un golpe en la cabeza al señor Faulkner-Jones con un objeto pesado.

—Sí. Yo tengo mi trabajo y tú tienes el tuyo. No estaré mucho tiempo en Inglaterra, así que debo asegurarme de que se hagan cargo de ti durante mis ausencias.

Rayne levantó las cejas ante su gran impertinencia.

—He estado "haciéndome cargo" de mi misma desde que mi padre se jubiló y me dejó su consultorio. No necesito que alguien a kilómetros de distancia vigile cada uno de mis movimientos.

El silencio se apoderó de los tres como una losa.

—Ten cuidado, muchacha.

Le dijo el padre murmullando y ella respondió a media voz de inmediato:

—Le pido disculpas.

Su padre sonrió.

—Eso es ser una buena chica.

Sí. Eso era todo lo que había sido. Una "buena chica". Siempre hacía lo que su padre quería y cumplía con sus expectativas, ya que ella había sido una gran decepción para él al nacer.

Y lo había estado compensando desde que tuvo la edad suficiente como para tener uso de razón. Había pasado por alto a sus dos hermanas en su búsqueda de que alguien siguiera sus pasos en la medicina. Tanto Natalie como Mary Beth se las habían arreglado para casarse jóvenes, con hombres de su elección, y se habían alejado de su padre tanto como pudieron, y nadie las criticó por dejarlo solo.

Sin embargo, Rayne era de la opinión de que su padre rara vez se acordaba que tenía otras dos hijas. Ambas le hacían sus visitas obligatorias en Navidad y en su cumpleaños, y después volvían a su vida feliz y pacífica. Con sus esposos cariñosos y con sus hijos.

Algo que era poco probable que lograra si su padre se salía con la suya y se casaba con el señor Faulkner-Jones. No tendría un esposo cariñoso, ni un hogar cálido y cómodo, ni tampoco hijos que criar y educar. Sería una mujer casada con todos los inconvenientes y ninguno de los beneficios.

Enseguida su padre y el señor Faulkner-Jones se enzarzaron en una conversación sobre el trabajo de su prometido, y pronto se comportaron como si ella ya no estuviera presente. Echó un vistazo a su reloj y se aclaró la garganta para llamar su atención.

Su padre la miró.

—¿Sí?

—Creo que es hora de que me vaya. Hay varios pacientes a los que tengo que visita.

Lentamente se puso en pie.

El señor Faulkner-Jones se levantó de un salto y volvió a tomarle la mano.

—Cariño, te llamaré el miércoles por la tarde a las seis. Haré una reserva para salir a cenar. Podemos hablar de cualquier asunto que te preocupe en ese momento.

Su prometido le sonrió como su esperara que le diera una palmadita en la cabeza. Después se volvió hacia su padre y continuaron con su conversación.

¡La estaban descartando!

Rayne vaciló, completamente ignorada por los dos hombres.

—¿Padre?

Parecía molesto mientras levantaba el dedo hacia el señor Faulkner-Jones, en señal de que debía detenerse un momento.

—¿Sí?

Respiró hondo. Esta visita no había salido como ella había querido, y no le podía negar la oportunidad de hablar más de este asunto con él.

—Quiero volver a verlo en los próximos días. Hay cosas de las que quiero hablar... —miró al señor Faulkner-Jones y, después, volvió a su padre—, que todavía no hemos decidido.

Su padre se reclinó en su silla y la miró. Golpeó con la yema del dedo el brazo de la silla donde estaba sentado. Era obvio que no estaba contento, pero ella necesitaba convencerlo de que no quería casarse con ese hombre. Había pasado casi toda su vida haciendo lo que él deseaba que hiciera, pero ahora prefería mantenerse firme en su decisión de que ella y el señor Faulkner-Jones no encajaban.

No encajaban, a ella él no le importaba, y dudaba de que él siquiera supiera su nombre de pila, o que le interesara algo, y tenía que hacer entender a su padre que ya no era una niña que hacía todo lo que él le ordenaba.

Y también estaba Edwin.

Sin duda, si que se imaginaba casada con él. Se imaginaba compartiendo su cama y teniendo a sus hijos. Pensaba que podían tener una vida llena de diversión y de risas, así como el hogar acogedor que siempre había deseado antes de que su pasión por la medicina se convirtiera en su único objetivo en la vida. No había ninguna razón por la que no pudiera compatibilizar ambas cosas.

Absorta en sus pensamientos, abandonó la presencia de su padre, cogió sus cosas, que le entregó Bessie, y bajó los escalones para dirigirse el carruaje de lord Sterling. Cuando se acomodó en él, y el carruaje comenzó el camino de regreso a casa, solo pensaba en una cosa.

Si no conseguía persuadir a su padre de que comprendiera que no quería casarse con el señor Faulkner-Jones, ¿estaba dispuesta a desafiarlo por primera vez en su vida?

Capítulo 14

La noche anterior, Edwin se había llevado una gran decepción al ver que en su carruaje solo venía el cochero. Esperaba tontamente que viniera Rayne, lista para hablar y, tal vez, incluso, para decirle que había roto su compromiso y que pensaba considerar su oferta de matrimonio.

No era de los que dejaban estar las cosas cuando quería algo, de modo que una vez que terminó de desayunar pidió su carruaje e hizo que el cochero se dirigiera a la clínica. No le gustaba estar tan nervioso teniendo relegar al fondo de su mente sus pensamientos inquietantes mientras se abrían paso por la ciudad a través del tráfico.

Cuanto más lo pensaba, más seguro estaba de que quería que Rayne fuera su esposa. ¿La merecía? No. ¿Marcaba eso una diferencia en su plan para conquistarla? No. No había ni un ápice de diferencia.

Desde la muerte de Lydia se había comportado como un canalla y había hecho todo lo que estaba en su mano para destruir su vida. Cuando abrió los ojos en la clínica y vio a Rayne por primera vez, algo se removió dentro de él, por mucho que no quisiera reconocerlo en ese momento.

Y esos sentimientos fueron creciendo a medida que aumentaba el tiempo que pasaban juntos. Ni siquiera echaba de menos su brandy, sus amigos y el estilo de vida libertino que había estado llevando. Era hora de seguir adelante, y haría todo lo posible para asegurarse de que la doctora Rayne Stevens estuviera a su lado durante el viaje.

Hizo un gesto con la cabeza a Walter, que le abrió la puerta.

—¿Está por aquí la doctora Stevens?

—Sí, señor. Está en su despacho.

Edwin asintió y se dirigió cojeando a la oficina. Aunque su pierna parecía estar mejor cada día, mientras estuviera enyesada, necesitaba usar el bastón para mantener el equilibrio.

—Buenos días.

La observó atentamente mientras se dirigía al escritorio.

—Buenos días —contestó ella, y después cruzó las manos sobre el escritorio y lo miró fijamente—. Hoy llegas temprano.

—Sí. Podría engañarte y decirte que es para poder empezar temprano a revisar tus facturas de la semana, pero sería mentira. —Se removió en su asiento—. ¿Cómo fue el encuentro con tu padre y el señor Faulkner-Jones?

Rayne se reclinó y dio un golpe en el escritorio con la punta de un lápiz.

—No demasiado bien, me temo.

Trató de decirse a sí mismo que el vuelco que sintió en el estómago era innecesario ya que ella no parecía contenta con el resultado, lo que significaba ...

—¿Qué significa eso?

—Mi padre se negó a escuchar mis razones para no querer casarme con el señor Faulkner-Jones.

Edwin se inclinó hacia adelante.

—No lo entiendo. Eres una mujer adulta. Una doctora que dirige su propio negocio. ¿Por qué ibas a permitir que tu padre te intimide para hacer algo tan importante? —Un pensamiento repentino casi hizo que se cayera de rodillas y se tuviera que lamer los labios, que súbitamente se le habían quedado secos—. ¿A menos que hayas decidido que quieres casarte con este hombre?

—No. —Suspiró—. No sé qué decir. —Se giró para mirar la llovizna por la ventana, que lo volvía todo aún más sombrío—. El señor Faulkner-Jones quería que la boda fuera en dos semanas. Pero me las arreglé para posponerla una semana más.

—¿Por qué posponerla, Rayne? ¿Por qué no dar un paso al frente y decir "no"?

Rayne se volvió hacia Edwin, que se quedó atónito al ver que tenía lágrimas en los ojos.

—No lo entiendes. Mi padre ha sido una gran influencia en mi vida desde siempre. Yo era su tercera hija, y cuando nací se quedó muy decepcionado y disgustado de que mi madre tuviera la osadía de presentarle a otra niña.

>No diría exactamente que me trató como a un hijo, no usaba pantalones ni llevaba el pelo corto, pero sí me trataba de manera diferente que a mis hermanas. A ellas les permitía comprar cintas elegantes y vestidos nuevos, que hicieran acuarelas y bordados, y otras actividades femeninas, pero a mí me dijo que mi cerebro era mucho más importante que mi cuerpo, y que debía concentrarme en mis estudios si quería ser admitida en una universidad para formarme en medicina.

—¿Y tu madre lo permitió?

Estaba desconcertado por la manipulación de su padre. Pero aún más sorprendente era que ella no se hubiera rebelado.

Rayne le dedicó una sonrisa triste.

—Mi madre falleció poco después de que yo naciera.

Eso respondía a la pregunta de cómo su padre se había salido con la suya después de lo que le había hecho a Rayne.

—Incluso me llamó Rayne porque dijo que ese nombre podía considerarse de niña o de niño, y que me ayudaría a engañar a los que revisaban las solicitudes, que nunca admitirían a una mujer en la carrera de medicina.

A pesar de que no lo conocía, Edwin ya detestaba al anciano doctor Stevens. Una cosa era animar a un niño a abrazar la profesión de un padre, pero el fervor que había demostrado, y la planificación que aparentemente había diseñado desde su nacimiento, rayaba en lo obsesivo y casi en el fanatismo.

—¿Me da la impresión de que lo que me estás diciendo es que nunca te has enfrentado a tu padre?

—Exacto. Nunca he hecho nada que me hubiera prohibido hacer, ni he dejado de hacer algo que me hubiera ordenado.

—Oh, Rayne. ¡Eres su marioneta! Esto es increíble.

Edwin sacudió la cabeza sintiéndose totalmente impotente mientras observaba las lágrimas que se deslizaban por las mejillas de Rayne.

Ella inspiró estremecida.

—Ya ves por qué no es tan fácil simplemente decirle "no" a mi padre.

—Lo entiendo. Sin embargo, algún día debes tomar una posición. Tengo muchas ganas de casarme contigo. He pasado de pensar que podría ser una buena idea a darme cuenta de que no quiero pasar el resto de mi vida sin ti. Después de lo que me has dicho, creo que me necesitas a mí tanto como yo te necesito a ti.

Sus pocas lágrimas se convirtieron en un llanto constante, que competía con las gotas de lluvia que se deslizaban por la ventana. Edwin se levantó, se acercó a Rayne y la levantó dándole un gran abrazo.

Como de costumbre, sacó un pañuelo limpio de su bolsillo y se lo entregó. Ella se secó la nariz y se echó hacia atrás para sonreírle.

—¿Cómo puedo ser una doctora tan decidida y después desmoronarme por completo cuando mi padre entra en mi vida?

Edwin le apartó de la frente sus rizos caídos.

—Los padres tienen una tremenda influencia en los hijos. He conocido a hombres que tuvieron padres horribles y abusivos que también se convirtieron en personas horribles y abusivas. Pero otros tomaron el camino opuesto cuando conocieron a una mujer que se les abriera el corazón.

Ella sonrió, y le pareció que era como una niña pequeña con las pestaña llenas de lágrimas.

—¿Me estás sugiriendo que yo te he abierto el corazón?

—Cariño, no tienes idea de lo que le has hecho a mi corazón. Así como a mi alma. Inclinó la cabeza y la besó con todos los sentimientos reprimidos que había estado conteniendo. Ahora que estaba decidido a hacerla suya, sin importar lo que tuviera que hacer para lograrlo, la quería para él solo.

Sus labios eran dulces, carnosos y húmedos, y estaban salados por las lágrimas. El aroma de su cabello lo volvía loco, y le hacía desear buscar la cama más cercana para hacerle todas las cosas en las que había estado pensando y soñando durante semanas.

La estrechó aún más contra él, y sintió que su corazón latía con fuerza pegado al suyo. Eran dos corazones latiendo al mismo compás. Después, se apartó un poco y fue esparciéndole besos a lo largo de su mandíbula hasta llegar a la piel increíblemente suave que tenía por debajo de su oreja.

Un leve gemido que surgió de los labios de Rayne lo llevó de vuelta a su boca, donde continuó indagando mientras sus manos subían y bajaban por sus costados, recorriendo sus curvas.

La respiración de Rayne se entrecortó cuando la boca de Edwin cubrió la suya. *Esto*. Esto era lo que quería, lo que esperaba tener de niña. ¿Lo amaba? Lo más probable es que no, pero sentía una fuerte atracción hacia él, y cada día lo admiraba más. Pensaba que Edwin se preocupaba sinceramente por ella y, a pesar de sus actividades anteriores, ya no era la misma persona que habían abandonado en la puerta de su casa y, además, estaba de camino de recuperar al hombre que había sido.

Edwin la acercó aún más a él, de modo que sus pechos quedaron presionados contra su duro tórax. A pesar de haber mantenido un estilo de vida disipado, conservaba parte de su musculatura. Entonces le dio un golpecillo en los labios y ella los abrió, sin saber qué pretendía hacer.

Sus rodillas cedieron cuando le metió la lengua en la boca, tocando, probando y jugando con la suya. La tenía sujeta con mucha fuerza por la cintura, lo cual fue algo bueno porque se le habían ablandado las rodillas.

—¿Qué hacéis?

Edwin y Rayne se separaron de un salto cuando la voz de Glory irrumpió en el despacho. Rayne agarró a Edwin de un brazo y se aferró a él por miedo a terminar desplomada a sus pies. Le costaba respirar y, oh, incluso había olvidado dónde estaba. Miró fijamente a la niña, demasiado confundida y desconcertada para responder.

—Estábamos probando un nuevo medicamento. ¿Quieres ir a ver a la señora Foster a la cocina? Me huele como si acabara de sacar unas galletas del horno —dijo Edwin tan tranquilo como un felino durmiendo al sol.

Los ojos de la niña se iluminaron.

—¡Me gustar con forma de pato! Glacias, amico.

Antes de que pudieran responder, la pilluela se dio la vuelta y salió corriendo llamando a la señora Foster.

Rayne no podía creer lo rápido que Edwin se había recuperado después del beso. En este momento ella no hubiera podido formar

una frase completa, aunque la amenazaran de muerte. ¿Los besos no le afectaban a él de la misma manera que a ella? Probablemente habría besado a tantas señoritas que ella era otra mujer más, otro beso más. Lo miró de reojo mientras él observaba a Glory que salía de la habitación y decidió que se equivocaba.

Se había sonrojado y respiraba con dificultad. Sí que le había afectado. Rayne sonrió. Bien.

—Tenemos que hacer algo con la manera de hablar de la niña —dijo Edwin mientras Glory desaparecía por la puerta.

Agradecida por la interrupción de la joven para poder recuperar algo de dignidad, se alegró de poder mantener una conversación diferente.

—Ese es otro tema que hay que tratar. Tenemos que hacer algún tipo de arreglo permanente para la niña. La señora Foster ha sido maravillosa por tenerla ocupada ayudando en la cocina, e incluso ha intentado enseñarle a leer, pero Glory necesita más que eso. Necesita un hogar. Una familia.

—Sí. —Edwin se ajustó la corbata y aparentemente también se sintió aliviado de tener otro tema del que hablar—. ¿Tienes alguna idea?

—Me encantaría que se quede aquí conmigo, pero cuando era una niña que se estaba criando en la clínica, teníamos una ama de llaves encantadora que hacía que todo pareciera un hogar normal. Pero si me dieran a elegir, no criaría a mis hijos aquí.

—¿Y si te casas?

Rayne resopló y se cruzó de brazos.

—Bueno, si me casara con el señor Faulkner-Jones, no tendría vida matrimonial. No tendría marido, ni hijos. Tiene la intención de irse justo después de la boda a algún lugar remoto, y yo mientras tanto regresaré a mis deberes. Dice que volvería de vez en cuando para ver cómo me encuentro.

Edwin la miró fijamente durante casi un minuto entero, con la boca abierta. Después negó con la cabeza.

—Lo cierto es que los hombres de tu vida no te han dado demasiado calor y cariño, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros.

—Sinceramente, nunca lo he pensado demasiado. Siempre mi objetivo ha sido estudiar, estudiar y estudiar, y después trabajar.

—¿No has tenido diversiones, ni celebraciones, ni bailes, ni fiestas?

—Me haces sentir como si fuera una desgraciada que tuvo una infancia terrible. Pero hice otras cosas. Jugaba con mis hermanas, teníamos juegos y muñecas. Incluso hacíamos fiestas de tomar el té. Pero cuando nos hicimos mayores, sus intereses cambiaron, a diferencia de los míos.

—En lo que respecta a Glory, le escribí a una de mis hermanas para ver si podía acogerla.

—¿Lo haría?

—Yo creo que sí. Mary Beth lleva casada más de diez años y solo tiene un niño de ocho años. Thomas es la luz de su vida, pero siempre ha querido tener al menos un hijo más. Creo que aprovecharía la oportunidad de poder criar a Glory.

—Parece una solución perfecta. ¿Dónde vive?

Su marido es dueño de una propiedad dedicada a los caballos en Staffordshire. Compra, entrena y vende caballos. Es barón y tiene cierto prestigio en la zona. Mary Beth es una madre maravillosa, y creo que tiene un tutor que viene a casa a educar a Thomas.

—¿Crees que a Glory le costará irse de aquí?

—No. Para nada. No olvidemos que la pobre niña llegó a nosotros desde la calle. Mientras le asegure que mi hermana la atenderá y la cuidará bien, estoy segura de que estará feliz de poder ir con ella.

—Doctora Stevens, hay un hombre en la puerta con una mujer a la que le han disparado. No quieren llevarla hasta el hospital.

—Oh, sí, que la traiga.

Dos hombres llevaban a una mujer mayor, y por la ropa holgada que usaba era evidente que había sido más gorda en algún momento. La sangre goteaba por el suelo dejando un rastro desde la puerta hasta la camilla en la que Rayne hizo que la colocaran.

Rayne se inclinó sobre la mujer y habló por encima del hombro al hombre que la había traído.

—¿Presenció el tiroteo?

—Sí, señora. —El otro hombre dio un paso adelante—. La mujer iba por la calle Avon cuando un carruaje se detuvo a su lado. Un hombre se bajó y le apuntó con un arma. Ella gritó pidiendo ayuda y corrió, pero antes de que nadie pudiera hacer nada, el hombre le disparó por la espalda, después se subió de nuevo al carruaje y se alejó a toda velocidad.

—Qué terrible, pobre mujer —dijo Rayne y miró por encima del hombro al hombre—. ¿Puede ayudarme a darle la vuelta?

Edwin también se había movido a su lado, así que entre los dos hombres y Rayne, consiguieron que la paciente se pusiera boca abajo.

Quienquiera que disparara a la mujer lo había hecho a quemarropa, ya que la herida era más grande de lo que Rayne se esperaba.

—Señorita Kincaid, por favor tráigame el material para limpiar la herida y después coserla.

Sin dudarlo, la auxiliar de clínica se movió por la clínica, colocó paños, utensilios de costura, pinzas, vendas y ungüentos en un recipiente limpio, y después se lo llevó todo a Rayne. Enseguida se acercó a la estantería que había sobre el fregadero, bajó otra olla y se dirigió a la cocina, sin duda para llenarla con el agua hirviendo que la señora Foster siempre tenía a mano para el té y las emergencias.

Los dos hombres se alejaron un poco, obviamente incómodos después de haber cumplido con su deber cristiano de haber llevado a la mujer ante un médico. Rayne rápidamente se apartó de la mujer.

—Muchas gracias por traerla.

Ambos asintieron y rápidamente se despidieron.

Una vez que la señorita Kincaid regresó a la clínica, dijo:

—Tenemos que quitarle el vestido.

Afortunadamente, el vestido estaba abotonado por la espalda, por lo que pudieron quitárselo bajándoselo por las caderas, junto a la camisa y el corsé.

Era una herida fea y Rayne temía que pudiera afectar a las piernas de la mujer, ya que estaba en la parte inferior de la columna

vertebral. Al revisarla vio que la bala todavía estaba en la espalda. Entonces hizo todo lo posible por quitar la bala, detener la hemorragia, limpiar la herida de los restos de ropa y después coserla. Todavía estaba por verse si esto iba afectar la capacidad de la mujer para caminar.

Una vez que terminó con su examen, la mujer gimió y abrió los ojos. Miró a su alrededor, y el dolor que sufría era evidente en su rostro.

—¿Dónde estoy?

Rayne se puso en cuclillas para poder mirar a los ojos de la mujer.

—Soy la doctora Stevens y usted está en mi clínica. La trajeron con una herida de bala en la espalda. ¿Recuerda que le dispararon?

—Sí. —Cerró los ojos y una lágrima solitaria corrió por su mejilla —. Lo recuerdo y sé quién lo hizo.

—¿Quiere que llamemos a la policía?

La mujer tardó un minuto en responder, casi como si estuviera luchando para encontrar una respuesta y no supiera qué hacer.

Rayne se echó para atrás apoyándose en los talones y miró a Edwin, que también observaba a la paciente. Aunque era bastante extraño no querer que las autoridades se involucraran, Rayne no insistió. Tal vez en uno o dos días cambiara de opinión.

—¿Cómo se llama? ¿Tiene familia con la que debería ponerme en contacto?

La mujer comenzó a negar con la cabeza y después se detuvo. Lo más probable es que cualquier movimiento le provocara dolor.

—No tengo familia. —Vaciló un momento y después dijo—: Me llamo señora O'Leary.

Señora O'Leary. ¿Por qué le sonaba tanto ese nombre?

Capítulo 15

Edwin y Rayne se miraron y, al mismo tiempo, exclamaron:

—¡Lizbeth!

—Señora O'Leary, ¿es usted la dueña de una residencia?

Si realmente era la mujer que vendió a un gran número de mujeres de su residencia a burdeles, incluida su amiga, Lizbeth Mallory, a Rayne le iba ser difícil cumplir con su deber como doctora.

—No. Fui propietaria de una residencia, pero me vi obligada a venderla.

El dolor que se percibía en la voz de la mujer le recordó que era una paciente. Y como doctora, que había jurado curar a los que sufrían sin importar quiénes fueran, tenía que centrarse en ayudarla.

—Le voy a poner un paño sobre la cara. Contiene cloroformo que la hará dormir. Cuando despierte, el procedimiento habrá terminado.

—Hágalo sin más. Me duele mucho.

Su tono brusco podría deberse a su sufrimiento, pero teniendo en cuenta quién era, y lo que había hecho destruyendo la vida de tantas muchachas jóvenes, a Rayne le costaba sentir empatía.

Agarró el paño y el frasco de cloroformo que sostenía la señorita Kincaid y lo empapó con el líquido.

—Gire la cabeza hacia un lado para que pueda colocarle el paño en la cara.

Una vez que la mujer se durmió, Rayne se dispuso a retirar la bala.

—La bala está justo al lado de su columna vertebral —dijo mientras introducía unas pinzas en la herida. Enseguida miró a Edwin—. Es posible que nunca pueda volver a caminar.

Edwin resopló.

—Ya le vale por haber sido tan canalla.

En lugar de reprenderlo, Rayne sonrió y asintió.

—No es muy profesional de mi parte estar de acuerdo con eso, pero lo estoy.

Trabajó diligentemente y sacó la bala, limpió la herida, la cosió, le puso miel y la vendó. La última parte con la ayuda de Edwin y la señorita Kincaid, ya que Rayne no podía mover a la mujer por sí sola.

—Menos mal que estabas aquí, Edwin. No creo que la señorita Kincaid y yo hubiéramos podido mover a la señora O'Leary. —Rayne hablaba por encima de su hombro mientras se lavaba las manos. De pronto le sonrió—. Bueno, para eso te tengo.

Edwin, que estaba detrás de ella, se abrazó a su cintura y apoyó la barbilla en su hombro.

—¿Me tienes? —Dijo con un tono muy grave.

Por suerte, la señorita Kincaid había salido de la habitación para llevar los instrumentos a la cocina para limpiarlos.

El calor de su cuerpo la calentó hasta el punto de sentir la necesidad de quitarse la ropa. De sentir el contacto piel con piel. Cerró los ojos y se mordió el labio inferior. Cuando pensaba en quitarse la ropa y estar unidos piel con piel, no tenía nada que ver con librarse del calor, sino más bien con sucumbir a la pasión con la que habían estado especulando desde hacía varios días.

—Por ahora.

Edwin retrocedió, se apoyó en el lavabo y se cruzó de brazos para poder verle la cara.

—Me tienes todo el tiempo que quieras. Y si yo me saliera con la mía, me tendrías para siempre.

—No puedo pensar en eso ahora.

Rayne se sacudió las manos mojadas y tomó la toalla que él le ofreció. Realmente Edwin era su mejor asistente.

—Doctora Stevens, le ha llegado una carta del correo. —Walter le entregó la misiva y ella sonrió mientras miraba hacia abajo—. Es de mi hermana.

—¿La que esperas que se quede con Glory?

—Sí.

Rayne abrió el sobre y empezó a leer. Enseguida se puso muy contenta al leer las palabras de Mary Beth.

Queridísima hermana:

A Dean y a mí nos encantaría llevarnos a la niña y criarla. ¡Y Glory es un nombre tan bonito! Actualmente estoy preparando el equipaje para que los tres viajemos a Bath para traernos a nuestra nueva hija. Dean ya se ha puesto en contacto con nuestro abogado para estudiar su adopción.

Nos veremos aproximadamente en una semana a partir de la recepción de esta carta.

Con mucho cariño,
Mary Beth

Rayne dobló la carta y se la metió en el bolsillo.

—Están encantados de tener una hija nueva y estarán aquí en una semana.

—Estoy muy contento por Glory. Tendrá una vida maravillosa, ya que estoy seguro de que tu hermana es tan dulce como tú.

—¿Dulce? —Rayne se echó a reír—. ¿Crees que soy dulce? ¿No te acuerdas de que fui yo quien confiscó las petacas de tus amigos y terminaron en la basura?

—¿Quieres decir que tiraste a la basura a Manchester y a Brennan, o a sus petacas?

—Las dos cosas.

Como doctora no podía permitirse el lujo de ser cariñosa. Tenía que tomar decisiones difíciles todo el tiempo. Pero le reconfortaba saber que Edwin pensaba eso de ella.

Un gemido procedente de la cama donde habían colocado a la señora O'Leary llamó su atención. Rayne se acercó a la cama y la miró.

—Me alegra ver que está despierta. Sin embargo, le voy a dar un poco de láudano para que puedas dormir un rato. Es lo que mejor la puede curar en este momento.

—Date prisa. Me duele mucho.

Rayne apretó los dientes y se dirigió al armario donde guardaba el láudano líquido. Vertió un poco en una cuchara y se la administró a la señora O'Leary.

Creo que voy a ver a Glory a la cocina y le hablaré de su nuevo hogar.

—Mientras haces eso, voy a revisar tus libros de contabilidad para ver dónde más puedo recolectar dinero para ti.

Edwin le acarició la cara y le dio un beso delicado.

Ella sonrió, encantada de la confianza que tenían entre ellos. Habían recorrido un largo camino desde que lo trajeron a la clínica por primera vez. Todavía estaba intentando evitar su compromiso con el señor Faulkner-Jones, y cuando estaba lejos de la influencia de su padre, le parecía una tarea más fácil, por más que le insistiera en que ella tenía que honrar el compromiso que él había adquirido con su prometido.

—Quiero ser algo más que tu contable, cariño. Pero eso ya lo sabes.

La miró fijamente durante un instante y enseguida salió de la habitación.

Rayne echó un vistazo más a la señora O'Leary, que dormía profundamente, y fue en busca de la Glory.

La encontró exactamente donde pensó que estaría. Al lado de la señora Foster, observando todo lo que hacía. Menos mal que la señora Foster era una mujer amable y paciente. Había sido un regalo del cielo desde que llegó la Glory.

—Glory, tengo buenas noticias para ti.

Al menos Rayne esperaba que fueran buenas noticias para la niña. Parecía contenta allí con ellas, pero, considerando de dónde venía, cualquier cosa la haría feliz.

—¿Cuálas, siñora?

—Acompáñame al salón y hablaremos de ello.

Rayne cogió a la niña de la mano. Mientras iban juntas por el pasillo, Rayne volvió a pensar en cómo le encantaría quedarse con la niña, pero con la vida que llevaba, y con todo el barullo que estaba viviendo en este momento, el mejor lugar para Glory era con Mary Beth.

Tendría una familia en el campo, mucho aire puro, buena comida, una madre y un padre amorosos y un hermano. Todo lo que que Rayne no podía darle.

Se sentaron una al lado de la otra en el sofá y Rayne tomó las manos de Glory.

—Por mucho que me encantaría que te quedaras aquí conmigo, al ser una doctora muy ocupada no puedo permitirme tener hijos.

Los ojos de Glory se llenaron de lágrimas de inmediato.

—¿Volvel yo, vivil calle?

Su barbilla temblaba y Rayne atrajo a la niña hacia su pecho.

—¡No! No, no, no. Yo nunca te haría eso, Glory. —Alisó los rizos de la muchacha y los retiró de su frente—. Lo he organizado todo para que vivas con mi hermana.

—¿Tenel una helmana?

—Sí. Sí. En realidad, tengo dos hermanas, pero de la que estoy hablando es una mujer maravillosa y cariñosa y la vas a querer mucho. Vive en una hermosa casa con su esposo y su hijito, Thomas.

—¿Sel yo su cliada? Aprendel rápido. No va quelel echarme.

Sus ojos se agrandaron.

Rayne abrazó su pequeño cuerpo con más fuerza.

—No, Glory. No vas ser una sirvienta. Serás una hija. Su hija.

—¿Sel yo una "hija heledela"?

Rayne sonrió ante el interesante discurso de Glory. Imaginó que al nuevo tutor de la niña le iba a costar entenderla.

Glory entrecerró los ojos.

—¿Y ellos qué ganal?

Era tan triste que Glory supusiera que se vería obligada a trabajar, o que si Mary Beth quería hacerla hija de la familia, era para beneficiarse de ello.

Por supuesto, se iban a beneficiar de tener que criar a una niña cariñosa.

—Lo único que quieren es hacerte feliz y darte la vida que debería tener cualquier niña. Aprenderás a leer y escribir y tendrás comida y ropa de sobra.

—¿Sabel que zoy un bluta jodida?

Rayne se encogió.

—No debes usar esa palabra, Glory.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué?

—Jodida.

Rayne lo susurró, como si decirlo con voz suave no lo hiciera tan feo.

—¿Por qué?

—Porque es una palabra fea y las señoritas educadas no la usan.

Glory se rió y negó con la cabeza.

—Entonces, voy a sel una niña güena, ¿veldad? ¿Quién lo iría a dicir?

Dos días después, Edwin llegaba a la clínica después de haber hecho un pedido de material sanitario. Enseguida se dirigió al salón, donde se estaba llevando a cabo una animada conversación.

—Buenas tardes, señoras, caballeros.

Saludó a lady Pamela y a su esposo, Nick Smith, así como a la señora Lizbeth Mallory y a su esposo Marcus.

Sabía que Rayne las estaba esperando, al menos a las dos damas, desde que el día anterior la señora O'Leary le había pedido si podía hacer que vinieran para poder ofrecerles sus disculpas por lo que les había hecho.

Aunque lady Pamela no había llegado a ser vendida a un burdel, había descubierto los siniestros sucesos de la residencia donde vivían Lizbeth y ella. Había tenido que recurrir a Nick para que la ayudara a rescatar a su amiga cuando fue secuestrada.

Antes de pedir ayuda a Nick, lady Pamela, para silenciarla, había sido atropellada por un carruaje en la calle. Ambas mujeres tenían motivos para tener una absoluta aversión a la paciente de Rayne.

Finalmente Marcus y Nick consiguieron rescatar a Lizbeth del burdel, y el incidente terminó con dos parejas felizmente casadas. Sin embargo, hubo muchas jóvenes cuya historia no tuvo un final feliz.

Rayne se puso de pie y se acercó a él.

—No me di cuenta, pero tal vez debería haber previsto que Marcus y Nick iban a venir con sus esposas. Me alegro de que estés aquí en caso de que las cosas se calienten un poco entre ellos.

Dudaba que ninguno de los hombres llegara a golpear a la señora O'Leary, pero comprendía sus preocupaciones.

—Sería mejor que Pamela y Lizbeth hablaran con la señora O'Leary —dijo Rayne.

—No. —Nick Smith, con su habitual brusquedad de "hombre de la calle", pasó un brazo protector por el hombro de lady Pamela—. No permitiré que mi esposa se enfrente sola a esa mujer del demonio.

—¿Eres consciente de que es incapaz de moverse? —Añadió Rayne.

—¿En absoluto? —Preguntó Lizbeth.

Rayne se encogió de hombros.

—Desde que le dispararon, no ha conseguido mover las piernas. No puedo estar segura en este momento si esto va a ser algo permanente, o será temporal. Sin embargo, lo que me dice mi formación y mi experiencia es que dado el lugar donde cayó la bala, lo más probable es que nunca más vuelva a caminar.

—¿Qué será de ella? —Preguntó lady Pamela.

—¿A quién le importa, cariño? Nada será demasiado horrible para esa mujer —respondió Nick, dándole un apretón.

Rayne sonrió, sin duda divertida por lo posesivo que era el comportamiento de Nick con su esposa. Uno de los hombres más duros e implacables de Bath, estaba tan enamorado de su esposa que provocaba sonrisas cómplices, generalmente disimuladas, dondequiera que fueran.

—He contactado con otros médicos, y están de acuerdo conmigo en que es poco probable que se recupere de la herida de bala. Una vez que esté lo suficientemente estable como para irse de aquí, será enviada a un asilo para que viva allí el resto de su vida.

Un silencio se apoderó de la habitación. Ser enviado a un asilo era, en la mayoría de los casos, peor que ir a la cárcel. La mayoría de los asilos eran lugares horribles donde iban aquellos que no tenían familias que los cuidaran y dependían del gobierno. Incluso había rumores de que a los locos se les mantenían encadenados a las paredes. Rayne se estremecía cada vez que pensaba en ello.

El grupo salió muy serio del salón para dirigirse a la enfermería. La señora O'Leary seguía boca abajo, pues le dolía demasiado la espalda para estar acostada boca arriba. Todavía le tenía que dar

láudano, pero en dosis más pequeñas para no sumar una adicción a su lista de males.

—¿Es usted, señorita Davenport? ¿Y lady Pamela? Estoy muy feliz de verlas.

Las dos mujeres se miraron.

—¿Por qué se alegra de vernos? —Preguntó Lizbeth.

—Porque quiero decirte cuánto lamento lo que te hice.

Nick estrechó a Pamela a su cuerpo.

—¿Es esa la única razón por la que has hecho que vengan nuestras esposas hasta aquí? ¿Para que la compadezcan? Porque si ese es el caso, todos nos iremos ahora mismo.

—No. Esperen. Tengo algo más que decir.

Marcus se cruzó de brazos.

—Dígalo. Mi esposa dio a luz hace poco más de una semana y necesita descansar. De hecho, no he aprobado en absoluto que viniera a verla, pero ella insistió en hacerlo.

—Me alegra saber que tienes un nuevo bebé. —Como nadie respondió, continuó —. Hay un hombre de la fábrica de sombreros donde trabajaba Lizbeth... discúlpeme, señora Mallory. Su nombre es Basil. Él es quien se confabuló conmigo para que me encontrara con las jóvenes recién despedidas que no tenían a dónde ir. —Hizo un gesto de disgusto—. Nunca le conté nada a la policía sobre él, así que pueden hacer que lo detengan.

—¿Eso es todo?

Al parecer, Nick estaba perdiendo la paciencia con el encuentro.

—Sé que no puede perdonarme, pero quiero recordarle que han terminaron muy felices.

La mujer tuvo el descaro de mostrarse engreída. Como si su malicia hubiera traído resultados maravillosos, olvidándose por completo de todas las mujeres que no habían podido tener de un final feliz.

Edwin agarró a Nick de un brazo de que parecía estar a punto de estrangular a la mujer.

Marcus apartó a Lizbeth.

—Ya hemos tenido suficiente. Siento que hemos cumplido con nuestro deber cristiano al permitir que esta mujer hable con

nuestras esposas. —Miró directamente a la señora O'Leary—. Sin embargo, mi deber cristiano termina aquí. No tengo ninguna compasión por usted ni por lo que se va a enfrentar el resto de su vida.

—Utilizó y abusó a no sé cuántas mujeres. Arruinó sus vidas. Y después escapó del castigo porque delató a los implicados de su trama. Diría que, por la herida que le han hecho, debe de haber habido al menos una persona que logró vengarse de usted. —Tomó el codo de Lizbeth y la giró hacia la puerta—. Adiós, señora O'Leary.

Enseguida salieron de la habitación junto a Nick y Pamela.

Edwin y Rayne se unieron a ellos en la puerta.

—¿No os quedáis a tomar el té? —Preguntó Rayne.

—Gracias, doctora Stevens, pero no quiero que mi esposa tenga más contacto con la señora O'Leary. Por más que esté en una habitación diferente, está en la misma casa. Nick ayudó a Pamela a ponerse el abrigo.

—Pero tienes que venir a cenar una noche. —Miró a Edwin—. Tú también eres bienvenido. Pamela os enviará invitaciones.

Una vez que se despidieron y salieron por la puerta, Edwin miró a Rayne.

—Hay algo que quiero conseguir de la señora O'Leary antes de que se la lleven al asilo.

Capítulo 16

—¡Estoy tan feliz de verte!

Rayne extendió los brazos hacia su hermana, Mary Beth, y las dos se rieron y se abrazaron.

—Señoras, por favor. Están bloqueando la puerta.

El esposo de Mary Beth, Dean, sonrió mientras intentaba pasar entre las mujeres. Iba con Thomas, de ocho años, tomado de la mano .

—Oh, lo siento mucho. Es que llevo meses sin ver a mi hermana. —Rayne tomó las manos de Mary Beth y las movió hacia adelante—. Estoy deseando que conozcas a Glory. Es una niña tan cariñosa. Estoy segura de que la vais a querer un montón.

A continuación, se volvió hacia Dean y lo abrazó, después dirigió su atención a Thomas. Le puso las manos sobre sus hombros.

—¡Bueno, míralo! Debes de haber crecido unos treinta centímetros desde la última vez que te vi.

El niño se sonrojó y la abrazó.

Mary Beth apretó el brazo de Rayne mientras se dirigían al salón.

—Debo reconocer que estoy bastante nerviosa.

Rayne miró a su hermana y se dio cuenta de que la parecía estar un poco pálida.

—¿De veras? ¿Por qué?

Enseguida entraron al salón y se acomodaron en el sofá.

Thomas y Dean se sentaron frente a ellas. Rayne se sorprendió una vez más de lo parecidos que eran Dean y su hijo. Thomas tenía los mismos ojos marrones oscuros, así como el pelo castaño de su padre. Pero más que eso se parecían en los gestos. Se sentaron exactamente igual en sus sillas, y las observaban a ella y a Mary Beth con idéntica expresión.

—¡Bueno, voy a adoptar una hija! —Los ojos de Mary Beth se llenaron de lágrimas—. ¿Y si no le caigo bien? ¿Y si se escapa? ¿Y si...?

Rayne levantó una mano.

—¡Basta!

—Gracias, Rayne, he estado lidiando con esto desde que Mary Beth accedió a quedarse con la niña.

Dean miró a su esposa con cariño, lo que una vez más le recordó a Rayne que si quería complacer a su padre y casarse con el señor Faulkner-Jones, nunca iba a poder estar con un hombre la considerara de esa manera. Simplemente se dignaría a bendecirla con su presencia, y eso sería todo.

Rayne se levantó de un salto.

—Creo que la forma más fácil de acabar con toda esta ansiedad es presentarle a Glory a su nueva familia.

—¡Oh! —Mary Beth se alisó las faldas y juntó las manos en su regazo—. Supongo que eso es lo mejor. Sí. Estoy lista —dijo a Rayne con una sonrisa forzada.

Rayne le dio unas palmaditas en el brazo y después se dirigió a la cocina, donde sabía que estaría Glory. Había llevado a la niña de compras el día anterior y le había comprado un hermoso vestido amarillo con una cinta a juego para que se lo pusiera cuando fuera a conocer a su nueva familia. Glory también estaba nerviosa, y había preguntado una y otra vez, con su curiosa forma de hablar, qué pasaría si Mary Beth decidía que no le gustaba y la echaba de la casa.

—Glory, ven cariño, es hora de conocer a tu nueva familia.

La pobre niña parecía que iba a desmayarse.

—¿Ahola?

—Sí, cariño. Mi hermana, su marido y su hijo están en el salón. Se quedarán unos días de visita para pasar algún tiempo conmigo, ya que no suelo ver a mi hermana muy a menudo.

Glory alzó la vista hacia la señora Foster. La mujer se inclinó hacia ella y le dio un abrazo.

—Lo harás muy bien, muchachita. Te van a querer y estoy segura de que también los vas a querer a ellos. —Le dijo dándole unas palmaditas en la mejilla—. Ahora ve con La doctora Stevens.

La niña enderezó sus pequeños hombros y miró a Rayne.

—Muy bien, mami. Estal lista.

Enseguida se dirigieron al salón cogidas de la mano y Glory respiró hondo antes de cruzar el umbral. Rayne le apretó la mano.

Se acercaron a Mary Beth, que se tapó la boca con una mano temblorosa. Miró fijamente a Glory, con una suave sonrisa en los labios.

—Hola, Glory. Soy... —Miró a Rayne.

Y esta decidió que la mejor manera era empezar tal como iban a continuar, por lo que dijo:

—Tu nueva madre.

No se produjo una afinidad espiritual, ni una conexión instantánea, que solo se encuentra en los cuentos de hadas y los libros de ficción. Glory y Mary Beth se miraron la una a la otra, y ambas se mostraron contenidas. Mary Beth le tendió la mano y Glory la tomó lentamente.

—¿Hola, cómo estal, mamá?

Una brillante sonrisa iluminó el rostro de su hermana.

—Estoy bien, gracias. Es un placer conocerte, Glory. Estamos muy felices de que te unas a nuestra familia. —Mary Beth se puso de pie y llevó a Glory hasta donde estaban sentados Dean y Thomas —. Este es tu nuevo padre y él es tu hermano, Thomas.

—¿Ah, cómo estal señol?

Hizo una leve reverencia que hizo reír a Rayne. Alguien debió de haber estado entrenando a la niña.

—Estoy bien, Glory —dijo Dean—. Quiero que sepas que haremos todo lo posible para que te sientas feliz de vivir con nosotros.

Los ojos de la niña se abrieron de par en par, sin duda sorprendida de que un adulto, ese hombre tan bien vestido y bien hablado, quisiera hacerla feliz.

—Glacias, señol.

Si la cara de Glory se hubiera puesto más roja terminaría por explotar.

Dean se volvió hacia Thomas:

—Saluda a tu nueva hermana.

Rayne sabía que su sobrino era un niño muy amable y cariñoso. No tenía ninguna duda de que con el tiempo iba a ser el protector

de Glory. Realmente necesitaba un hermano mayor que la cuidara, tanto como necesitaba tener unos padres.

—Hola —dijo Thomas—. ¿Te gusta jugar a la pelota?

Glory se volvió hacia Rayne. Probablemente la pobre niña ni siquiera sabía de lo que le estaba hablando. Su vida hasta el momento había tenido muy pocos juegos, y probablemente nunca había visto una pelota.

—Thomas, ¿has traído una pelota? —Preguntó Rayne.

Como planeaban quedarse un buen tiempo, Rayne estaba segura de que se traería alguna.

—Sí, tía, tengo una en mi bolso.

—Excelente. ¿Por qué no la vas a buscar y llevas a Glory al jardín y le enseñas a jugar a la pelota?

Thomas asintió y se puso de pie.

—Le pediré a Walter, mi empleado, que te muestre la habitación donde te alojarás. Estoy seguro de que ha llevado tus cosas allí.

Thomas se volvió hacia la Glory.

—¿Quieres venir conmigo?

De nuevo, la niña volvió para mirarla. Rayne asintió con la cabeza y Glory se volvió para seguir a Thomas mientras salía de la habitación.

—Creo que ha ido muy bien —dijo Rayne y todos respiraron hondo.

Edwin se detuvo en la entrada del salón y observó que Rayne charlaba con la mujer que debía de ser su hermana. Aunque se parecían un poco, era evidente, por la breve conversación que había presenciado, que Rayne era la más tranquila de las dos.

El rostro de Rayne brillaba de felicidad, pero su hermana mostraba más entusiasmo al conversar, y movía las manos y se reía continuamente.

—¡Edwin! Llegas antes de lo que me esperaba.

Rayne se puso de pie para saludarlo, con una sonrisa de bienvenida en su rostro.

¿Cuándo se iba a acostumbrar a los sentimientos que lo inundaban cada vez que la veía? Se acercaba el momento en que tendría que poner fin a su compromiso. Ya se había reunido con el

señor Faulkner-Jones para cenar, y estaba ansioso por saber cómo había ido la conversación.

—Mary Beth, te presento a lord Sterling. Comenzó siendo mi paciente, pero por alguna razón desconocida, se ha convertido en mi asesor financiero y cobrador de facturas pendientes. —Tocó a Edwin en un brazo—. Ella es mi hermana, la señora Mary Beth Richards, y él —señaló en dirección a un hombre que estaba sentado frente a ella— es su marido, el señor Dean Richards.

El señor Richards se levantó, se acercó a Edwin y le tendió una mano.

—Un placer, mi lord. —Y sonrió a Rayne—. ¿Asesor financiero y cobrador de deudas? Debe haber una gran historia detrás de eso.

Rayne se encogió de hombros.

—Yo misma no estoy muy segura. Creo que simplemente sucedió. ¿Nos acompañas a almorzar, Edwin?

Su rostro se enrojeció, y Edwin se dio cuenta de que se avergonzaba por estar usando su nombre de pila delante de su hermana y su cuñado.

Echó una mirada a la señora Richards y, como era de esperar, las cejas de la mujer prácticamente llegaban a la línea del cabello.

—Sí, me gustaría, sin embargo, ahora tengo que seguir un rato con la señora O'Leary.

Lo mejor era volver a la normalidad para que Rayne tuviera tiempo de recomponerse.

—Sí. Los encargados del asilo vendrán a buscarla por la mañana.

—¡Oh, qué terrible! ¿Es una de tus pacientes, Rayne? —Preguntó la señora Richards.

Rayne asintió.

—Sí. Tiene una larga historia, así que por favor no te compadezcas demasiado de esta mujer.

La hermana y el cuñado de Rayne la miraron con extrañeza, pero no dijeron nada. Edwin asintió y se dirigió a la clínica con una libreta y un lápiz en las manos.

Dos niños bajaron corriendo y riendo por las escaleras. Glory prácticamente se chocó contra él mientras perseguía a un chico

mayor. Edwin la agarró por los brazos.

—Vaya, princesita, ¿a dónde vas con tanta prisa?

—Vamo' a jugal con una pilota. Enseñalsela, Thomas.

Glory apenas podía decir nada si antes no recuperaba el aliento.

El chico le enseñó la pelota.

—Es una pelota normal, señor. Igual a cualquier otra.

Edwin sonrió.

—Déjame adivinar. ¿Debes ser el Maestro Thomas Richards? ¿Estoy en lo cierto?

El muchacho asintió.

—Sí, señor.

—Yo soy lord Sterling, amigo de su tía, la doctora Stevens.

Le extendió una mano y se alegró cuando el muchacho se la estrechó correctamente con mucha fuerza.

—Le pido disculpas, mi lord. No sabía que era aristócrata.

—No te preocupes.

Edwin apretó el hombro del muchacho y siguió su camino. Sí. A la pequeña Glory le iba a ir bien con su nueva familia.

Cuando Rayne se tuvo que despedir de la familia de su hermana, Glory tenía lágrimas en los ojos, pero se aferraba a la encantadora muñeca que Dean le había comprado el día anterior. Habían estado tres días de visita y se habían puesto al día con las noticias familiares.

Pero Rayne no mencionó a Mary Beth nada de su compromiso con el señor Faulkner-Jones. Sabía cuál sería la postura de su hermana en todo el lío, y Rayne estaba lo suficientemente desconcertada como para incluir las angustias de su hermana sobre lo controlador que era su padre. Especialmente con su hija menor.

Edwin y Ella habían podido hablar brevemente sobre su cena con el hombre al que estaba tratando de convencer desesperadamente que no se casara con ella. Recordó la conversación inútil que habían tenido.

—No entiendo por qué desea casarse, señor. Conmigo, o con cualquier otra persona. Ha declarado que tiene la intención de seguir con su estilo de vida actual, viajando y trabajando fuera del país. ¿Por qué necesita tener una esposa?

—En mi trabajo es imperativo tener esposa. —Hizo un gesto de desdén con una mano—. Forma parte de los requisitos para ascender laboralmente. Hace que uno parezca más estable.

Rayne volvió a intentarlo.

—Incluso si necesita tener esposa, no entiendo por qué querría casarse con alguien que no quiere hacerlo, como ya debe saber que me ocurre. Si que no le importa con quién se case, ¿por qué no elige a otra persona?

El hombre suspiró exasperado.

—Porque no tengo tiempo que perder en esto, y tu padre me aseguró desde el principio que estarías más que dispuesta a aceptar un esposo que estuviera ausente la mayor parte del tiempo para que así pudieras concentrarte en tu trabajo. —Se limpió la boca y tiró la servilleta sobre la mesa junto al plato—. En lo que a mí respecta, esto está resuelto.

Después de eso, Rayne no le dijo nada más sobre el matrimonio, pero le resultó difícil mantener una conversación cortés. Finalmente, pasó la noche dando vueltas en la cama.

Unos días después, unos golpes en la puerta de su casa la despertaron. Se dio la vuelta y miró el pequeño reloj de flores rosas y blancas que tenía en el tocador de enfrente. Eran las ocho de la mañana.

Saltó de la cama, sorprendida y desorientada. Nunca dormía hasta tan tarde, y quienquiera que estuviera en la puerta de su casa debía de tener una emergencia. Se preguntó dónde estarían Walter y las doncellas mientras se vestía apresuradamente.

Justo cuando estaba a mitad de camino de la escalera, todavía tratando de terminar de trenzarse el cabello, apareció Walter desde la parte trasera de la casa y abrió la puerta.

—¡Bueno, ya era hora! Pensé que iba a tener que esperar todo el día. ¿Desde cuándo está cerrada esta puerta? No es bueno para los pacientes.

Los músculos del estómago de Rayne se contrajeron cuando su padre cruzó la puerta, y su presencia ocupó toda la entrada.

—Ahí estás, hija. ¿No me digas que todavía estabas acostada?

Se acercó a su padre y lo besó en la mejilla.

—No. Estaba en mi habitación revisando algunas notas.

Sintió que se ruborizaba y su padre le frunció el ceño, obviamente sin creerse su mentira.

—No lo esperaba.

Lo tomó del brazo y lo acompañó por el pasillo hasta el comedor, donde el aire estaba cargado de olores maravillosos. Se acomodó en su asiento habitual y agarró la tetera.

—¿Le apetece desayunar, padre? Puedo pedir a la cocinera que prepare café. Creo que tenemos.

Había pasado años escuchando a su padre que siempre evitaba el té alegando que un hombre de verdad siempre debía tomar café.

—No. Desayuné hace horas.

De nuevo, le dirigió una mirada castigadora por el hecho de que todavía estuviera en cama cuando llegó. Rayne comenzó a servirse de la bandeja que había en el centro de la mesa.

—He venido para llevarte a mi casa para celebrar tu boda.

Se reclinó en la silla y se cruzó de brazos.

Rayne se quedó sin aliento y tuvo que dejar el tenedor en la bandeja antes de derramarlo todo por toda la mesa de tanto temblar.

—¿Qué?

—Estoy seguro de que me has escuchado, hija. Se acerca la fecha de tu boda, así que he venido para llevarte a mi casa. La boda se celebrará en la iglesia del pueblo, y todo va a ser más fácil si ya estás allí.

Ella se lamió los labios, que se le habían resecado, esforzándose por mantener el control de sí misma.

—Pero padre, si todavía faltan tres días. Tengo a varios pacientes que atender.

Lo he organizado todo para que el doctor Miller atienda a tus pacientes mientras estés fuera.

Rayne estaba atónita. ¿Su padre había tenido el descaro de hacer esos arreglos a sus espaldas? ¿Sin permitirle la cortesía de poder hablar con el propio médico en persona?

Había llegado el momento de definirse. Tomó un sorbo de té y colocó la taza con cuidado en el platillo.

—Lo siento, pero le reitero una vez más que no estoy ni preparada, ni dispuesta, para casarme con el señor Faulkner-Jones.

Su padre se inclinó hacia adelante y la miró fijamente a los ojos.

—Eso es precisamente lo que me dijo ayer por la tarde. —La señaló con el dedo—. Ya lo tengo todo organizado. El señor Faulkner-Jones es el esposo perfecto para ti. Está siempre ocupado con su oficio, y te dejará tranquila para que puedas ocuparte de tu propio trabajo.

Por primera vez en su vida, se apoderó de ella una gran rabia hacia su padre.

—Ese es el problema. Tal vez yo quiera tener un matrimonio en el que mi esposo no me deje sola. ¿Qué consigo yo con este acuerdo? El señor Faulkner-Jones me dice que necesita una esposa para ascender en su carrera. ¿Qué beneficios tendré yo?

Los labios de su padre se tensaron y su rostro se puso rojo.

Como médica, inmediatamente le preocupó su corazón.

—No me decepciones en esto, Rayne. He trabajado toda mi vida para desarrollar una buena práctica médica que te he dejado en herencia. Espero que estés a la altura de la reputación que me forjé por mí mismo, y para ello debes dedicar todo tu tiempo y energía a la medicina.

—Como ya le he dicho, ¿entonces, para qué necesito un marido?

—Yo no viviré siempre. Necesitas a un hombre que te cuide. Que te guie.

Rayne tiró la servilleta al suelo.

—Pero si este esposo que me está endosando no estará nunca conmigo para "guiarme".

No le gustó nada que sus ojos se estaban llenando de lágrimas.

El hombre entonces empujó su silla hacia atrás y gritó:

—Harás lo que yo te diga. Nunca me has decepcionado en tu vida, Rayne. Lo he hecho todo por ti. Te he tratado como al hijo que nunca tuve. ¿Y así me lo pagas?

Pero de pronto se detuvo, se secó el sudor de la frente, respiró hondo y rápidamente cayó al suelo desmayado.

Capítulo 17

Edwin entró al despacho de Nick Smith que se encontraba en la planta baja del hotel que acababa de adquirir. En el poco tiempo que él y lady Pamela llevaban casados, Nick había vendido su rentable club de juego, *The Lion's Den*, y había reinvertido el dinero en dos restaurantes y en el hotel.

Teniendo en cuenta la historia que Edwin tenía con Carter Westbrooke, un amigo íntimo de Nick, estaba agradecido de que hubiera accedido a verlo. Pero si alguien podía ayudarlo a sacar adelante su proyecto, ese era Nick, y estaba decidido a hacerlo.

Nick, desplomado en su silla, lo observó detenidamente mientras entraba en su oficina. Era un hombre que había salido de las calles de Londres y, a pesar del corte de su ropa y de sus modales y manera de hablar muy pulida, el niño enfadado y peligroso que nunca había dejado de ser, todavía era visible en su mirada. Nadie se aprovechaba de Nick Smith.

Hizo un gesto con la mano para que se sentara y se reclinó en su asiento.

—¿Qué te trae por aquí, Sterling?

Smith era conocido por ir directo al grano y Edwin estaba listo para ello.

—Necesito de tu ayuda.

Nick no hizo ni la menor señal de haberlo escuchado, pero como aún no lo había echado de la oficina, Edwin lo vio como una buena señal.

—Necesito comprar una casa con ciertos requisitos específicos, y todas las personas a las que se lo comento me indican que hable contigo.

—Continua.

—Sé que conoces perfectamente lo que le pasó a Lizbeth Mallory, en lo que también estuvo implicada tu esposa.

Por primera vez, Edwin vio un destello de emoción en los ojos de Nick.

—De mi esposa no se habla.

Edwin asintió con la cabeza. Había oído los rumores de que Nick Smith protegía ferozmente a lady Pamela.

—Desde de que tú, tu esposa y los Mallory se fueron la clínica de la doctora Stevens la semana pasada, he estado un montón de tiempo con la señora O'Leary apuntando los nombres de las mujeres que llevaron de su residencia al burdel de Londres.

Nick se enderezó en la silla y lo fulminó con la mirada.

—¿Con qué propósito?

Edwin levantó inmediatamente la mano para evitar de que Smith saltara sobre su escritorio para molerlo a golpes.

—No es lo que estás pensando, te lo puedo asegurar. Mi intención es encontrar a estas mujeres y ofrecerles un lugar donde vivir y que se capaciten para el empleo, de modo que puedan conseguir trabajos decentes y, con suerte, recuperar la vida que les fue arrebatada.

Durante casi un minuto, el único sonido de la habitación fue el tic-tac del reloj de pared que había junto al escritorio. Después, Nick se echó hacia atrás una vez más, apoyó los codos en los brazos de la silla y juntó las yemas de los dedos.

—¿Por qué?

Edwin estaba preparado para esta pregunta.

—He llevado una vida muy disipada estos últimos años. Si bien no puedo deshacer lo que he hecho, creo que puedo hacerlo mejor en el futuro.

Nick lo interrumpió.

—¿Es idea tuya, o de la doctora Stevens?

Su rostro claramente mostraba escepticismo.

—Mía. Por supuesto, dado que la señora O'Leary es su paciente, tuve que pedirle permiso a Rayne para poder interrogarla, pero básicamente fue idea mía.

Nick asintió.

—Continúa.

—Hasta ahora, mis investigadores han encontrado a dos mujeres que fueron secuestradas en la residencia de la señora O'Leary. Ellas, a su vez, les proporcionaron los nombres de otras dos

personas que no fueron sacadas de allí, pero que fueron obligadas a prostituirse por otros medios.

—Debo reconocer que, después del insulto que hiciste a la señora Westbrooke, no me interesas nada, Sterling. Sin embargo, parece que la doctora Stevens ha sido una buena influencia para ti. Como no confío fácilmente en nadie, tengo mis dudas de que este cambio de comportamiento sea permanente, pero si me baso en lo que estás haciendo por estas jóvenes que fueron abusadas, estoy más que dispuesta a ayudarte.

—Gracias.

Para Edwin era importante no solo conseguir la ayuda de Smith, sino también que las amigas de Rayne y sus esposos lo perdonaran y aceptaran. Quería tener un futuro con ella, y ese era un paso más para conquistarla.

El siguiente paso era conquistar su corazón. Ella ya poseía el suyo.

Nick y él revisaron varias propiedades que no había comprado para él mismo, pero que podrían funcionar para el propósito de Edwin. Tenía una lista de edificios que revisar, pero necesitaba algo lo más rápido posible, ya que las cuatro mujeres que pensaba alojar estaban actualmente escondidas en un hotel a sus expensas.

No le importaba el dinero, pero quería que las mujeres tuvieran algo permanente y seguro lo más rápido posible.

—Voy a ir a mi club para almorzar. Si quieres ven conmigo.

Nick le lanzó la invitación como si no significara nada, pero para Edwin era algo muy importante.

—Sí. Vamos.

Edwin dobló las notas que había estado tomando sobre varias propiedades y se las metió en el bolsillo de la chaqueta. Nick agarró su chaqueta del perchero que tenía detrás de su escritorio y salieron de la oficina.

El *Bath and Country Club* de Queen Square era una mezcla del *The York Club* y *The New Club.* Alrededor del año 1858 los dos se unificaron y se creó el club actual.

Edwin había comenzado a ir de nuevo a ese lugar desde que se había alejado de las actividades libertinas con sus amigos disolutos.

La doctora Rayne Stevens estaba siendo una enorme influencia en su vida. Los últimos días había estado examinado sus sentimientos y había comprendido que no era solo la gratitud que sentía hacia ella por su atención médica, y que lo ayudara a arrepentirse de sus malos hábitos, lo que impulsaba su atracción hacia ella.

Era ella en sí misma. Era cariñosa y encantadora, y estaba decidido a hacerla suya. Finalmente había tenido que reconocerse que la amaba, y que tendría que convencerla de que ella también lo amaba.

—Por aquí.

Nick saludó a Carter y Berkshire, que acababan de abrir la puerta principal. Cuando llegaron a su mesa miraron a Edwin con las cejas levantadas. Este se puso de pie, les estrechó la mano y volvió a sentarse.

—Es una sorpresa verte por aquí, Sterling —dijo Carter.

—Ha venido a reunirse conmigo para presentarme un proyecto en el que está trabajando.

Nick saludó al camarero que llegó a la mesa para tomar sus pedidos para el almuerzo.

Edwin no tenía ni idea de si Nick esperaba a Carter y a Berkshire, y si tenía pensado hacerlo, no se lo mencionó. Aunque no estaba exactamente incómodo, se sentía un poco nervioso.

Sin embargo, los tres hombres enseguida se comportaron como si Edwin fuera parte de su grupo. Tenía la sensación de que las mujeres del grupo habían animado a sus maridos para que lo aceptaran por el bien de Rayne.

Ya solo le quedaba conseguir que Rayne también lo aceptara, y así todo iría bien.

Después de un agradable almuerzo en el que Edwin recogió más información que le serviría para poner en marcha su casa para mujeres rápidamente, se despidió y regresó a casa.

Tenía la intención de pasar por la clínica, pero decidió hacer algunos trámites personales y después pensaba intentar convencer a Rayne que lo acompañara a cenar a alguno de los restaurantes buenos de Bath. Aunque sus posesiones e inversiones eran

gestionadas por su administrador, tenía la responsabilidad revisar todo lo que el señor Sanford le enviaba para asegurarse de que todo iba bien.

De todo eso se había despreocupado cuando se perdía de juerga en juerga, y causaba estragos comportándose como un joven rebelde. Menos mal que nunca le habían robado mientras se dedicaba a hacer el burro.

—Buenas tardes, Marshall.

Saludó a su portero y le entregó su abrigo y su sombrero.

—Le han traído una nota, mi lord. Lo coloqué en su escritorio.

—Gracias.

No entendía por qué, pero de repente se sintió inquieto. Marshall no le dijo que hubieran traído un correo, sino una nota, lo que significaba que habría sido entregada en mano por un mensajero.

Justo en el centro de su escritorio había una pequeña hoja cuadrada de papel blanco. Avanzó lentamente por la habitación, con el corazón latiendo con fuerza hasta que recogió la nota y la abrió. El conocido aroma del jabón de baño de Rayne llegó a su nariz.

Mi queridísimo Edwin,

Lo siento, lo siento mucho, pero he decidido casarme con el señor Faulkner-Jones. Estoy de acuerdo en que no es lo mejor para mí, pero con todo lo que mi padre ha hecho por mí a lo largo de los años, siento que debo concederle este capricho que es tan importante para él. No voy a tener que sufrir demasiado la presencia del señor Faulkner-Jones, y la vida seguirá siendo más o menos igual para mí.

Por favor, no pierdas tiempo pensando en lo que podría haber sido porque realmente quiero que seas feliz y te mereces a una buena mujer que pueda tenerte contento.

Con todo cariño,

Rayne

Leyó las nota tres veces, atónito, sin querer asimilar su significado. ¿Contento? ¿Quería que estuviera contento? No tenía ningún deseo de estar contento. Quería ser desafiado, sorprendido,

impulsado, molestado y amado, sí, amado, por Rayne. No por una otra mujer sin rostro que nunca podría reemplazarla.

En la nota no le mencionaba cuándo se llevaría a cabo la boda. No tenía idea de cuánto tiempo tenía para hacer que cambiara de opinión, pero hasta que no lo descubriera, no podría idear un plan.

Giró sobre sus talones, se dirigió al vestíbulo y cogió su abrigo y su sombrero sin esperar a que Marshall lo ayudara. Iba a llegar al fondo de esto.

No se daba por vencido.

Walter abrió la puerta y lo saludó con la cabeza.

—La doctora Stevens está en la clínica, mi lord.

—Gracias.

Edwin se tomó su tiempo mientras avanzaba por el pasillo, sin estar del todo seguro de lo que iba a decir. Estaba completamente atontado desde que leyó su nota.

Vio que Rayne estaba inclinada sobre una cama donde descansaba un hombre mayor. Encontró que había un ligero parecido entre ellos, y tuvo la incómoda sensación de que se trataba de su padre.

—¿Rayne?

Ella se dio la vuelta y él se quedó sin aliento. Tenía un aspecto terrible. Tenía los ojos rojos por el llanto y la cara hinchada. Los círculos oscuros que se veían debajo de sus ojos le indicaban que no había dormido desde hacía tiempo. Sobre todo quería abrazarla y decirle que si tenía cualquier problema él se iba a encargar de ello. Siempre iba a ser así.

Le enseñó la nota que ella le había enviado.

—Cariño, tenemos que hablar.

Ella negó con la cabeza.

—No. Mi decisión ya está tomada. Debo casarme con el señor Faulkner-Jones.

Se volvió hacia su paciente y Edwin avanzó hacia ella.

Le tocó el hombro y ella se desplomó, con la cabeza gacha.

—Por favor, no hagas esto. —Se secó las mejillas y respiró hondo—. Edwin, por favor, vete y acepta mi decisión.

—¿Es tu padre?

Ella asintió.

—¿Qué le pasó?

Rayne todavía se negaba a enfrentarlo.

—Ha tenido un ataque al corazón. Su médico de cabecera ha venido a verlo y no lo encuentra bien.

Todo tenía sentido. Su padre estaba muy enfermo, posiblemente al borde de la muerte, y ella había decidido hacer lo que le había pedido para calmar sus sentimientos de culpa. Tenía que ir con mucho cuidado con eso. Obviamente debía de estar a punto de quebrarse.

—¿Cuándo fue la última vez que has comido?

Ella le hizo un gesto con la mano.

—No lo sé.

—Rayne, escúchame como a un amigo. Si vas a atender a tu padre, debes descansar un poco y comer. Si te derrumbas, no lo vas a poder ayudarlo ni a él, ni a ti misma.

Como no le respondió, salió de la clínica y se dirigió a la cocina. La señora Foster estaba ocupada en la gran cocina de carbón, removiendo algo que olía bien.

—Señora Foster.

Ella se volvió con los ojos cargados de tristeza.

—Oh, mi lord, estoy tan contenta de que haya venido. Alguien tiene que convencer a la doctora de que entre en razón. Me dijo que se va a casar con ese hombre horrible.

—¿Qué pasó para que decidiera hacerlo? La última vez que hablé con ella, estaba decidida a romper el compromiso.

La señora Foster colocó la cuchara junto a la olla en la cocina y se secó las manos en el delantal.

—El anciano doctor Stevens vino de visita. Escuché la conversación.

Como se sonrojó, se dio cuenta de que la señora Foster no había escuchado la conversación accidentalmente.

Edwin asintió.

—Siga.

—Se enzarzaron en una terrible pelea por eso. Entonces su padre se desplomó al suelo. Hizo que Walter lo trasladara a una

cama y mandó a buscar a su médico de cabecera. Mientras tanto, lo examinó y dijo que había tenido un ataque al corazón.

Edwin no pudo evitar preguntarse si lo que pretendía era que Rayne le obedeciera. Por lo que había sabido de ese hombre hasta el momento, no le sorprendería nada. Había manipulado a Rayne toda su vida. Y si había sido un truco, aparentemente le había funcionado.

—¿Sabe lo que dijo el otro médico?

Ella negó con la cabeza.

—No. Cuando se fue la doctora Stevens entró en la cocina para pedir algunas hierbas para preparar una infusión para su padre. Entonces fue cuando me dijo que había decidido casarse con el señor Faulkner-Jones. No puedo evitar pensar que me lo dijo para poder decirlo en voz alta y convencerse a sí misma.

La culpa era algo terrible, y por lo que la señora Foster acababa de contarle, la discusión entre Rayne y su padre precipitó su ataque al corazón. Edwin se negaba a creer que eso le hubiera provocado un ataque al corazón, pero lo más probable es que Rayne se sintiera mal.

—¿Puedes poner un poco de ese guiso de olor maravilloso en un cuenco? Me gustaría hacer que la doctora Stevens coma algo.

La señora Foster asintió con la cabeza y cogió un cuenco de la estantería que había encima de la cocina. Lo llenó con el guiso y se lo entregó.

—Es usted maravilloso para ella, mi lord. No me extralimitaría si le sugiero a la doctora Stevens que deje a ese otro tipo y se case con usted. Eso es precisamente lo que debería hacer.

La mujer se sonrojó, pues obviamente se había dado cuenta de que, en efecto, se acababa de extralimitar.

Edwin sonrió.

—Sí, señora Foster. Ese es mi plan. No me importa que ella crea que casarse con el señor Faulkner-Jones va a aliviar su culpa. La amo y no me rendiré hasta que el señor Faulkner-Jones regrese al lugar de donde vino y la doctora Stevens sea mi esposa.

La señora Foster colocó sus manos en posición de oración contra su pecho.

—¡Gracias al Cielo!

Capítulo 18

Edwin entró a la oficina que tenía Nick Smith en su hotel. Se sorprendió al ver que Carter Westbrooke estaba sentado frente al escritorio de Nick. Edwin estrechó la mano de los dos hombres y se sentó junto a Carter.

Tan pronto como Edwin se separó de Rayne dos días antes, después de asegurarse de que se había comido todo el plato de estofado, logró que le prometiera que no haría nada imprudente durante unos días. Ella lo había aceptado a regañadientes, y él se contentó con tener al menos un poco de tiempo para poder elaborar un plan.

Su corazón latía entrecortado a pesar de que intentaba mostrarse relajado. Todo dependía de lo que Nick tenía que decirle.

– ¿Has recibido alguna información?

Nick se echó hacia atrás, apoyó el codo en el brazo de su gran silla de cuero, y se agarró la barbilla con el dedo índice y el pulgar. Parecía un gato que acababa de robarse un trozo de queso.

—¿Se lo digo yo, Carter, o quieres hacer tú los honores?

Edwin siempre había pensado que había algo turbio en Faulkner-Jones, y no entendía la necesidad de casarse a toda prisa con una mujer con la que llevaba comprometido desde hacía varios años.

Carter se aclaró la garganta.

—Parece que el señor Faulkner-Jones tiene prisa por casarse por dos razones. —Levantó una mano e hizo el gesto de tachar con los dedos—. En primer lugar, ha solicitado un ascenso en su campo de estudio, que es la arqueología. Tiene la oportunidad de liderar una nueva campaña, pero uno de los requisitos es que debe estar casado.

—¿Por qué? Parece un requisito extraño para ese tipo de trabajo.

—Dondequiera que sea donde se encuentre esta nueva excavación arqueológica, habrá una gran cantidad de, digamos, damas de la noche. Y como la excavación está patrocinada por una

organización religiosa, no quieren que sus científicos caigan en tentaciones.

—Pero no tiene la intención de llevarse a su esposa con él —dijo Edwin aún más confundido.

—No importa. Los líderes del grupo consideran que un hombre casado honrará sus votos, tanto si su esposa está con él, como si no.

Edwin observó sus manos durante un minuto mientras asimilaba esta información, y se preguntaba cómo podría usarla.

Entonces Nick retomó la conversación.

—De todos modos, la mejor parte de nuestra investigación proviene de algunos de mis informantes.

Sabiendo que Nick tenía numerosos contactos en los bajos fondos debido a haberse criado en las calles de Londres, Edwin se animó con este comentario.

—¿Ah, sí?

—Parece que el señor Faulkner-Jones tiene una orden de arresto a su nombre. De ahí la necesidad urgente que tiene de casarse. Necesita salir de Inglaterra lo más rápido posible. Creo que si no hubiera sido un requisito para este proyecto el hecho de estar casado, la doctora Stevens habría languidecido siendo su "prometida" durante muchísimos años.

Edwin asimilaba toda la información en silencio completamente atónito. Después de un rato, dijo:

—¿A qué se debe la orden de arresto?

Carter le entregó un documento.

—Hace años, falsificó la información sobre un objeto que vendió a un museo. Los expertos se dieron cuenta, pero Faulkner-Jones ya estaba fuera del país, y no había ningún acuerdo de extradición entre Inglaterra y donde fuera que estuviera escondido en ese momento. Y aunque la orden quedó en espera, si lo atrapan dentro del país, va directamente a la cárcel.

Edwin se recostó para procesar mejor la información.

—Me pregunto si el padre del doctora Stevens sabe de esto.

—Suponemos que no. Según lo que me ha dicho, su único interés en el asunto es que quiere ver a su hija trabajando como

médico toda su vida, sin posibilidad de tener una relación normal y saludable con un esposo y una familia. Por eso quiere que se case con un hombre que la verá tan solo unas pocas veces a lo largo de su vida.

Edwin entonces soltó:

—Qué hijo de puta.

—Sí —contestó Nick—. Parece que está obsesionado con esto y todavía controla a la doctora Stevens, aunque sea adulta, tanto como cuando era niña.

Edwin negó con la cabeza. La persona que Rayne pensaba que era un padre amoroso y cariñoso realmente era un monstruo. Quería que su hija tuviera una vida vacía para solo su deseo de que siguiera sus pasos.

—¿Sabes dónde está Faulkner-Jones ahora? —Preguntó.

Carter miró a Nick, que le entregó otro papel.

—Esta es su dirección. Rara vez sale, lo cual no es una sorpresa, así que estoy seguro de que lo encontrarás allí.

Edwin estaba abrumado. Esos hombres no tenían por qué ayudarlo. De hecho, Carter una vez le había propinado unos cuantos puñetazos en la cara y el abdomen por la forma en que se había comportado con Lottie, cuando aún se apellidaba Danvers, su esposa.

Casi como si le leyera la mente, Carter dijo:

—No puedo decirte que todo esté perdonado por lo que le hiciste a Lottie, pero ella y sus otras amigas nos pidieron que te ayudáramos porque quieren mucho a la doctora Stevens. Mientras sigas por el buen camino y no vuelvas a convertirte en el personaje disoluto que has sido durante los últimos años, te aceptaremos en nuestro grupo.

Nick agregó:

—Todos hemos cometido errores y hemos hecho el ridículo. Pero nos mantenemos unidos. Vivimos en un mundo difícil y necesitamos amigos en quienes apoyarnos.

Edwin nunca se había sentido tan humilde en su vida. Esos hombres prácticamente le habían salvado la vida. Y ahora, que tenía la información para expulsar a Faulkner-Jones de Inglaterra y de la

vida de Rayne, iba a poder seguir adelante con sus planes de casarse con ella.

—No sé cómo agradecéroslo. Pero si hay algo que pueda hacer para devolveros el favor, por favor no dudéis en pedírmelo.

—Nunca lo haremos —dijo Nick con una sonrisa—. Justamente de eso se trata.

Rayne se despertó bruscamente mientras Walter le sacudía un hombro.

—Doctora Stevens, hay cuatro mujeres en el salón esperándola.

Decir que estaba desconcertada era quedarse corto. Apenas sabía dónde estaba y qué día era. Se había quedado dormida en su escritorio apoyando la cabeza en sus brazos, y ahora estaban completamente rígidos. No tenía idea de cuánto tiempo llevaba durmiendo en esa posición, pero por lo que le dolían los brazos, debía de ser bastante.

Padre.

—¿Has ido a ver a mi padre, Walter?

Oh, su voz sonaba como si se hubiera tragado una rana.

—Sí, doctora. Está igual. Durmiendo profundamente.

Rayne se levantó, estiró los músculos de la parte baja de la espalda y giró el cuello para evitar la tortícolis.

—Gracias.

Decidió subir rápidamente por la escalera trasera, pasarse un cepillo por el pelo y enjuagarse la boca. Miró el reloj que llevaba prendido a la blusa. Eran las dos. Como había salido el sol, supuso que ya era por la tarde. El tiempo y los días se mezclaban en su mente desde que su padre había caído desplomado en medio de su discusión sobre el señor Faulkner-Jones.

Todavía se sentía muy mal por eso. No solo nunca antes había desafiado a su padre, sino que sabía que la causa de su ataque al corazón había sido por culpa de su negativa. Pero su médico había rechazado esa teoría cuando lo visitó y le dijo que era solo cuestión de tiempo antes de que sucediera algo así. Había pasado demasiados años trabajando intensamente, sin dormir lo suficiente y sin comer bien. Su mente y toda su vida habían estado dedicadas a su medicina.

Pero por mucho que intentara apartar el pensamiento de la cabeza, no podía evitar pensar que si hacía lo que su padre quería y se casaba con el señor Faulkner-Jones para poder seguir atada a la medicina, sin tener ninguna otra vida, posiblemente terminaría como él. En la cama de una clínica, apenas aferrada a la vida, sin tener una familia a su alrededor.

Mary Beth y Natalie se prometieron que una vez casadas que no iban a tener mucho contacto con su padre. No es que hubiera sido especialmente cruel con ellas, sino que había vivido completamente ajeno a su existencia. Rayne siempre había sido la única hija que tenía su reconocimiento, simplemente porque deseaba que ella fuera el hijo que nunca tuvo.

Rayne había enviado a sus hermanas una nota cuando su padre se desplomó, y aún no había tenido noticias de ninguna de ellas. Suspiró. Tal vez había sido un médico maravilloso, pero no había tenido ningún éxito como padre.

Sin embargo, yo estoy dispuesta a desperdiciar la oportunidad de llevar una vida de amor y felicidad para apaciguar a un hombre al que no le importaron sus dos hijas mayores, y simplemente me dedicó a mí toda su atención por mi afinidad con la medicina.

Rápidamente apartó ese pensamiento traicionero de su mente y se apresuró a bajar las escaleras para saludar a sus invitadas.

—Qué bueno que hayáis venido.

Sonrió alegremente a las cuatro mujeres que la habían acogido como a una amiga.

Addie se puso de pie y la rodeó con un brazo.

—Sabes que todas te queremos, pero debo decirte, Rayne, que tienes un aspecto terrible.

Probablemente era la verdad debido a su falta de sueño durante los últimos días, por lo que decidió no sentirse molesta por el comentario.

—No he dormido mucho últimamente.

Addie y Rayne se sentaron.

—Veo que habéis conseguido que la señora Foster os prepare el té.

Rayne echó un vistazo al carrito del té donde había una tetera, tazas y platillos y una variedad de sándwiches y galletas.

Lottie sirvió té y le entregó la taza a Rayne.

—Te sugiero que comas uno de los sándwiches. La señora Foster dijo que tampoco ha comido demasiado. Eso no es bueno para ti.

—¿Quién es la médica aquí? —Bromeó.

—Las tres.

Dijeron al unísono y acabaron riéndose. Le hacía bien reírse, pensar en otra cosa que no fueran sus próximas nupcias con el señor Faulkner-Jones, y en que su padre estaba internado la clínica por su culpa.

—¿Qué os trae por aquí hoy? ¿Vais de compras?

Sopló su té, tomó un sorbo, y se dio cuenta de cuánto lo necesitaba.

Se miraron entre ellas y Lizbeth se aclaró la garganta.

—Venimos por nuestros maridos.

Rayne se atragantó al dar un trago.

—¿Qué?

Pamela tomó el relevo.

—Tenemos entendido que piensas casarse con el señor Faulkner-Jones. Sin embargo, está claro para todos en nuestro pequeño grupo que estás enamorada de lord Sterling, y que él está enamorado de ti. Nuestros maridos se enteraron porque se lo dijo él mismo y nos han transmitido a nosotras esta información. —Miró alrededor del grupo—. Así que decidimos tomar cartas en el asunto.

—¿Qué significa eso? —Preguntó Rayne, un poco nerviosa por saber cuál sería la respuesta.

Addie dejó la taza en la bandeja y se inclinó hacia delante.

—¿En qué demonios estás pensando, Rayne?

La dirección que aparecía en el papel que tenía Edwin en la mano lo llevó hasta un edificio de aspecto bastante sórdido a las afueras de Bath. No era exactamente una zona peligrosa, pero desde luego no era el lugar donde uno se esperaría encontrar al pomposo señor Faulkner-Jones.

Si se estaba evadiendo de la policía, era un sitio perfecto para que un arqueólogo conocido se pudiera esconder a plena vista. Edwin subió las escaleras y llamó a una vieja puerta de madera que llevaba el número tres.

Al cabo de un minuto se abrió. El señor Faulkner-Jones tenía el aspecto de estar a punto de huir. Lo más probable es que supusiera que la policía estaba en su puerta.

—¿Qué quieres?

—Me alegro de verte a ti también, Faulkner-Jones. ¿Puedo entrar, o tenemos esta conversación aquí mismo, donde todos puedan escucharla?

El hombre dio un paso atrás y Edwin entró en el apartamento. No había necesidad de fingir que era una visita social, así que fue directo al grano.

—Te doy veinticuatro horas para que te vayas de Inglaterra.

—¿Y si no lo hago?

Era obvio, por su postura y comportamiento, que sabía que Edwin estaba al tanto de la orden de detención, pero había decidido fanfarronear un poco.

—Notifico a la policía que estás en Inglaterra y dónde pueden encontrarte exactamente.

Edwin agitó un documento frente a la cara del hombre. El muy inocente asumió que era la orden de detención porque empalideció y retrocedió.

Edwin negó con la cabeza. No había forma de que tuviera la orden, era un asunto policial, pero el hombre era tan imbécil que no lo entendía.

—Para que todo quede perfectamente claro. Te irás y no tendrás ningún contacto con la doctora Stevens antes de irte. Te escabullirás silenciosamente de este edificio y usarás el medio de transporte que quieras usar para que te lleve de vuelta a donde sea que tengas que estar.

Faulkner-Jones frunció los labios.

—De todos modos, nunca quise casarme con esa perra. Es fría, y habría sido una faena tener que acostarme con ella para consumar el matrimonio.

Edwin sonrió alegremente justo antes de que su puño se estrellara contra la nariz de Faulkner-Jones. El sonido de un hueso rompiéndose lo dejó bastante satisfecho. Inmediatamente giró sobre sus talones y bajó las escaleras frotándose la mano.

Maldita sea, eso dolió bastante.

Más de una hora después de que las damas se hubieran marchado con la promesa de que iba a seguir lo que le indicara el corazón, Rayne seguía dando vueltas por el salón, murmurando para sí misma.

Eso era exactamente lo que iba a hacer. Ya no iba a vivir bajo los mandamientos de su padre. Merecía una vida de amor y felicidad, y no lo iba a conseguir dedicándose en exclusiva a la medicina.

Sí, se sentía culpable por el ataque al corazón de su padre, pero como especialista en medicina sabía que su médico de cabecera tenía razón, y que era solo cuestión de tiempo para que sufriera un infarto por culpa de todo el estrés al que había sometido a su cuerpo a lo largo de los años.

Mientras, se retorcía las manos formulando en su mente lo que iba a decir. Era hora de actuar como una mujer, y dejar de fingir que era una niña que necesitaba la aprobación de su padre para todo.

Respiró hondo, salió del salón y entró en la clínica. Su padre estaba despierto y la observó mientras cruzaba la habitación.

—¿Cómo se siente, padre?

—Tan bien como se puede estar cuando mi vida pende de un hilo.

Ella se esforzó por no poner los ojos en blanco, pero dijo:

—He venido para decirle que lamento mucho molestarlo de nuevo, pero no me voy a casar con el señor Faulkner-Jones. Le he enviado una nota explicándoselo.

—¡Cómo te atreves! ¿Sabes todo lo que me esforcé para llevarte a donde estás ahora? ¿Una mujer que tiene su propio consultorio de salud? Es algo inaudito. ¿Cómo me agradeces por todo lo que hice por ti?

Tras decidir que evitar otra discusión era la mejor manera de seguir adelante, Rayne respondió:

—Lo siento, pero eso es lo que he decidido. También he llegado a la conclusión de que no quiero que la medicina sea lo único que tenga en la vida. Quiero amor, y un esposo que me ame, e hijos a lo que querer y criar. Creo que puedo hacer las dos cosas a la vez. Tal vez no todo el tiempo, y tal vez no a la perfección, pero es mi vida y eso es lo que haré.

—Es por ese Sterling, ¿no? Te arruinará. Es un derrochador y te arrastrará a la cuneta junto a él.

—No. No lo hará. Ha pasado por algunos momentos difíciles, pero eso ya acabó. Es un hombre maravilloso que ha hecho cosas por otras personas de las que no tienes ni idea. Y me ama. Y yo lo amo a él.

El padre le hizo un gesto de desdén con la mano y giró la cabeza para mirar hacia la pared.

—Lo mejor será que me pidas un carruaje para que pueda regresar a mi casa. Al menos podré morir en paz.

Fue muy difícil para ella no reírse pues nunca había sabido que su padre fuera tan dramático. Pero cada vez veía con mayor claridad cómo la había estado manipulando durante toda su vida. Pero ya no iba a ocurrir más.

Su corazón se sintió más ligero y , de pronto, ya nada le pesaba tanto. Ahora, tenía que encontrar a Edwin y comunicarle su decisión. Voló por el pasillo y subió las escaleras, riéndose para sí misma.

Antes de llegar a la puerta de su dormitorio, la puerta principal se abrió.

—¡Rayne!

Edwin entró por la puerta con el aspecto de un guerrero de tiempos pasados, a punto de subirla por encima de su hombro.

—Aquí, Edwin.

Bajó las escaleras con los pies ligeros como el aire.

Edwin la señaló con un dedo.

—No te casarás con Faulkner-Jones.

—Lo sé.

Edwin se puso a caminar haciendo círculos dándose golpes con un puño en la otra mano.

—Es un retorcido, se le busca por ser un delincuente y lo cierto es que no te merece.

—Lo sé.

Se echó hacia atrás y volvió a señalarla con un dedo.

—No importa lo que diga tu padre, te casarás conmigo.

—Lo sé.

Se estiró y se cruzó de brazos.

—Haré que Berkshire consiga una licencia especial que usaremos de inmediato.

—Lo sé.

Finalmente Edwin dejó de delirar y se quedó parpadeando.

—¿Qué?

—Dije, lo sé.

Sacudió la cabeza, como si tratara de descifrar su cerebro.

—¿Estás de acuerdo?

—Sí, Edwin. De acuerdo. Ya se lo he informado a mi padre. No me casaré con el señor Faulkner-Jones. Me casaré contigo. Tan pronto como puedas conseguir la licencia especial.

Edwin entonces la atrajo hacia sus brazos y exhaló una profunda bocanada.

—Bueno, ha sido fácil.

—Sin embargo, no pienses que el resto de nuestra vida va a ser así.

Le cogió la cara con las dos manos.

—Te quiero, doctora Stevens.

—Y yo también te quiero, lord Sterling.

—¡Cojones!

Oyeron que alguien exclamaba en la clínica. La voz sonaba muy parecida a la de su padre.

Ambos lo ignoraron ya que estaban demasiado ocupados besándose.

—Ah. Me encantan los finales felices, ¿verdad, Walter? —Dijo la señora Foster.

Walter resopló.

Epílogo

Diez meses después
Finca de lord Sterling de Plaistow

—No estoy diciendo que no confíe en el doctor McNeil. No me creo todo lo que dice. Conozco mi cuerpo mejor que él.

Rayne se removió en el sofá intentando ponerse más cómoda.

Según los cálculos del médico, estaba de siete meses de embarazo. Su cuerpo había tenido un tamaño razonable hasta la semana anterior, pero después, su cintura casi había explotado.

—La mayoría de las mujeres no engordan tanto y yo no creo que esté embarazada de gemelos. Lo sabría si así fuera. Sé que estoy más avanzada de lo que dice.

—¿Como madre o como doctora?

Edwin sonrió.

—Las dos cosas —respondió ella.

Sabía que últimamente había estado de mal humor, y se sentía mal por el pobre Edwin, que sólo intentaba hacer que se sintiera mejor. Uno pensaría que con su experiencia como doctora, este embarazo debería haberle sido muy fácil. Pero parecía que su cuerpo tenía otras ideas.

Aparentemente intentando distraerla, Edwin preguntó:

—¿Cuándo se supone que llega tu hermana?

—Cualquier día. Todavía estoy preocupada por la nota que me envió. Aunque la muerte de Milton fue una sorpresa para mí, no debe de haberlo sido para Natalie. Por lo general, no es tan cerrada, pero me parecía preocupante que me enviara tan pocas cartas durante los últimos dos años.

Rayne apoyó la mano en su barriga y sonrió.

—Toca aquí, siéntelo.

Extendió la mano de Edwin y la colocó donde el niño aparentemente estaba practicando natación.

Edwin respiró hondo.

—Siempre me sorprende esto. ¿Qué se siente al tener algo vivo dentro de tu cuerpo?

Ella hizo un gesto de duda.

—Depende del día.

—Mi lord, mi lady, la señora Natalie Shaw y su hija, la señorita Annalise Shaw han llegado.

—¿Ya?

Rayne se movió para levantarse del sofá, pero tuvo que pedir a Edwin que la ayudara.

—Deja de sonreír —le dijo mientras salía de la habitación para encontrarse con su hermana.

—¡Natalie!

Rayne avanzó lo más rápido que pudo hasta donde su hermana y su sobrina se estaban quitando la ropa de abrigo para entregársela al mayordomo, Davis.

Rayne se esforzó mucho de que no se le notara, pero no veía bien a su hermana. Había perdido peso desde la última vez que la viera, lo que, creía recordar, había sido hacía unos tres años. Se escribían recíprocamente, pero su esposo, Milton, no le permitía recibir visitas.

También se le había marcado unas grandes ojeras. Pero su sonrisa era la misma de siempre.

Rayne la abrazó, y le preocupó su delgadez. Estaba aún más delgada de lo que parecía.

—No puedo decirte lo feliz que estoy de que hayas venido. —Se echó hacia atrás y miró a los ojos cansados de Natalie—. Espero que quieras quedarte aquí para siempre.

Natalie hizo un gesto con la mano.

—En este momento solo quiero instalarme y que Annalise sienta que la vida vuelve a ser normal.

Rayne se volvió hacia su sobrina.

—Hola Annalise. Estoy segura de que no te acuerdas de mí. Soy la hermana de tu mamá, tu tía Rayne.

Annalise le hizo una adorable reverencia, sonrió y con dos pequeños dientes asomaron en su boquita.

—Hola, tía Rayne.

Rayne la atrajo hacia ella para darle un abrazo. Olía como suelen hacerlo las niñas pequeñas. Su jabón de baño le daba un aroma dulzón y alcanzaba a sentir un olor que solo tienen los niños.

—Estoy muy contenta de que tú y tu mamá estéis aquí. Tengo una habitación maravillosa preparada para ti en la zona infantil. Hay muñecas, rompecabezas, papel de dibujo y muchos, muchos libros.

Annalise miró a su madre, con los ojos muy abiertos.

—Libros, mamá. ¡Libros!

Natalie sonrió cálidamente a su hija y pasó su mano por los largos rizos rubios de la niña.

—Sí, cariño, muchos libros.

Las tres se dirigieron al salón, donde Edwin estaba esperando.

—Natalie, te presento a mi marido, lord Edwin Sterling.

—Mi lord. Es un placer conocerlo.

Natalie se inclinó y le extendió una mano.

Edwin se la tomó y se inclinó también.

—Por favor, llámame Edwin. Al fin y al cabo, somos familia. —Bajó la mirada hacia Annalise—. ¿Y a quién tenemos aquí?

—Soy la señorita Annalise Shaw, mi lord.

La niña le hizo una leve reverencia.

Rayne sonrió a Edwin, que estaba conteniéndose la risa.

—Es usted muy educada, señorita Shaw. ¿Puedo pedirle que me llame tío Edwin?

Ella lo miró como si estuviera tomando una gran decisión.

—Sí. Eso es correcto. Y usted me puede llamar Annalise.

Los tres adultos estallaron en carcajadas, pero era evidente que Annalise no lo encontraba nada gracioso.

Rayne tomó la mano de Annalise.

—Hemos contratado una institutriz para ti, la señora Moorhead. ¿Por qué no subimos a verla? Puedo hacer que os sirvan un té para las dos.

La chica parecía un poco desconcertada.

Natalie se agachó y la miró directamente a la cara.

—Una institutriz es alguien que te cuidará y te dará clases.

—Ven —dijo Rayne—. Tu madre y yo te acompañaremos a conocer a la señora Moorhead. Creo que te va a gustar mucho.

Una vez que lograron que la niña se sintiera cómoda y ambas mujeres se dispusieron a bajar a la planta baja, Rayne dijo:

—Cuando llegue la Navidad, dentro de unas pocas semanas, esperamos invitados que se van a quedar con nosotros durante las fiestas.

Natalie empalideció de inmediato.

—¿Te pasa algo? —Preguntó Rayne.

—No. Es solo que ha pasado bastante tiempo desde que no socializo con nadie. No estoy segura de saber qué tengo que hacer, ni qué decir.

Se dirigieron al salón donde Edwin había pedido que les sirvieran el té. Después de que todos se acomodaran, Rayne preparó el té para cada una de la manera que más le gustaba y dijo.

—No tienes nada de qué preocuparte. Te encantarán a mis amigas. Son unas mujeres de Bath que se llaman a sí mismas...

—Y tú también, mi amor —añadió Edwin con una cálida sonrisa.

—Sí. Es cierto. Somos *Las Alegres Inadaptados de Bath*. Comenzaron siendo tres damas algo rebeldes que evitaban la vida social londinense así como el matrimonio. Ahora somos cinco, y todas nos hemos casado y formado nuestras familias.

Natalie miró la barriga de Rayne.

—Veo que vas por buen camino, querida hermana. —Continuó revolviendo su té mientras se miraba las manos—. Yo, por otro lado, creo que, a excepción de haber tenido a mi hija, el matrimonio fue la peor decisión que he tomado en toda mi vida.

Con esas sorprendentes palabras, levantó su taza de té y tomó un sorbo. Edwin y Rayne se miraron con las cejas arqueadas.

Fin

¿Te ha gustado esta historia? Por favor, considera dejar una reseña en Goodreads o en el lugar donde compraste el libro. Larga o corta, tu comentario ayudará a otros lectores a descubrir nuevos autores y a tomar decisiones de compra.

Espero que hayas disfrutado *de La doctora y el libertino.* ¿Tienes curiosidad por saber de Natalie y cómo había detestado su matrimonio? El sexto y último libro de la serie de *Las Alegres Inadaptadas de Bath*, La viuda y el vizconde, que trata la historia de amor de Natalie y Alex, está disponible aquí: https://bit.ly/43J4lwe

Intenta recordar de que se trata de un falso compromiso...

Natalie Shaw se ha estado recuperando de un matrimonio problemático durante los dos años en que ella y su hija, Annalise, han estado viviendo con su hermana, la doctora Rayne Smith y su esposo, lord Edwin Sterling. Trabajar como asistente de la clínica de su hermana le ha dado un propósito en la vida, y aunque no diría que es feliz, lo cierto es que se siente más contenta.

Lord Alex St. John lleva años siendo presionado por su madre para que encuentre una esposa. Aunque ya ha estado prometido, debido a ciertas acciones de la elegida, finalmente tuvieron que tomar caminos separados. Ahora, tiene que asistir a la celebración de la boda de cinco días de su primo, y sabe que va a ser acosado por todos los miembros femeninos de su familia, y que numerosas mujeres se van a arrastrar ante él.

Lord Sterling sugiere a Alex que pida a Natalie que sea su prometida "ficticia", y así podrá evitar todos los problemas a los que está a punto de enfrentarse. Natalie está de acuerdo. Su vida se ha vuelto muy repetitiva y está deseando divertirse.

Cuando parece que todo va a salir bien, la ex prometida de Alex, la señorita Mildred Walsh, llega a la boda decidida a recuperar a Alex. Este no solo no tiene intención de volver con ella, sino que está

empezando a pensar que su "falsa" prometida podría ser perfecta si fuera su "verdadera" prometida. Pero, ¿estaría Natalie de acuerdo?

Por otro lado tiene que lidiar con las maniobras desesperadas que está haciendo Mildred, ya que para ella no es opción no recuperar a Alex.

Puedes encontrar una lista de todos mis libros en mi sitio web: http://calliehutton.com/books/

Sobre la autora



¡Recibe un libro gratis y mantente al día con los nuevos lanzamientos y ventas!
http://calliehutton.com/newsletter/

Una de las autoras más vendidas de la lista del USA Today, Callie Hutton, ha escrito más de 45 libros de romance histórico y de misterio. Vive en Oklahoma con su familia, muy unida y animada, que incluye a sus nietos gemelos, conocidos cariñosamente como "Los Twinadoes".

A Callie le encanta escuchar a los lectores. Puedes ponerte en contacto con ella directamente en calliehutton11@gmail.com o encontrarla en línea en www.calliehutton.com.

Derechos de autor

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Todos los derechos están reservados, incluido el derecho de reproducción, distribución o transmisión en cualquier forma o por cualquier medio. Para obtener información sobre los derechos subsidiarios, póngase en contacto con la autora.

Sitio web de la autora: http://calliehutton.com/
Diseño de portada por Maria Connor, My Author Concierge
Hecho en Estados Unidos de América

Primera Edición Octubre 2020